AKAL/ISTMO / BÁSICA DE BOLSILLO

EL PRÍNCIPE

NICOLÁS MAQUIAVELO

INTRODUCCIÓN Y NOTAS

MANUEL M.ª DE ARTAZA

AKAL BÁSICA DE BOLSILLO **204**

Serie Clásicos del pensamiento político

Director de la serie
Ramón Máiz

Maqueta de portada: Sergio Ramírez
Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

1.ª reimpresión, 2012

© Ediciones Istmo, S. A., 2000

© De la primera edición en Básica de Bolsillo,
Ediciones Akal, S. A., 2010

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3142-0
Depósito legal: M-404-2012

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Pinto (Madrid)

Nicolás Maquiavelo

El Príncipe

Introducción y notas de
Manuel M.ª de Artaza

Traducción
Fernando Domènech Rey

akal

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR
por Manuel M.ª de Artaza 7

NOTA A LA TRADUCCIÓN 61

EL PRÍNCIPE 65

BIBLIOGRAFÍA 165

Estudio preliminar

Casi quinientos años después de su publicación (1532), *El Príncipe* sigue siendo una obra que atrae y fascina a numerosos lectores. Sin duda, su fama de libro perverso, de manual de déspotas condenado por la Iglesia, pero también por gobernantes, moralistas y pensadores políticos a través de los siglos, explica, en buena medida, el interés del público por conocer las páginas que han otorgado a su autor, Nicolás Maquiavelo, el título de maestro del mal. Sin embargo, en *El Príncipe* no sólo se ha encontrado al consejero de tiranos por antonomasia o al padre de la denostada razón de Estado. En efecto, con el paso del tiempo las interpretaciones de este breve tratado u opúsculo, como lo llamó el propio Maquiavelo, se multiplicaron, dando lugar a una polémica todavía no cerrada sobre su verdadero fin o significado. Así, contra la opinión generalizada hasta entonces, pero siguiendo una línea ya aparecida en el siglo XVI y en sintonía con Spinoza, Rousseau lo consideraba en el *Contrato Social* (1762) «el libro de los republicanos», pues, so pretexto de dar lecciones a los reyes, desenmascaraba su proceder despótico ante los pueblos. Pero ha sido en el transcurso de los últimos ciento cincuenta años cuando *El Príncipe* se ha reinterpretado más veces y no sólo de forma negativa, calificándolo de escrito belicista, anticristiano, protofascista o totalitario, sino también de manera positiva has-

ta convertir a Maquiavelo en un hito, e incluso mito, de la modernidad. De hecho, el consejero de tiranos pasó a ser, según opinión aún hoy muy extendida, el fundador de la Ciencia Política moderna –entendida como un saber del poder separado de la ética–, el padre de la Teoría del Estado o un ardiente patriota italiano. En cualquier caso, en los inicios del tercer milenio la pluralidad interpretativa de *El Príncipe* no parece tener trazas de solucionarse y, tal vez, como afirmó Benedetto Croce, la cuestión de Maquiavelo no se resuelva nunca; pero quizá, si seguimos las pautas historiográficas que desde hace más de medio siglo insisten en situar a los hombres en su espacio y en su época, podamos, al menos, evitar buena parte de las contaminaciones, interesadas o ingenuas, que tanto han distorsionado la imagen de Maquiavelo y su obra. Ya lo dijo antes el proverbio árabe: «Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres». Así pues, en las próximas páginas nos acercaremos a un contexto histórico distinto y distante con el cual, pese a compartir inquietudes, no tenemos la familiaridad que con frecuencia se ha pretendido.

Además, conoceremos los datos esenciales de la biografía de Maquiavelo y, de esta forma, «bañados por la atmósfera mental de su tiempo» –decía el medievalista francés Marc Bloch–, entraremos a continuación en el análisis de las cuestiones más destacadas de *El Príncipe*.

Nicolás Maquiavelo y su tiempo

El difícil equilibrio político italiano

Nicolás Maquiavelo vino al mundo en mayo de 1469 en la ciudad de Florencia. Por aquel entonces, Italia era un espacio políticamente muy fragmentado donde reinaba un equilibrio inestable entre cinco potencias –Milán, Florencia, Venecia, los Estados Pontificios y el Reino de Nápoles– enfrentadas desde hacía décadas. Según veremos, se trata de las mismas potencias italianas protagonistas de *El Príncipe;* por tanto, parece oportuno aproximarnos a ellas antes de entrar en el análisis que

sobre la actuación de cada una y en su conjunto hizo Maquiavelo en 1513[1].

Pues bien, al norte, en la zona más rica, urbanizada y densamente poblada de la península, las ciudades-Estado de Florencia, Milán y Venecia fueron ampliando desde el siglo XII sus dominios territoriales hasta convertirse en el XV en cabezas de unos poderosos «estados regionales» que englobaron a otras ciudades más débiles sometidas por la fuerza[2]. Éste fue el caso de Pisa, sujeta a Florencia desde 1409, y de cuya rebelión a fines del siglo XV nos habla Maquiavelo en *El Príncipe*. De todos modos, junto a los «estados regionales» dirigidos por pujantes centros económicos (bancarios, manufactureros y comerciales), entre los cuales no podemos olvidar a Génova, existían en el norte señores feudales laicos y eclesiásticos tan importantes como el duque de Saboya o el obispo de Trento. Y es que tradicionalmente se ha hecho un hincapié excesivo en la singularidad urbana de este ámbito geográfico, donde, es cierto, se situaban algunas de las ciudades más importantes de Europa, minusvalorando la notable presencia señorial y su influencia en los acontecimientos políticos. Por otro lado, no debemos olvidar la vinculación del norte de Italia al Sacro Imperio Romano Germánico, pues, pese a que en la práctica las comunas ciudadanas eran independientes de los emperadores desde las primeras décadas del siglo XIII, el Imperio siguió condicionando la realidad política italiana. No en balde, sendos títulos ducales otorgados por emperadores legitimaron a los Visconti y a sus herederos como

---

[1] «Antes de que el rey Carlos de Francia pasase a Italia, ésta se encontraba bajo el control del papa, los venecianos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los florentinos. Estas potencias tenían dos preocupaciones principales: una, que ningún extranjero entrase en Italia con sus ejércitos; la otra, que ninguna de ellas ampliase sus dominios» (XI *De principatibus ecclesiasticis*).

[2] Giorgio CHITTOLINI, «Cities, City-States, and Regional States in Italy», en Charles Tilly y Wim P. Blockmans, *Cities and the Rise of States in Europe, A. D. 1000 to 1800*, Oxford, 1994, pp. 28-43. También siguen siendo en su mayor parte válidas las apreciaciones sobre los Estados regionales hechas por Federico CHABOD. Véase la recopilación de sus ensayos, *Escritos sobre Maquiavelo*, México, 1984, p. 49 ss.

señores de Milán a fines del siglo XIV, y a los Medici de Florencia en 1532. Pero asimismo los Della Scala en Verona, los Este en Ferrara o los Gonzaga en Mantua se convirtieron en príncipes gracias a la obtención de títulos del emperador. De esta forma culminaba un proceso iniciado en los últimos años del siglo XIII, durante el cual los gobiernos republicanos de las ciudades fueron siendo sustituidos paulatinamente por otros de carácter personal más o menos despótico. En la mayoría de los casos la transformación de una ciudad-Estado republicana en una «ciudad-principado»[3] fue propiciada por luchas políticas internas entre facciones, o bien por revueltas populares contra los grupos dirigentes. Entonces, el *podestà,* un árbitro de origen foráneo dotado temporalmente con plenos poderes para restablecer la paz, o el *capitano del popolo,* una figura similar, aunque por lo general aupada por las masas, podían aprovechar el momento y alzarse con el control de la ciudad, erigiéndose en señores *(signori).* Paralelamente, las repúblicas de Venecia y Florencia se fueron convirtiendo en regímenes oligárquicos sin el menor asomo de participación popular; aunque, a diferencia de la amplia base aristocrática de la *Serenísima,* en Florencia el poder efectivo estaba en manos de una sola familia desde 1434: los Medici, que se impusieron previamente a los Albizzi.

En el centro de Italia se encontraba la cuarta potencia en discordia: los Estados Pontificios, un conflictivo agregado de pequeñas ciudades, feudos laicos y territorios eclesiásticos sujeto nominalmente al papa, quien desde Roma intentó imponer su discutida autoridad como un monarca más a fines del siglo XV. Y ya por último, al sur, en el territorio más pobre, rural y menos densamente poblado de la península, estaba el gran Reino de Nápoles, (el *Regno*) el Reino por antonomasia. En el pasado, Nápoles, junto con Sicilia, había formado parte de una unidad política más extensa: el *Reino de las Dos Sicilias*. Pero en 1282 el levantamiento de los sicilianos contra la casa de Anjou, dinastía francesa que arrebató el trono a los des-

---

[3] Hendrik SPRUYT, *The Nation-State and its competitors,* Princeton, 1994, pp. 142-143.

cendientes del emperador Federico II Hohenstaufen en 1266, puso fin a la unión. A su vez, los reyes de Aragón, beneficiarios del alzamiento siciliano, terminarían expulsando a los Anjou de Nápoles. Fue así como en 1443 Alfonso V el Magnánimo pasó a ser también Alfonso I de Nápoles. Sin embargo, la reunificación de Nápoles y Sicilia fue efímera y la lucha entre franceses y aragoneses por el dominio napolitano se reabrió después de 1494, zanjándose definitivamente la disputa a favor de Fernando el Católico en los primeros años del siglo XVI. El examen de la política del *rey de España* y su enfrentamiento con los soberanos franceses son dos temas centrales de *El Príncipe,* pues, a juicio de Maquiavelo, Fernando «merece prácticamente la consideración de príncipe nuevo, porque, de un rey débil, ha pasado a ser por fama y por gloria el primer rey de los cristianos»[4].

Según dijimos al principio, Maquiavelo vio la luz en el contexto de un equilibrio político inestable. Se trataba del fruto de la Paz de Lodi, firmada en 1454 entre Venecia y Milán y a la que terminaron adhiriéndose las demás potencias, pues todas tenían buenos motivos para poner fin a sus luchas, casi ininterrumpidas desde los años veinte. En efecto, las guerras que habían ensangrentado Italia no establecieron un vencedor claro, pero terminaron haciendo ver a los contendientes el peligro de una intervención extranjera favorecida por sus disputas. No olvidemos cómo Nápoles había sido el escenario de un enfrentamiento franco-aragonés, mientras que el célebre caudillo mercenario Francesco Sforza, después de haberse hecho con el ducado de Milán en 1450, barajó la posibilidad de pedir ayuda al rey de Francia para mantenerlo frente a los venecianos y sus aliados, quienes consideraban al condotiero un usurpador. De todas formas, a esa amenaza se sumaba otra más próxima y temible: la de los turcos otomanos, que acababan de conquistar Constantinopla en 1453. En esta coyuntura, los esfuerzos conciliadores del papado auspiciaron la Paz de Lodi y una *Liga italiana,* bendecida por Nicolás V en febrero de 1455, cuyo fin prioritario iba a ser la defensa contra

---

[4] XXI *Quod principem deceat ut egregius habeatur.*

los turcos y el alejamiento de la monarquía francesa de los asuntos italianos. A partir de entonces se estableció el equilibrio entre las potencias y sus aliados durante veinticinco años. Un equilibrio difícil a la vista de las transgresiones del tratado, pero que, en cualquier caso, evitó una nueva escalada bélica. Con todo, las posteriores renovaciones de la *Liga* no lograron cumplir su objetivo y desde principios de los años ochenta estallaron las hostilidades de forma generalizada. En 1482 la agresión de Venecia contra Ferrara suscitó la alianza de Milán, Florencia y Nápoles contra la *Serenísima,* y en 1486, Ferrante, hijo bastardo de Alfonso de Aragón, combatía en su reino napolitano una rebelión baronial que reprimió con extrema dureza. Como consecuencia de ella, el papa Inocencio VIII decidió pedir la intervención del rey de Francia, quien unos años más tarde vio favorecidas sus pretensiones al trono napolitano como heredero de los Anjou, gracias a la actitud del duque usurpador de Milán, Ludovico el Moro. Éste, sintiéndose cercado por sus enemigos, se arrojó en manos de Carlos VIII, y el monarca galo no dudó en aprovechar la oportunidad para entrar en Italia. En 1494 comenzaba la invasión francesa, el «castigo celeste» profetizado desde Florencia por el prior del convento dominico de San Marcos: fray Girolamo Savonarola.

Una vez traspasados los Alpes, el ejército francés se paseó por la península y Carlos entró en Nápoles sin apenas encontrar resistencia el 22 de febrero de 1495. No obstante, su éxito fue breve. Una alianza de las potencias italianas, salvo Florencia, a la que se sumaron los Reyes Católicos y el Imperio, le obligó a retirarse a Francia a los pocos meses de su coronación como rey de Nápoles. Una vez más, los angevinos eran derrotados, aunque no tardarían en volver a tierras italianas. En 1499, el sucesor de Carlos, Luis XII, emprendía una nueva campaña, iniciando tras la toma de Milán otro período de guerras y de sucesivos reveses para los reyes de Francia. Al final, Enrique II terminó aceptando la hegemonía española sobre Italia en 1559 (Paz de Cateau-Cambrésis).

Pero volvamos a 1494 y a la patria de Nicolás Maquiavelo: Florencia. Allí, la marcha de Carlos VIII hacia Nápoles pro-

vocó la caída de los Medici, según dijimos, los verdaderos amos del gobierno. Su régimen, denunciado como corrupto e impío desde el púlpito por Savonarola, daba paso a una república popular profrancesa fuertemente influida por el dominico y sus partidarios. De hecho, el «profeta desarmado» del cambio clausuró la denominada *Ilustración florentina* de la época medicea, y la capital de las artes y las letras se sumió en un clima de austeridad y rigorismo religioso, entre cuyos excesos destacó la quema pública de cuadros, libros y todo tipo de objetos considerados dañinos para la moral. No tardó, pues, en nacer un partido contra Savonarola, enemistado con la mayoría de los hombres de negocios, principales perjudicados por su política de austeridad. A estos enemigos internos se sumaba el papa Alejandro VI, que terminó condenando al fraile a causa de sus duras críticas contra los desórdenes de la Iglesia y la codicia de los pontífices. Esa condena papal, bien aprovechada por los opositores al dominico, terminó precipitando su caída. El 23 de mayo de 1498, Savonarola moría en la horca y, acto seguido, era quemado en la plaza de la Señoría. Unos días más tarde, recién cumplidos los veintinueve años, Nicolás Maquiavelo era nombrado secretario de la Señoría y pasaba a dirigir la segunda Cancillería de Florencia.

Maquiavelo, uomo pubblico

Nuestros datos sobre la infancia y la juventud de Maquiavelo son muy escasos. Nicolás, nacido el 3 de mayo de 1469, fue el segundo de los cuatro hijos de Bernardo Machiavelli, abogado que durante cierto tiempo también ejerció un cargo público (tesorero de la Marca), y de Bartolomea Benizzi. Sus antepasados habían sido señores de Montespertoli, pero desde el siglo XIII la *Maclavellorum familia* figuraba entre los habitantes de Florencia y en los siguientes doscientos años varios miembros del linaje ocuparon cargos importantes en el gobierno de la república. Sin embargo, como sucedió con los descendientes de otras antiguas estirpes florentinas, Maquiavelo no llegó a gozar de una ciudadanía plena. Ese derecho, pese a su ampliación por la «constitución» de 1494, estaba

limitado a unos 3.000 de los alrededor de 90.000 moradores de la ciudad del Arno. En consecuencia, nunca pudo aspirar a una magistratura. Este hecho parece explicar la arrogancia y la amargura destilada en algunos de sus escritos[5]. Por otro lado, su familia, aun sin pasar estrecheces económicas, no disfrutaba de una situación desahogada. Los modestos bienes hereditarios se localizaban en el municipio de San Casciano, una pequeña aldea situada entre los valles de Greve y de Pesa, en concreto, en Sant'Andrea in Percussina, donde Maquiavelo escribió *El Príncipe*. De todos modos, a pesar de esta situación de partida y del ejemplo de un padre ordenado y económico que administraba con celo los ingresos y el modesto patrimonio familiar, Nicolás fue siempre, según sus propias declaraciones, «aficionado a gastar», y, claro, esa prodigalidad le granjeó muchas simpatías, aunque se quejó a menudo de tener un sueldo insuficiente. Por tanto, los apuros financieros le acompañaron desde antes de los años difíciles que siguieron a su salida de la administración (1513-1514).

En cuanto a su educación, fue idéntica a la de buena parte de la elite florentina: una formación humanista, donde además de la lectura de los historiadores y los pensadores políticos clásicos tampoco faltaron los libros de Derecho. Esa instrucción proporcionó a Maquiavelo el dominio del toscano y la lengua latina, pero no aprendió la griega. Destacamos el dato porque la corte de Lorenzo de Medici (1469-1492) –llamado el Magnífico– fue un gran centro del helenismo; si bien las últimas investigaciones sostienen que tuvo un conocimiento rudimentario del griego y, desde luego, se benefició de la difusión de la cultura helénica en la capital toscana. Por otro lado, no podemos ignorar la gran influencia paterna. Bernardo Machiavelli fue un lector curioso de autores modernos, como el humanista e historiador Biondo, pero sobre todo de los clásicos (Cicerón, Plinio...); participó en la intensa vida cultural de Florencia y en su biblioteca entró la *Historia de*

---

[5] Elena FASANO GUARINI, «Machiavelli and the crisis of the Italian republics», en Gisela Bock (ed.), *Machiavelli and Republicanism*, pp. 17-40, p. 20.

Roma de Tito Livio, el libro que dio lugar a la obra más ambiciosa de Maquiavelo: los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio,* de los cuales hablaremos luego. En definitiva, el joven Nicolás recibió la preparación adecuada para convertirse en un burócrata cualificado, en un *uomo pubblico,* según su propia expresión. Y, en efecto, tal como anticipamos, en junio de 1498, apenas unos días después del ajusticiamiento de Savonarola, Nicolás Maquiavelo, uno de sus detractores, entró al servicio de la república, y en calidad de secretario de la Señoría, el principal órgano de gobierno florentino, fue encargado de presidir la segunda Cancillería, pasando desde julio a trabajar también para el Consejo de los Diez, que se ocupaba de las negociaciones diplomáticas y las operaciones militares[6].

La Cancillería era una especie de cuerpo técnico destinado a auxiliar al poder ejecutivo y estaba integrada por un personal ajeno a la lucha de facciones, el gran problema de las ciudades italianas de la época. La neutralidad política era, pues, la norma de la Cancillería y de ahí el debate entre los historiadores para explicar las causas de la destitución de Maquiavelo, ya que, cuando en 1512 los Medici volvieron al poder, sólo él y su amigo Buonaccorsi recibieron el cese. Pero no adelantemos acontecimientos, en 1498 Maquiavelo no se había significado políticamente, salvo por su citada animadversión a Savonarola, y comenzaba una intensa vida de trabajo dentro de un órgano administrativo que intervenía tanto en los asuntos internos como exteriores de la república. Teóricamente tocaba al jefe de la Cancillería, el primer canciller, ocuparse de las relaciones con el extranjero, mientras que el segundo canciller supervisaba los negocios ajenos a la ciudad, pero dentro de los dominios territoriales de Florencia. Ahora bien, en la

---

[6] Según Donato Giannotti, el último gran pensador de la corriente republicana florentina del Renacimiento y sucesor de Maquiavelo en el cargo que ocupaba durante la breve restauración de la república (1527-1530), «el Consejo de los Diez [...] tenía libre y plena potestad para decidir acerca de la paz y de la guerra [...]», Donato GIANNOTTI, *La República de Florencia,* Antonio Hermosa Andújar (ed.), Madrid, 1997, p. 46.

práctica las responsabilidades del primer canciller y del segundo se solaparon. Así, Maquiavelo llegó a cumplir más de cuarenta misiones diplomáticas dentro y fuera del territorio florentino durante los catorce años de duración de su empleo. Sin embargo, esta intensa actividad y la dificultad de algunas embajadas del segundo canciller –enseguida hablaremos de ellas– no significan que fuese un servidor de la república de gran autoridad. Todo lo contrario, si se le confiaron legaciones delicadas fue precisamente por su condición de oficial secundario, porque no comprometía a fondo al gobierno florentino y sus gestiones permitían ganar tiempo[7].

Ciertamente, como demuestran sus numerosos y detallados informes, Maquiavelo fue un ministro diligente, aunque su apasionamiento le llevó a cometer errores de apreciación importantes. En este sentido, la norma cancilleresca de la moderación cedió con cierta frecuencia al afán por defender la república. De ahí el tono vehemente y las críticas al sistema político florentino de algunos escritos dirigidos a los magistrados para moverlos a la acción. Sus amigos le advirtieron del peligro de esa actitud, considerada arrogante y que lo aislaba; pero, además, el secretario irritó a los líderes florentinos porque actuaba de forma poco convencional, con excesiva independencia. A veces no enviaba los despachos con la rapidez y la regularidad requerida; en otros casos adoptaba un lenguaje oscuro para los magistrados e, incluso, no se limitaba a informar de los acontecimientos, sino que hacía juicios sobre ellos. Por tanto, hubo quienes se sintieron despreciados o incómodos con sus opiniones y las quejas terminaron llegando hasta la máxima autoridad de Florencia: el confaloniero Pier Soderini. De todas formas, parece que Maquiavelo no aceptó las críticas de los superiores ni los consejos de prudencia de los amigos. Cabe pensar, pues, que, además de su

---

[7] Chabod, «El secretario florentino», en *op. cit.,* pp. 247-374, p. 303. Chabod hace notar la diferencia entre Maquiavelo y su amigo Francesco Guicciardini, el célebre historiador, miembro de una gran familia de la aristocracia florentina, que llegó a desempeñar una verdadera misión de confianza durante su embajada en España ante Fernando el Católico. *Ibidem,* p. 279.

significado republicanismo, el poco ortodoxo proceder del secretario algo influyó en su destitución[8]. Por último, su popularidad entre los compañeros de la Cancillería, a quienes dirigía amenas cartas salpicadas de bromas y burlas, así como el acierto de algunos de sus pronósticos, le acarrearon no pocas envidias y celos de oficina. En suma, el segundo canciller no fue el modelo de burócrata prudente y sumiso que siempre desearon las autoridades florentinas.

Centrándonos ya en las experiencias diplomáticas del secretario, dos de ellas fueron especialmente decisivas para la elaboración de la teoría política desarrollada en *El Príncipe:* la estancia en la corte de Luis XII (julio-diciembre de 1500) y las legaciones ante César Borgia (1502-1503). Durante la primera, Maquiavelo descubrió el poderío de la gran monarquía de Francia y la debilidad de su patria, necesitada de la ayuda del rey Cristianísimo para someter a Pisa. Esta ciudad se había rebelado contra Florencia en 1494 y su conquista se convirtió en un objetivo prioritario de la república. Precisamente en la toma de Pisa (1509) demostró su efectividad la milicia organizada por Maquiavelo, canciller de dicha fuerza armada desde 1506, para quien la victoria confirmaba su tesis de la superioridad de las «armas propias» sobre las tropas mercenarias, empleadas sin éxito en 1500 contra el mismo objetivo. Pero volvamos a la actividad diplomática de nuestro autor. Ahora nos toca hablar de sus legaciones ante César Borgia, personaje propuesto como modelo de príncipe nuevo en la obra que nos ocupa. Pues bien, César, nacido en Roma en 1475, era hijo del cardenal Rodrigo de Borja (Borgia en Italia), más conocido como Alejandro VI, el nombre que adoptó al acceder al papado en 1492. En principio parecía estar también destinado al sacerdocio y, aunque sólo llegó a ser subdiácono, obtuvo el obispado de Pamplona del papa Inocencio VIII, y apenas Rodrigo ascendió al solio pontificio fue

---

[8] Sobre Maquiavelo como burócrata son muy esclarecedores los artículos de Robert BLACK, «Machiavelli, servant of the Florentine republic»; y el de John M. NAJEMY, «Machiavellis's service to the republic», ambos en el citado libro de Gisela Bock, *Machiavelli and Republicanism,* pp. 71-117.

nombrado arzobispo de Valencia en 1492, y cardenal en 1493. Sin embargo, el asesinato de su hermano Juan, duque de Gandía, alteró los planes paternos sobre César, que abandonó el estado clerical en 1498 para tratar de hacerse con un dominio o estado propio en Italia. Así, tras el fracaso de las tentativas para obtener la mano de la hija del rey Federico de Nápoles, César y Alejandro buscaron el apoyo de Luis XII de Francia. Este monarca, movido por intereses de engrandecimiento dinástico (la anexión del ducado de Bretaña), necesitaba la disolución de su matrimonio para casarse con Ana de Bretaña, la viuda del anterior soberano francés, Carlos VIII. No fue, entonces, difícil el acuerdo entre los Borgia y el rey Luis. Además de la nulidad, el papa concedió el capelo cardenalicio para el arzobispo de Ruán, y, a cambio, César obtuvo la mano de una princesa francesa –la hermana del rey de Navarra– junto con el título de duque de Valentinois (Valentino para los italianos). Con estos apoyos del papado y de Francia, el duque dirigió sus miras hacia la Romaña y las Marcas, territorios en manos de feudatarios que cuestionaban la autoridad de Alejandro VI, y en tres campañas (1499-1502) sometió la Romaña, culminando su empresa en Sinigaglia, puerto adriático de Italia central. Allí tendió una trampa y eliminó a varios jefes mercenarios rebeldes, golpe de mano que admiró a Maquiavelo. No obstante, el segundo canciller no simpatizó nunca con el nuevo duque de Romaña, un enemigo declarado de Florencia. De hecho, en 1501, después de saquear el territorio florentino en su regreso hacia Roma, llegó a exigir a los embajadores de la república un cambio de gobierno. Esto es, el duque jugaba la carta de la división interna florentina entre republicanos y partidarios de los Medici. Al final, para evitar males mayores, Florencia alejó el peligro a través de la compra de la protección armada de César. Pero en junio de 1502, confabuladas con Piero de Medici, las tropas de Borgia entraban de nuevo en los dominios florentinos para intervenir en favor de varias plazas alzadas contra la república. El duque aparentó desaprobar la acción de sus capitanes y pidió a la Señoría el envío de legados para establecer un acuerdo. Fue así como, acompañando al obispo de Volterra,

y para ganar tiempo, Maquiavelo tomó contacto con César Borgia en Urbino, ciudad ducal que acababa de rendir.

En este primer encuentro (22-26 de junio), el canciller quedó muy impresionado por el hijo del papa, a quien califica en carta a los Diez de un «nuevo poder en Italia», pues sus acciones aunaban la audacia, la rapidez, el frío cálculo político y «una perpetua fortuna» que sabía aprovechar. En cuanto al resultado de la misión, sabemos que el ultimátum de Borgia a los florentinos exigiendo, de nuevo, un cambio de sistema de gobierno no tuvo efecto gracias a la intervención del rey de Francia. Luis XII, receloso de los fulgurantes éxitos de César, defendió a Florencia, su aliada. Una aliada que en octubre del mismo año de 1502 se encontraba políticamente reforzada. Es más: podía ser decisiva para la suerte del Valentino, pues entonces sus principales colaboradores se habían rebelado y necesitaba apoyos. En esta ocasión, la Señoría envió a Maquiavelo solo para entrevistarse con Borgia. Otra vez buscaba ganar tiempo –táctica propia de estados irresolutos y débiles, según el canciller– mientras averiguaba la actitud del rey de Francia, referente de su política y árbitro de la situación italiana. Gracias a ello Maquiavelo pudo conocer a fondo a César durante una estancia de cuatro meses (octubre de 1502-enero de 1503) y en la corte del duque fue testigo del éxito sobre sus enemigos. Se trató de una experiencia determinante para la redacción de *El Príncipe,* en el cual Borgia, protagonista del capítulo VII, aparece, tal como anticipamos, convertido en modelo de príncipe nuevo que sabe conjugar la fortuna con la virtud, término que para Maquiavelo equivale al conjunto de cualidades personales necesarias para imponerse a la misma fortuna.

De todos modos, la buena estrella de Borgia no tardó en abandonarle. En agosto de 1503 la muerte de Alejandro VI y la enfermedad del propio César fueron aprovechadas por sus enemigos, entre los cuales ahora figuraba Venecia, y las bases de su poder se tambalearon. Así las cosas, después del breve pontificado de Pío III, fallecido en octubre del mismo año 1503, la elección de un nuevo papa favorable resultaba vital para el mantenimiento de los estados del duque. Y para asistir al nue-

vo cónclave y evitar la expansión veneciana en la Romaña, Maquiavelo fue enviado a Roma, donde volvió a encontrarse con César. Sin embargo, esta vez fue el notario de su fracaso. De hecho, el secretario enseguida advirtió el grave error político del Valentino al apoyar la elección del cardenal Della Rovere –Julio II en el solio pontificio– a cambio de su promesa de ayuda, pues se trataba de un cardenal agraviado por Alejandro VI que odiaba a todos los Borgia. Pero todavía sorprendió más a Maquiavelo la confianza en la palabra ajena de quien nunca había mantenido la suya, y a partir de ese momento consideró al duque un hombre acabado, opinión que no tardó en verificarse[9].

Con posterioridad a esta experiencia, la labor diplomática permitió a Maquiavelo observar el éxito del impetuoso comportamiento del papa Julio II. De ahí las apreciaciones sobre la política del pontífice guerrero vertidas en *El Príncipe*. Asimismo, en 1508 conoció al emperador Maximiliano, otro personaje que dejó huella en su opúsculo. Entre tanto, el régimen republicano florentino había intentado consolidarse a través de la reforma de su constitución. Una constitución más próxima a la veneciana a partir de septiembre de 1502, cuando se nombró a Pier Soderini como confaloniero vitalicio, siguiendo el modelo del *dux*. Sin embargo, en la república de Florencia nunca se produjo una purga radical de los partidarios de los Medici, mientras que ciertas familias patricias *(ottimati)* vieron con desagrado la negativa de Soderini al establecimiento de un sistema político menos participativo. Ambos factores, sumados a una serie de fracasos y vacilaciones en la política exterior, no permitieron asentar el gobierno republicano. Precisamente, fue la tradicional alian-

---

[9] Chabod, *op. cit.,* pp. 318-319. Un análisis reciente sobre Maquiavelo y César Borgia en Miguel Ángel GRANADA, «Maquiavelo y César Borgia», en Roberto R. Aramayo y José Luis Villacañas (comps.), *La herencia de Maquiavelo,* Madrid, 1999, pp. 133-153. Obligado a abandonar Roma, César se dirigió a Nápoles, donde fue detenido por Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, y enviado a España. En 1506 pudo escapar de su prisión y huyó a Navarra, donde murió al año siguiente combatiendo al servicio de sus reyes contra Castilla. Tenía treinta y un años.

za con Francia la que determinó la suerte del régimen, pues, por su causa, en 1511 los florentinos se vieron obligados a consentir la celebración de un concilio antipapal en Pisa. Julio II decidió entonces favorecer la restauración de los Medici, y éstos regresaron a la ciudad del Arno a fines del verano de 1512 gracias a la ayuda de las tropas españolas de la Santa Liga, constituida el año anterior por el papa, Fernando el Católico y los venecianos para expulsar a los franceses de Italia.

Esta vez, en la prueba decisiva, la milicia del canciller Maquiavelo fracasó rotundamente. Y es que, enfrentados a los tercios de Raimundo de Cardona –el virrey de Nápoles–, los milicianos abandonaron las defensas de la ciudad de Prato y se dieron a la fuga. Dos días después de la caída y el saqueo de esa población vecina a Florencia, el 31 de agosto, Pier Soderini capitulaba. La experiencia republicana iniciada en 1494 había terminado. Sin embargo, Maquiavelo aún permaneció un par de meses al servicio de la administración florentina. En principio, su empleo dentro de la Cancillería –no lo olvidemos, un cuerpo técnico al margen de la lucha de facciones– no tenía por qué peligrar. Pero, según anticipamos, el secretario había irritado a algunos dirigentes con su actitud autosuficiente, y también se había destacado por su fidelidad a Soderini, personaje no sólo aborrecido por los partidarios de los Medici, sino también por un número significativo de los denominados «grandes» (nobles u *ottimati* en la terminología de la época), como acabamos de decir, decepcionados por la negativa del confaloniero a establecer un tipo de gobierno más cerrado y proclive a sus intereses. De todas formas, consciente o no de su precaria situación, parece que Maquiavelo intentó ganarse a los nuevos señores de Florencia y tan sólo unos días antes de su destitución redactó un escrito advirtiendo a los Medici del peligro de los «grandes» y de la necesidad de establecer el nuevo régimen sobre la base del apoyo popular. Esta opción por el pueblo será uno de los temas centrales de *El Príncipe,* donde, además, se nos propone como ejemplo de principado sólido un denominado «principado civil», que es el creado «no mediante fechorías o cualquier violencia inad-

misible», sino por la voluntad de los ciudadanos[10]. Con todo, en noviembre de 1512 Maquiavelo terminó siendo apartado de sus cargos, multado y confinado por un año en territorio florentino. El castigo contra el hombre de confianza del confaloniero Soderini no pudo ser más contundente, pero sus padecimientos aún no habían terminado. Unos meses después, en febrero de 1513, fue acusado de tomar parte en un complot contra los Medici y por ello sufrió cárcel y tortura. Afortunadamente para el ex canciller, la prisión no se prolongó demasiado. En realidad no había pruebas firmes para involucrarlo en la conspiración, pero el hecho que determinó su puesta en libertad fue la elección del cardenal Giovanni de Medici como papa el 11 de marzo. El nuevo pontífice, León X, no sólo era un Medici sino también el primer florentino que alcanzaba el papado; en consecuencia, el júbilo fue grande en la capital toscana, y se liberó a los presos. Maquiavelo trató entonces de obtener un empleo público, pero sus tentativas fueron vanas y debió permanecer retirado en su pequeña granja de Sant'Andrea in Percussina. Allí, en medio de los apuros económicos, comenzó una nueva etapa vital: la de teórico del pensamiento político, la actividad que le otorgaría la inmortalidad.

Maquiavelo, pensador político

En efecto, el ex canciller olvidaba todas las noches las penalidades de la forzada vida rural, monótona e intrascendente, a través de la lectura de los filósofos e historiadores clásicos que le ponían en contacto con su pasión: el arte de gobernar. Así, de la meditación sobre las ideas de los antiguos y de su experiencia personal en ese arte de gobernar fueron surgiendo las primeras páginas de los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio.* Sin embargo, abandonó pronto la redacción de los *Discursos* para escribir *El Príncipe,* ensayo al que dedicó todas sus energías a partir de julio hasta concluirlo en diciem-

---

[10] Capítulo IX, *De principatu civili.*

bre del mismo año 1513. Las circunstancias políticas del momento y el deseo de congraciarse con los Medici para salir del ostracismo y la pobreza le indujeron a ello. Acerquémonos, entonces, a estas dos causas; dos causas clave que nos ayudarán a entender el porqué de *El Príncipe,* sus contenidos y sus problemas. Comencemos por hablar de la situación italiana de la primavera-verano de 1513.

Pues bien, a un experimentado analista político como era Maquiavelo no se le escapó el paralelismo entre lo sucedido con los Borgia a principios de siglo y los rumores que circulaban acerca de los proyectos del papa León X de crear un estado en beneficio de un miembro de su familia (Giuliano o Lorenzo). Incluso en 1513 la coyuntura parecía más propicia para los Medici, pues la victoria de los suizos sobre los franceses en Novara, el 6 de junio, obligó a Luis XII a abandonar Italia, fortaleciendo la posición del papado. En definitiva, hacia el verano de 1513 el ex canciller entrevió la oportunidad de volver a la vida pública participando en el proyecto estatal del papa, un proyecto que podría orientar con sus consejos. Asimismo, Maquiavelo advirtió la ocasión que se presentaba para que un príncipe nuevo llevase a cabo el sueño de Julio II: la liberación de Italia de los *bárbaros*. Es más: él también opinaba que ése debía ser el objetivo último del nuevo gobernante, tal y como se aprecia en el capítulo final de *El Príncipe*. Por tanto, esta obra recoge un conjunto de reflexiones, experiencias personales y ejemplos históricos destinados a cimentar sobre bases sólidas el poder del futuro redentor de Italia. Ya analizaremos después detalladamente esas propuestas, pero antes hemos de ocuparnos de la segunda razón que impulsó a Maquiavelo a escribir su *opúsculo:* alcanzar el favor de los Medici.

Y aquí encontramos a un hombre interesado, tanto en recuperar el antiguo empleo demostrando su aptitud y lealtad hacia la familia del papa, como en ser útil a Florencia, su patria en sentido estricto. En suma, al margen de motivos económicos, la pasión política y la sincera voluntad de servicio a la comunidad fueron los factores determinantes de la nueva tentativa del ex canciller para ganarse a los Medici. A ellos, luego

de la súplica dirigida a Lorenzo en la dedicatoria, apela a lo largo del capítulo XX, donde afirma:

> Han encontrado los príncipes, sobre todo los nuevos, más lealtad y provecho en los hombres que durante el inicio de su gobierno han sido considerados sospechosos que en quienes entonces inspiraban confianza [...].

Y concluye aconsejando al príncipe:

> Que es mucho más fácil ganarse como amigos a quienes se contentaban con el gobierno anterior aunque fuesen sus enemigos, que a quienes se hicieron sus amigos y le ayudaron a ocuparlo por no estar contentos con aquel régimen[11].

Con todo, el esfuerzo de Maquiavelo fracasó como los anteriores. Para empezar, Francescco Vettori, por aquel entonces embajador de Florencia en Roma, el amigo a quien había dado a conocer *El Príncipe* y su propósito, no apoyó la idea de enviarlo a Giuliano, el hermano de León X que controlaba los dominios florentinos. Además, ninguno de los parientes del papa estuvo a la altura de las circunstancias ni sus ambiciones coincidieron con las de Maquiavelo. Giuliano, contemplado como el futuro señor de Parma, Piacenza, Módena y Reggio, murió en 1516, y en 1517 la guerra de Urbino puso en evidencia que su sobrino y sucesor, Lorenzo –destinatario final del tratado–, no tenía cualidades para convertirse en el artífice de la expulsión de los bárbaros. En cualquier caso, las anécdotas acerca del menosprecio con que supuestamente

---

[11] Sobre la preocupación de Maquiavelo por demostrar a los Medici su lealtad, véase Quentin SKINNER, *Maquiavelo,* Madrid, 1984, pp. 33-34. El consejo es tópico en la literatura del género denominado «espejos de príncipes». Por ejemplo, Juan de Mariana refiere cómo Enrique II de Castilla recomendaba a su hijo confiar el gobierno a quienes habían sido leales a su enemigo, «que sabrían compensar con amor la ofensa hecha y probar su lealtad desplegando todo su esfuerzo y celo en el desempeño de su deber» (*La dignidad real y la educación del rey,* Luis Sánchez Agesta (ed.), Madrid, 1981 [1599], p. 395).

Lorenzo recibió el libro, verdaderas o inventadas, revelan la frustración del plan del ex secretario[12]. Un plan tampoco asumido por un tercer miembro de la familia Medici, Giovanni «de las cintas negras», célebre condotiero y padre del primer gran duque de Toscana (Cosimo, 1569), cuando en 1526, ante la inminencia de la guerra del papa y sus aliados contra el emperador Carlos V, propuso la constitución de un ejército italiano.

No obstante, ya en agosto de 1514 Maquiavelo parecía haber perdido las esperanzas de un pronto retorno a la administración florentina, y en carta a Vettori refiere cómo ha abandonado el interés por la política y se ha vuelto a enamorar. Así, cerca ya de los cincuenta años, traiciona –al parecer una vez más– a su fiel esposa, Marietta Corsini, con la cual se había casado en 1501 y tuvo seis hijos. No obstante, el ardor amoroso no pudo acabar con la vocación de Maquiavelo: el estudio del poder, del gobierno, del estado. De ahí que, tras el libro de los principados, pronto retomase la pluma para continuar los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio,* el libro de las repúblicas, concluido en 1519, pero que, como *El Príncipe,* no fue impreso hasta varios años después de su muerte (1527). En concreto, la primera edición apareció en 1531 en Roma, y en 1532, también en la Ciudad Eterna, el mismo impresor, Antonio Blado, publicó *El Príncipe* –aunque hoy nos sorprenda– *cum gratia et privilegium* del segundo papa Medici, Clemente VII. Ahora bien, según adelantamos, los *Discursos* fueron el libro de teoría política más ambicioso del ex canciller. El tiempo empleado y la extensión del escrito son ya elocuentes, pero, incluso, él mismo nos advierte de su trascendencia en la dedicatoria, pues, al igual que en *El Príncipe,* declara haber manifestado todo su saber. Por otra parte, este Maquiavelo republicano ha dado lugar a una polé-

---

[12] Se han transmitido diversas tradiciones sobre el supuesto desprecio de este príncipe por el obsequio. Éstas cuentan la atención preferente de Lorenzo por unos perros de caza que otro súbdito le había regalado en la misma recepción, o la mezquina recompensa del Medici: dos botellas de vino por un tratado que contenía todo el saber político del ex canciller.

mica sobre su pensamiento político al confrontarlo con el de *El Príncipe,* un inmoral consejero de tiranos según la opinión más extendida hasta nuestros días. Nosotros no vamos a entrar en ella; tampoco disponemos de espacio para hacerlo. De todas formas, debemos precisar que se trata de obras redactadas en circunstancias distintas y con objetivos distintos. *El Príncipe,* hijo de la abierta situación política de 1513 y dirigido a conquistar el favor del nuevo señor de Florencia, proponía a un futuro caudillo liberador de Italia una serie de consejos para alcanzar, engrandecer y mantener el gobierno, mientras que los *Discursos* tomaron su forma final en el marco de las reuniones celebradas en los jardines de la casa del joven aristócrata Cosimo Rucellai, las denominadas *Orti Oricellari*. En esas tertulias de carácter académico, donde se discutía de historia, de literatura y, cómo no, de política, Maquiavelo fue leyendo partes del libro, escrito, por cierto, a instancias de Rucellai. En consecuencia, los participantes en los *Orti,* aficionados a debatir los problemas de las repúblicas, influyeron en el nuevo tratado, dedicado no a un gobernante, sino a dos particulares: Rucellai y otro contertulio, Zanobi Buondelmonti. Este último, junto con algunos miembros del grupo más exaltados, participó en 1522 en un fallido complot para asesinar al cardenal Giulio de Medici, y acabó desterrado. Naturalmente, tras la abortada conjura los encuentros en las *Orti* desaparecieron, pero antes alentaron la composición de un nuevo ensayo de nuestro experimentado diplomático: *El arte de la guerra* (1519-1520), considerado por algunos estudiosos como el último capítulo de un plan para sentar las bases de la liberación de Italia; *El Príncipe* y los *Discursos* serían los dos primeros. En fin, sea o no esto cierto, hoy la opinión mayoritaria considera a estas dos obras, pese a sus diferencias, como tratados complementarios. De hecho, varios de los temas o ideas centrales de *El Príncipe* se desarrollan también en los *Discursos:* la maldad humana; la necesidad de un líder guerrero, sagaz, con fuerza de voluntad y dotes diplomáticas para salvar a la comunidad; el protagonismo del pueblo; el hombre forjador de su destino en lucha contra la fortuna; la aspiración a la gloria; la búsqueda del engrandecimiento del

poder; la oposición a la crueldad de los tiranos, o la política como arte de lo posible desvinculada de la moral. Enseguida hablaremos de ellos, pero primero vamos a concluir esta síntesis biográfica.

Tras los comentarios a la obra histórica de Tito Livio –como podemos apreciar por lo dicho hasta aquí, un pretexto para exponer sus puntos de vista sobre la política–, la fecunda actividad creadora del ex canciller de fines de la segunda década del siglo XVI continuó, entre otros trabajos, con una comedia que alcanzó cierto éxito: *La mandrágora*. De hecho, el papa León X llegó a interesarse por ella. Este gesto confirmaba, por fin, la ansiada reconciliación con la familia Medici. En efecto, después de la muerte de Lorenzo (1519), en 1520 la llegada a Florencia del cardenal Giulio para supervisar el gobierno abrió una nueva etapa vital más próspera y esperanzadora para Maquiavelo. Así, el cardenal de Medici pronto dio muestras de benevolencia encargándole un proyecto para la reforma de la constitución de Florencia *(Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medices),* y unos meses antes fue enviado a Lucca a defender los intereses de algunos mercaderes florentinos. De esa estancia en Lucca surgió también una biografía, *La vida de Castruccio Castracani,* un condotiero al cual transpuso su modelo ideal de príncipe. Y es que Maquiavelo escribió historia al servicio de los intereses políticos del presente, de su presente, claro. Por tanto, no buscó la fidelidad a los hechos, sino, ante todo, dar lecciones, extraer principios o provocar la polémica, y si era oportuno alteraba el dato en beneficio de sus tesis políticas, como asimismo se puede apreciar en la siguiente obra histórica, *Las historias de Florencia,* un encargo tras el cual estaba de nuevo el cardenal de Medici (noviembre de 1520). Se trataba de un proyecto ambicioso y no pudo entregarla en el plazo convenido de dos años. Sin embargo, no tuvo problemas ni tampoco la conjura antimedicea de 1522 le ocasionó dificultades, de modo que a partir de 1523 se retiró a su casa de campo para concluirla, y en 1525 presentó al papa Clemente VII –el nombre que tomó el cardenal Giulio al ocupar el pontificado en 1523– los ocho primeros

libros; pero no pudo cumplir su objetivo. Ciertamente, *Las historias* no son un trabajo histórico riguroso. Maquiavelo, además de alterar los acontecimientos, no consultó documentos de archivo y utilizó crónicas de otros autores sin ningún control crítico. Ahora bien, el trabajo posee un valor indudable para la historiografía, pues por primera vez se explica la gran revuelta de los *ciompi,* los trabajadores florentinos de la lana, de 1378, no desde un punto de vista moral, como venía siendo costumbre (el castigo por los pecados de los ciudadanos), sino político y, en especial, atendiendo a las circunstancias de la vida material de los *ciompi* y a sus intereses (un salario justo)[13].

De todos modos, pese al patrocinio de Giulio de Medici, Maquiavelo nunca vio satisfecha su verdadera aspiración: un cargo de gobierno importante, ni le fueron encomendadas nuevas legaciones ante grandes personalidades como antaño. Sólo en vísperas de la caída del régimen mediceo (1527) volvió a la política activa al ser llamado por Clemente VII para cooperar con la liga constituida por el mismo papa junto con Venecia, Florencia y Francia contra el emperador Carlos V, el árbitro de la situación italiana después de la batalla de Pavía (1525), hecho de armas que había puesto en sus manos al rey francés –prisionero en Madrid hasta 1526– y al rico Milanesado. Con todo, los planes del diplomático florentino para levantar un ejército según el modelo de la milicia que había dirigido fracasaron; tampoco el empleo de canciller de los procuradores de las fortificaciones de Florencia le otorgó poderes de alcance. Por último, no se escucharon sus proposiciones para atacar a los imperiales cuanto antes y arrebatarles la iniciativa. Y ésta, ante la indecisión de la Liga, pasó pronto a los ejércitos del césar Carlos, que consiguieron llegar a Roma en la primavera de 1527. Para escándalo de la cristiandad católica, el 5 de mayo los soldados imperiales acampaban ante sus murallas, y el día 6 la asaltaban, iniciando a continuación el saqueo sistemático de la Ciudad Eterna

---

[13] G. Bock, «Civil discord in Machiavelli's *Istorie Fiorentine*», *op. cit.,* pp. 181-201.

mientras el papa Clemente se refugiaba en el castillo Sant'Angelo. De inmediato, la noticia de *Il sacco di Roma* provocó la caída de los Medici en Florencia, restaurándose la república. Pero el cambio de régimen no favoreció a Maquiavelo. Pese a su pasado y a sus ideas, las sospechas de colaboracionismo con los tiranos, a quienes había servido durante los últimos años, tuvieron más fuerza y no se le dio ningún puesto. El golpe fue, pues, muy duro para el viejo *uomo pubblico* que, agotado por los últimos trabajos, no tardó en contraer una enfermedad de la cual ya no se recuperó. Sin embargo, la pasión por la política y su sentido del humor no le abandonaron hasta el final. Así lo refleja una anécdota sobre sus últimos momentos. Al parecer, unos días antes de morir contó a los allegados un sueño en el que visitaba el otro mundo. Allí vio a una turba de harapientos mendigos y al preguntar por su identidad, una voz le respondió que eran los elegidos del Señor, a quienes correspondía el reino de los cielos. A continuación vio a un grupo de caballeros en animada conversación sobre política. Entre ellos pudo reconocer a varios sabios de la Antigüedad como Platón, Plutarco o Tácito, y la misma voz le informó de que eran los condenados al infierno, pues estaba escrito que la sabiduría del mundo era enemiga de Dios. Maquiavelo no lo dudó, prefería la compañía de los condenados a la de los bienaventurados. Poco tiempo después expiraba rodeado por sus familiares e íntimos. Era el 21 de junio de 1527, y al día siguiente fue enterrado en la iglesia florentina de la Santa Croce, donde aún reposan sus restos[14].

---

[14] A fines del siglo XVIII Maquiavelo volvió a ser apreciado por los florentinos. Así, en 1782 se reeditaron sus obras completas y en 1787, con la cooperación del mismo gran duque de la Toscana, se erigió un monumento en su memoria en la iglesia de la Santa Croce. En él se grabó esta inscripción: «*Tanto nomini nullum par elogium / Nicolaus Machiavelli/ Obit An. A. P. V. MDXXVII*» («Ningún elogio se ajusta a tan gran nombre»).

Maquiavelo y *El Príncipe:* mito y realidad

El Príncipe, *un libro maldito*

Sir Francis Bacon, el célebre filósofo, estadista y padre del empirismo inglés, afirmaba a principios del siglo XVII: «Estamos muy en deuda con Maquiavelo y otros por decir lo que los hombres hacen y no lo que deben hacer»[15]. Sin embargo, según anticipamos, ésta no ha sido la opinión mayoritaria sobre el tratadista florentino. Por el contrario, las autoridades religiosas, tanto católicas como protestantes, los gobernantes y los teóricos del poder político se apresuraron a condenar a Maquiavelo y a su obra más polémica: *El Príncipe*. De hecho, fueron esos breves veintiséis capítulos los que le confirieron el título de «preceptor de tiranos», «nuevo Satán», o el de «maestro del mal», defendido a mediados del siglo XX por Leo Strauss[16], oscureciendo el resto de su obra. Veintiséis capítulos en los cuales se fundamentan los términos maquiavélico y maquiavelismo, palabras de uso común en los principales idiomas europeos, incluso entre quienes desconocen *El Príncipe* y a su autor; palabras que significan actuar con astucia, doblez y perfidia. Pero maquiavélico, maquiavelismo o maquiavelista todavía poseen un contenido más negativo en el lenguaje político. Nos referimos entonces al dirigente inmoral, a quien sostiene que el fin justifica los medios, al individuo sin escrúpulos que busca alcanzar y mantenerse en el poder a cualquier precio; en definitiva, al hombre que ha convertido la política en una guerra contraviniendo los principios de la teoría aristotélica sancionados por el cristianismo: 1) la política como paz, como una disciplina o un arte superior cuyo fin, «el bien político, es la justicia, es decir, lo conveniente a la comunidad»; y 2) la imposibilidad «de que le salgan bien las cosas a quienes no actúan bien [...], [pues] no existe obra buena de varón ni de ciudad sin intervención de la virtud y de la inteli-

---

[15] Citado por Skinner en *Maquiavelo, op. cit.,* p. 110

[16] Leo STRAUSS, *Meditación sobre Maquiavelo,* Madrid, 1964 (Glencoe, 1958).

gencia»[17]. La política entendida como un saber del poder separado de la ética sería, pues, el perverso legado de Nicolás Maquiavelo, y ese legado, según un parecer muy extendido desde hace siglos, habría sido recibido no sólo por los tiranos como Napoleón, sino por los políticos en general. Así, éstos tendrían en *El Príncipe* su libro de cabecera. Sin embargo, por norma, cualquier estadista o político ha rechazado y rechaza con indignación ser calificado de maquiavélico y condena sin paliativos el uso de la «razón de Estado», un concepto del cual hablaremos en las próximas líneas. Pero vayamos por partes. Antes debemos tratar de explicar el porqué de la tolerancia inicial hacia el opúsculo y las causas de su posterior y fulminante condena.

Pues bien, aunque hay dudas acerca de la voluntad de Maquiavelo para publicarlo, *El Príncipe,* primero como copia manuscrita y a continuación como libro (1532), no tardó en alcanzar celebridad. El tema no podía ser más actual en la conflictiva situación italiana de principios del siglo XVI y el opúsculo es aún hoy ágil, claro y directo. Obsérvese, además, cómo el uso frecuente de la segunda persona del singular para dirigirse al lector imprime un tono confidencial que, por un lado, favorece cierta complicidad entre éste y el autor, y, por otro, le da una modernidad ausente en las demás obras escritas para aconsejar a los gobernantes de la época. Finalmente, su brevedad ha sido y sigue siendo una ventaja indudable frente a los, a menudo, voluminosos y farragosos tratados de ese género medieval denominado «espejos de príncipes», que perduró hasta entrada la Edad Moderna[18]. De todas formas, la prosa de *El Príncipe* es, a veces, demasiado sobria, lacónica, a lo cual contribuyen la puntuación y las continuas dicotomías producto del modo de razonar del ex canciller, que propone

---

[17] ARISTÓTELES, *La política*, Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez (eds.), Madrid, Editora Nacional, 1977, Libro III, cap. XII, p. 145; y Libro VII, cap. I, p. 277.

[18] El apogeo del género de los «espejos de príncipes» se alcanzó en Italia a fines del siglo XV. Véase Quentin SKINNER, *The foundations of modern political thought,* Cambridge, 1978, vol. 1, pp. 116 ss.

una opción contra otra sin dejar soluciones intermedias (o... o). Ahora bien, si volvemos a su época, encontramos en la opción de Maquiavelo por la lengua vulgar, el italiano (toscano) en lugar del latín, otra de las claves de la rápida popularidad de *El Príncipe* y de sus escritos de política e historia. En suma, el breve tratado reunía todos los elementos precisos para convertirse en un éxito editorial entre el público de la Italia renacentista, pero también su fama pronto trascendió las fronteras italianas. Y es que, junto con el análisis de las acciones políticas de César Borgia o Julio II, aparecía el de los gobernantes europeos más importantes de los primeros años del siglo XVI: Luis XII de Francia, Fernando el Católico, el emperador Maximiliano. Incluso examinaba y comparaba a la monarquía francesa, a juicio de Maquiavelo la más poderosa de la época, con el pujante Imperio turco. Por último, la obra era muy provocadora porque defendía un modelo de gobernante alternativo al de las monarquías renacentistas triunfantes: el de un «príncipe nuevo» que alcanzaba el poder sin legitimidad dinástica-hereditaria alguna. Esto es, gracias a la fortuna o a sus propios méritos, no por la sangre, pero en cualquier caso gracias a su capacidad para aprovechar la ocasión. Un príncipe nuevo que engrandecía y mantenía su dominio a través de una serie de prácticas basadas en la combinación de fuerza y engaño contrarias a los principios de la moral. Ciertamente, el publicista florentino no descubría nada nuevo: la historia, el ejercicio cotidiano del gobierno en Italia e, incluso, algunos pensadores del mundo antiguo, testimoniaban las maneras de obrar expuestas en su libro, pero él fue el primero en sostenerlas.

A la vez, desde los primeros momentos posteriores a la difusión de *El Príncipe,* tal y como expusimos en las primeras páginas de nuestro estudio, hubo quienes, lejos de condenarlo, le atribuyeron un propósito verdaderamente maquiavélico: Maquiavelo habría revelado los secretos del poder, los *arcana imperii,* según la expresión del historiador romano Tácito (*ca.* 54-120 d.C.), a fin de levantar la indignación popular y precipitar la caída de los Medici. El cardenal inglés Pole (1500-1558), uno de los primeros y más firmes críticos del di-

plomático florentino y su doctrina, nos da cuenta de haber escuchado esa opinión durante una estancia en la capital toscana, donde se decía que el mismo ex canciller declaró dicho objetivo[19]. De esta forma, aunque con mucho menos eco, nació otro mito: el de Maquiavelo como defensor de la libertad y la república.

Concluyendo: el cuestionamiento de la virtud, en su sentido clásico y cristiano (fe en la Iglesia y temor de Dios) como norma del comportamiento político del monarca mantenido en *El Príncipe,* fue percibido enseguida como un grave peligro para el orden moral y social vigente, donde el gobernante debía ser ejemplo para la comunidad que Dios le había confiado dirigir.

> Pues el estado de los príncipes es mayor que todos, puede más que todos, vale más que todos, sostiene más que todos, tiene más que todos y al fin dél procede la governación de todos, necesario es que la casa, y la persona, y aun la vida del príncipe sea ordenada y corregida más que la de todos, porque assí como con una vara mide el mercader toda su ropa, assí con la vida del príncipe se mide toda la república (fray Antonio de Guevara, predicador del emperador Carlos V, en su *Relox de príncipes,* 1529)[20].

Si la vulneración de este principio causa aún hoy escándalo y puede ser decisiva en la carrera política de un estadista en los países anglosajones, hace quinientos años el cuestionamiento del cristianismo, la Iglesia y su actuación era fatal. Entonces, el transgresor de la Ley de Dios no sólo era apartado de la comunidad de los creyentes (excomulgado), no sólo se condenaba su alma inmortal a un castigo eterno en los infiernos, sino que también podía ser sentenciado a muerte –pena ejecutada por el brazo secular– y su obra era eliminada. Por

---

[19] Peter S. DONALDSON, *Machiavelli and Mistery of State,* Nueva York, 1988, p. 10.

[20] Fray Antonio de GUEVARA, *Relox de príncipes,* Emilio Blanco (ed.), Madrid, 1994, p. xxxv.

tanto, *El Príncipe,* un libro donde se proponía la violación de los Diez Mandamientos siempre que fuese útil para los intereses del príncipe o de la mayor parte de los súbditos que regía, donde se criticaba veladamente a la Iglesia y su intervención en los asuntos temporales, y donde se proponía como táctica fundamental para mantener el poder aparentar ser religioso, pero no necesariamente serlo, no podía escapar al castigo establecido. Y esto fue lo que pasó, aunque, en principio, según referimos, obtuvo el visto bueno del papa Clemente VII. Desde luego, la tolerancia inicial hacia el libro sorprende. Recuérdese cómo ya Vettori no creyó ni tan siquiera oportuno enviarlo a Giuliano de Medici, si bien sabemos que durante la primera mitad del siglo XVI la crítica situación de los estados italianos, tanto de repúblicas como principados, dio lugar a una amplia discusión acerca de la renovación de la vida política en la península. Dicho debate explicaría el rápido éxito del opúsculo y los *Discursos.* En cuanto a la complacencia papal no podemos alegar argumentos sólidos (¿la exaltación del poder del papado y la propuesta de expulsar de Italia a los extranjeros? Recuérdese el saqueo de Roma de 1527). Sin embargo, es evidente que ni la alabanza de los pontífices anteriores a León X que habían aumentado el dominio temporal de Roma ni la descripción de los métodos violentos utilizados para ello –radicalmente opuestos al Evangelio: paz y amor–[21] ni, por supuesto, el contenido general del tratado podían satisfacer a ningún heredero de San Pedro y, en especial, a quienes a partir de 1545 impulsaban la reforma católica –tradicionalmente llamada *Contrarreforma*– desde el Concilio de Trento. En consecuencia, Maquiavelo fue incluido entre los autores de «primera clase» dentro del Índice de libros prohibidos por la Iglesia católica en 1559. Todavía más: desde ese momento su mismo nombre fue también condena-

---

[21] Véase el capítulo XI. La crítica a los papas guerreros y, en concreto, a Julio II estaba ya presente en la obra del célebre humanista Erasmo de ROTTERDAM, que en su *Elogio de la Locura* (1509) expone con toda crudeza la traición a la doctrina de Cristo del citado pontífice. Véase la edición de Oliveri Nortes Valls, Barcelona, 1982, capítulo LIX, pp. 136-137.

do. De igual manera, las Iglesias protestantes y los publicistas defensores de la monarquía dinástica hereditaria, empezando por el más destacado del siglo, el francés Jean Bodin, se sumaron a la reprobación. Así pues, la reacción fue un tanto lenta pero firme. En definitiva, desde mediados del siglo XVI Maquiavelo ha pasado a ser el teórico político maldito por antonomasia.

Maquiavelo, notario de la realidad de su tiempo

En la dedicatoria a Lorenzo de Medici, Maquiavelo resume el contenido del libro con el que le obsequia: «... el conocimiento de las acciones de los grandes hombres». Ahora bien, ya hemos visto cómo el fin de ese conocimiento apuntaba a instruir a un caudillo capaz de expulsar a los extranjeros de Italia. En consecuencia, ese propósito explica que más adelante, al principio del capítulo XV, el secretario declare:

> [...] siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad de los hechos que a su imagen ideal. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que no se han visto ni conocido en la realidad. Porque hay tal distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien abandona lo que se hace por lo que se debería hacer aprende más rápido su ruina que su supervivencia.

Y ciertamente, ese objetivo se cumple en *El Príncipe,* título final del opúsculo consagrado por la tradición, porque en un primer momento su autor lo denominó *De principatibus* –sobre los principados– o *De principati,* en el capítulo I del libro II de los *Discursos*. De hecho, la opinión unánime de los estudiosos del teórico florentino es la de que fue un notario de la realidad de su tiempo. De ahí el interés de un ensayo en donde, como dijimos, se describe y analiza la práctica política de los gobernantes italianos y europeos más destacados de finales del siglo XV y principios del XVI comparándola

con la de grandes dirigentes del pasado. Un ensayo en donde se recoge la lucha por la supremacía en Italia de las dos grandes monarquías del Renacimiento: la de Francia y la de los Reyes Católicos, identificada por Maquiavelo con una España dirigida por Fernando de Aragón, de la cual no capta su singularidad de «monarquía compuesta», término historiográfico reciente que sirve para calificar a un agregado de territorios diferenciados por sus respectivas leyes, lengua, moneda y costumbres, que sólo compartían la dirección de un mismo rey. Es decir, una monarquía donde no existía una unión constitucional ni un aparato institucional común semejante al de nuestros días (el caso británico –Inglaterra, Gales e Irlanda, y Escocia desde 1603– es otro ejemplo destacado). Pero esa inexactitud o, si se prefiere, simplificación es comprensible: Maquiavelo no viajó a España, mientras que su oficio diplomático le permitió visitar el más homogéneo reino de Francia varias veces, conocer a sus principales ministros y su sistema de gobierno. Por tanto, las apreciaciones hechas en *El Príncipe* sobre la realidad francesa son más abundantes y en algunos aspectos muy acertadas.

En suma, la práctica política renacentista comparada con la del pasado, en especial con la de la antigüedad grecorromana, apoya los consejos que se dan al futuro redentor de Italia para cimentar con solidez su poder. Y siguiendo ese método, el tratadista florentino nos descubre el divorcio existente entre la teoría del gobierno, sujeta a las normas de la moral cristiana, y la realidad, donde se prescinde de la ética y sólo se juzga el resultado final: el éxito o el fracaso. Así se aprecia en la conducta de papas como Alejandro VI, quien «nunca hizo ni pensó otra cosa que no fuera engañar a la humanidad» (cap. XVIII); o en la del, aparentemente, piadoso Fernando el Católico. En consecuencia, ese mismo realismo supone también la utilización de la religión como un recurso táctico fundamental al servicio del mantenimiento del poder, una afirmación, según dijimos, escandalosa en grado sumo para la época. Sobre todo si a ella se añade la exclusión de la intervención divina en los asuntos del gobierno terrenal. Aquí Maquiavelo es aún más rupturista. «En manos de Dios está el

gobierno del mundo: sobre él establece al hombre oportuno; en manos de Dios está la autoridad del hombre: él confiere su majestad al soberano», proclamaba la Iglesia según la tradición que arrancaba del Antiguo Testamento[22], mientras *El Príncipe* intenta demostrar cómo el ser humano depende fundamentalmente de sí mismo para forjar su destino. El problema pasa a ser ahora la fuerza ciega, a menudo devastadora de la fortuna, «árbitro de, más o menos, la mitad de todo acto humano», pero que «nos deja gobernar la parte restante» (cap. XXV), no la Providencia que castiga a los pecadores. Y para prevenir los embates de la fortuna, considerada por el secretario como una mujer voluble, y dominarla es fundamental convertir al hombre, y en concreto al gobernante, en un hombre virtuoso, pero no en el sentido clásico sancionado por el cristianismo donde primaban la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza unidas a la lealtad y a la honradez, sino en uno nuevo: en el de un individuo dotado de voluntad innovadora, fortaleza, prudencia –arte que combina la contención y el arrojo– y sagacidad para prever los peligros, resistir a la adversidad y triunfar[23]. De este modo Maquiavelo, que vivió la nueva cultura del antropocentrismo italiano renacentista favorecido por el capitalismo de los centros urbanos del norte, vuelve a contactar con el ciudadano contemporáneo, que también se encuentra solo en un mundo secularizado y cree ser, en buena medida gracias a su esfuerzo, dueño de su destino[24]. Además, ser virtuoso o capaz de alcanzar el éxito es, en última instancia, saber adaptarse a las circunstancias. Así lo aprendió nuestro autor de uno de esos grandes hombres que visitó durante sus legaciones, Pandolfo Petrucci, señor de Siena, quien un día le confesó:

---

[22] *Eclesiástico,* 10, 1-5, *Biblia del Peregrino,* Luis Alonso Schökel (ed.), Bilbao, 1995.

[23] Sobre la confrontación entre la virtud y la fortuna, un tema del pensamiento de la antigüedad grecorromana y su influencia en Maquiavelo, véase John G. A. POCOCK, *Il momento machiavelliano,* Bolonia, 1980 (Princeton, 1975), t. I, pp. 119 ss.; y SKINNER, *op. cit.,* pp. 47-57.

[24] Erich FROMM, *El miedo a la libertad,* Buenos Aires, 1980, pp. 62 ss.

> Te diré como dijo el rey Federico a un embajador mío ante una pregunta similar, a saber: que me gobernase día a día y que juzgase las cosas hora por hora si no quería equivocarme, porque estos tiempos superan nuestro entendimiento[25].

De esta manera entramos en una nueva formulación de la política: la del arte de lo posible.

La política como saber del poder y la razón de Estado

En efecto, frente a la rigidez del comportamiento político tradicional sujeto a la ética, en *El Príncipe* no se propone al gobernante seguir siempre un método o técnica para alcanzar el éxito. Es decir, si se nos permite utilizar los símiles militares tan queridos a Maquiavelo, el dirigente además de planear una estrategia para alcanzar el objetivo final, debe ser un buen táctico capaz de adoptar sobre la marcha las medidas más oportunas para vencer a enemigos diversos en campos de batalla distintos. En definitiva, debe ser flexible y emplear, según lo aconseje la situación, el procedimiento adecuado para alcanzar y mantener el poder. De ahí que «necesita a menudo actuar contra la palabra dada, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión». Debe, pues, si fuese preciso, *penetrar en la senda del mal* (cap. XVIII). Y esta propuesta nos lleva a hablar del pesimismo antropológico de nuestro autor, quien convencido de que «el amor es sostenido por un vínculo de reconocimiento que, por la mezquina condición humana, se rompe siempre en función del provecho propio», defiende no sólo hacer uso del mal cuando sea conveniente, pues «un hombre que quiera hacer en todas partes profesión de bondad por fuerza se hundirá entre los muchos que no la profesan» (cap. XV), sino que considera también, de nuevo contra la tradición, «mucho más seguro ser temido que amado» (cap. XVII)[26]. Sin embargo,

---

[25] *Legazioni e Commissarie,* Sergio Bertelli (ed.), Milán, 1964, carta de 21 de julio de 1505, *Legazioni,* III, 131.

[26] El jesuita Pedro de RIBADENEIRA, uno de los más implacables enemigos del pensamiento de Maquiavelo, sostiene, por el contrario, siguiendo la

el príncipe debe evitar ser odiado por los súbditos, idea repetida a lo largo del texto, pues Maquiavelo, según anticipamos en las primeras páginas de este estudio, cree que el pueblo es el pilar fundamental para un régimen principesco sólido. No en vano exalta un *principado civil,* en el cual el dirigente llega al gobierno merced al favor popular sin haber utilizado la violencia (cap. IX). Esa opción por la comunidad es el fundamento de otro principio condenado por la ortodoxia política y las iglesias cristianas hasta nuestros días pese a su vigencia: *la razón de Estado,* término que desconoció Maquiavelo, pero cuyo uso se generalizó durante la segunda mitad del siglo XVI. Por tanto, en *El Príncipe* jamás se habla de razón de Estado, pero se enuncia su contenido. Ahora bien, el término Estado *(stato)* no tenía en Maquiavelo ni en los escritores políticos europeos hasta la segunda mitad del siglo XVII un significado semejante al actual. Se trataba de un término polisémico y de ello hablaremos enseguida, pero de momento sólo apuntaremos el sentido de la palabra relacionado con la expresión que nos ocupa. Pues bien, Estado se identifica aquí con la comunidad política, es «un bien trascendente superior al individuo o a los grupos particulares que lo componen»[27]. En consecuencia, esta idea justifica el empleo de cualquier medio no atendiendo a su moralidad, sino sólo a su efectividad para el establecimiento o la salvación del Estado; esto es, de la comunidad. Estamos entonces ante esa máxima tan popular atribuida al teórico florentino de que «el fin justifica los medios».

---

tradición cristiana y de los clásicos, «que el trono del rey se establece con misericordia y clemencia». Véase su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados, contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos deste tiempo enseñan,* Barcelona, 1881 (Madrid, 1595), p. 278.

[27] Rafael del ÁGUILA TEJERINA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la Teoría Política,* Madrid, t. II, pp. 69-170, p. 124. Sobre el concepto bajomedieval de Estado como cuerpo político, véase Ernst, H. KANTOROWICZ, *Los dos cuerpos del rey,* Madrid, 1985 (Princeton, 1957), pp. 258-259.

En suma, Maquiavelo sostiene que en momentos excepcionales el empleo del mal, de una medida crueldad, es el único medio del gobernante para mantener su poder y defender los intereses superiores del conjunto de los ciudadanos:

> Que no se preocupe, por tanto, el príncipe de la reputación de cruel si mantiene a sus súbditos unidos y leales; pues, con muy pocas condenas ejemplares, resultará más piadoso que quienes, por excesiva piedad, permiten que continúen los desórdenes y, en consecuencia, las muertes o las rapiñas. Éstas suelen perjudicar a toda una comunidad; en cambio, las ejecuciones dictadas por el príncipe afectan exclusivamente a uno (cap. XVII).

La réplica de los publicistas cristianos al consejo fue rápida y contundente, pues como hacía notar Francisco de Quevedo, ese argumento sirvió para que el pontífice de los judíos, Caifás, y el gobernador romano Pilatos condenasen a muerte a Jesús[28].

De todas formas, si bien desde las primeras páginas del opúsculo el ex canciller florentino cree inevitable el uso de la crueldad por parte del príncipe nuevo, ésta debe ser usada sólo en los momentos iniciales de su gobierno *–para asegurar la conquista– de golpe,* y siempre procurando que beneficie al mayor número posible de súbditos. Después, una vez aniquilados los enemigos y conjurado el peligro, debe cesar, porque de no ser así generaría tal odio que haría imposible al príncipe

---

[28] «Juntaron, pues, concilio los pontífices y fariseos, y decían: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchas maravillas? Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y gente. Uno de ellos, que se llamaba Caifás, como fuese pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que os conviene que un hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la gente. Esto no lo decía él de sí mismo; pero como fuese pontífice de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la gente. Desde aquel día trazaron que Jesús muriese» (Francisco de QUEVEDO y VILLEGAS, *Política de Dios y gobierno de Cristo,* Madrid, 1930 [Zaragoza, 1626], pp. 158-159).

mantener el poder[29]. Por otro lado, Maquiavelo, al fin y al cabo hombre del Renacimiento, busca para su príncipe la gloria («reputación, fama y honor que resulta de las buenas acciones y grandes calidades»)[30], el fin que todos los hombres persiguen junto con la riqueza, esa inmortalidad pagana del mundo clásico; y la gloria no se consigue asesinando a los conciudadanos, traicionando a los amigos, siendo desleal y no teniendo piedad ni religión. Dicha conducta sólo sirve para adquirir poder y es reprobable, tal fue el caso del tirano Agatocles o el de Oliverotto de Fermo, mientras que Maquiavelo, no lo olvidemos, propone como modelo de gobernante a un líder apoyado por el pueblo, y ese dirigente de un principado civil debe ser «un hombre de buen corazón».

Para concluir con nuestro examen de la concepción maquiavélica de la política, convertida en una técnica o en un saber del poder autónomo desvinculado de la moral, advertiremos cómo el príncipe nuevo dotado de virtud, esa capacidad creativa para vencer los vaivenes de la fortuna, ha de tener siempre en cuenta para conservar y engrandecer su dominio: primero, «mostrar estima a los grandes [nobles] sin generar el odio del pueblo» (cap. XIX), su más firme apoyo (para esto último basta con respetar los bienes de los súbditos y a sus mujeres); segundo, saber combinar astucia y fuerza, práctica ejemplificada por el comportamiento de la zorra y el león. Así, quien emplea sólo la fuerza no entiende el arte de la política, que –nuevo golpe a los valores de la tradición– permite incumplir la palabra dada cuando sea oportuno. Además, el dirigente ha

---

[29] En el capítulo VI, Maquiavelo propone como ejemplos históricos legitimadores del príncipe nuevo y su actuación a Moisés, el emperador persa Ciro, al rey Teseo y Rómulo, los cuales para afirmar su poder aniquilaron primero a quienes «sentían envidia de su talento». En el capítulo VII propone a César Borgia como ejemplo de sabio administrador de la crueldad, y en el VIII nos refiere sus conclusiones, matizadas y enmendadas en el XVII –donde se expone claramente el tema de la razón de Estado–, por cuanto la fama de cruel se considera útil al príncipe y se propone emplear la crueldad cuando se necesite ya no sólo al principio; pero eso sí, evitando provocar odio.

[30] Diccionario de la Real Academia Española.

de ser un buen «simulador y disimulador». De aquí se deriva el consejo de aparentar tener las virtudes clásicas: ser piadoso, fiel, humano, íntegro y religioso, pero con capacidad para comportarse de forma contraria si fuese necesario, porque como dice Cosimo el Viejo, artífice del dominio de los Medici sobre la república florentina, en las *Historias de Florencia,* los estados no se sostienen con «padrenuestros» *(con el rosario en la mano)*. En tercer y último lugar, para mantener y engrandecer su dominio el príncipe ha de ser un caudillo militar dotado de «armas propias»; es decir, de un ejército de «súbditos, ciudadanos o siervos» y no de tropas mercenarias (extranjeras a sueldo), auxiliares (soldados de otros gobernantes), juzgadas «inútiles y peligrosas», o mixtas (mercenarios y soldados nativos) (cap. XIII). Es más: para Maquiavelo, después del pueblo, el ejército es la otra columna del poder principesco. Aquí coincide, en parte, con los monarcas europeos renacentistas, pues, amén de asumir el papel tradicional de comandantes en jefe para defender a la comunidad, dentro del programa de reforzamiento de su autoridad, aquéllos consideraban fundamental disponer de un ejército permanente. Sin embargo, el acuerdo sobre el papel clave de la fuerza armada como elemento de poder del gobernante se rompía en lo relativo a su composición. Y es que mientras el secretario florentino proponía para resolver el problema de encontrar soldados fiables y aguerridos armar al pueblo, las monarquías del Renacimiento optaron por el empleo de tropas mercenarias. De esta forma los reyes evitaban ofender a la nobleza, cuyo *status* social privilegiado estaba legitimado por la función guerrera, y que consideraba peligroso el entrenamiento militar de los plebeyos; un temor compartido por los mismos monarcas no sin razón. Así lo demostró, por ejemplo, en 1520 la revuelta de las Comunidades de Castilla contra el joven Carlos I, el nuevo emperador Carlos V, sostenida por las milicias urbanas creadas en 1516 por el entonces regente del reino, el cardenal Cisneros. Ahora bien, el ejército del rey Católico siempre tuvo un carácter más «nacional», más «español» que el de su antagonista francés, el rey Cristianísimo, y a lo largo del siglo XVI se reclutaron voluntarios que integraron guarniciones permanentes en la penín-

sula Ibérica, pero sobre todo las unidades –tercios– desplegadas en el exterior (Flandes, Nápoles, Sicilia, Milán). En consecuencia no produjeron al rey la misma inquietud que si hubiesen permanecido en España. Con todo, desde la época de las campañas napolitanas de Gonzalo Fernández de Córdoba (1496-1504), el Gran Capitán, los mercenarios fueron aumentando su peso en las huestes de la monarquía española[31].

En cualquier caso, Maquiavelo confunde a los mercenarios con el sistema de los condotieros, capitanes independientes que ofrecían a los gobernantes los servicios de sus ejércitos privados, un fenómeno peculiar del Renacimiento italiano, con los ejércitos profesionales permanentes de los reyes europeos, organizados y dirigidos por ellos mismos. Además, y esto es lo más importante, el empleo de soldados profesionales extranjeros y nativos permitió a los monarcas disponer de auténticas «armas propias» para imponerse sobre las fuerzas autónomas y centrífugas de los respectivos reinos que cuestionaban su autoridad: ciudades, regiones y nobles. Estos últimos, los aristócratas, eran el principal apoyo de la monarquía, pero, a la vez, como bien advirtió Maquiavelo, su principal amenaza (cap. IV). No obstante, el secretario florentino, que acusa en *El Príncipe* a las tropas mercenarias de haber provocado la «ruina de Italia», no creó, tal como apunta en *El Príncipe* y sostiene en los *Discursos* y *El arte de la guerra,* una milicia ciudadana eficiente imbuida de un elevado patriotismo[32]. De hecho, las autoridades florentinas, preocupadas por las divisiones internas, se negaron a armar al pueblo urbano y los soldados del canciller, de los cuales ya hemos hablado, fueron hombres del distrito rural sometido *(contado)* y de los dominios adquiridos a lo largo de los siglos XIV y XV. Además, dicha fuerza estaba constituida por infantes sin artillería y sus jefes no eran florentinos. No sorprende, entonces, que en 1512

---

[31] Sigue siendo muy esclarecedor para este tema el artículo de V. G. KIERNAN, «Mercenarios extranjeros y monarquía absoluta», recogido en la compilación de Trevor Aston, *Crisis en Europa, 1560-1660,* Madrid, 1983, pp. 130-154.

[32] Geoffrey TREASE aborda el tema de los condotieros y las críticas de Maquiavelo hacia ellos en *Los condotieros, soldados de fortuna,* Barcelona, 1985.

las tropas del virrey de Nápoles, profesionales disciplinados, pusiesen en fuga a los súbditos milicianos de Florencia. No podemos extendernos aquí en la teoría militar de Maquiavelo, pero, sin duda, su gran error fue despreciar el factor clave para el triunfo de cualquier gobernante en una guerra, en especial en los conflictos cada vez más prolongados y de desgaste iniciados en el Renacimiento: el dinero[33]. Por ese motivo, contra la opinión de los clásicos y de los asesores regios no aconsejó al príncipe dotarse de una poderosa hacienda propia destinada a sufragar el esfuerzo bélico. A su juicio, lo decisivo para vencer era la calidad de los combatientes, opinión desmentida por las grandes guerras iniciadas en el siglo XVI[34].

En síntesis, éstas son las claves de la propuesta política del canciller florentino, aunque naturalmente en *El Príncipe* se encuentren otros consejos complementarios útiles al gobernante. De todas formas, no quisiéramos cerrar este apartado sin advertir que, al margen de la innovación que supuso presentar la política como un arte de lo posible o una técnica independiente de la moral destinada a alcanzar y mantener el poder –eso sí, tratando de beneficiar a la comunidad–, nos parece exagerado contemplar a Maquiavelo como el fundador de la Ciencia Política, mito aún en boga. Ciertamente, la metodología que empleó, de la cual hablaremos a continuación, no puede acreditarlo, y asimismo no podemos dejar de advertir los elementos subjetivos, irracionales y de pasión contenidos en *El Príncipe*. Buena prueba de ello es la consideración de la virtud maquiavélica como un conjunto de cualidades masculinas positivas necesarias para dominar a la fortuna, asociada a una femineidad negativa. De este modo, el ex canciller sostiene que a la fortuna, como a la mujer, hay que maltratarla

---

[33] Sobre los cambios en el armamento, la organización militar, el aumento del coste de las guerras y sus consecuencias, una buena síntesis en Michael MANN, *Las fuentes del poder social,* Madrid, 1991, t. I, pp. 636 ss.; y Paul KENNEDY, *Auge y caída de las grandes potencias,* Barcelona, 1995, pp. 127-131.

[34] *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Libro II, 10, *I danari non sono il nervo della guerra, secondo che è la comune opinione,* en Corrado Vivanti (ed.), Turín, 1997, I, pp. 350-353.

para obtener sus favores, y, por tanto, sólo los audaces, los fieros y no los cautos, consiguen doblegarla (cap. XXV)[35].

Maquiavelo, patriota italiano y padre de la Teoría del Estado

Según dijimos, el paso del tiempo no disminuyó la polémica ni el interés de los lectores por *El Príncipe* y su autor. Bien al contrario, *El Príncipe* siguió siendo un libro vivo para sucesivas generaciones, pero en especial para los italianos desde los años veinte del siglo XIX. A partir de entonces fue cobrando fuerza la idea de una nación italiana y, naturalmente, no se tardó en encontrar en Maquiavelo al profeta de la unidad. El apasionado capítulo XXVI de su opúsculo llamando a la casa de Medici a expulsar a los bárbaros de Italia fue, pues, interpretado por el *Risorgimento* como una invocación a la fundación del Estado-nación italiano soñado. En cualquier caso, de forma ingenua o consciente, servía para legitimar la aspiración unitaria dándole una respetable antigüedad. Sin embargo, no fue un príncipe nuevo quien terminaría llevando a cabo la empresa, en la cual se incluyeron Cerdeña y Sicilia, sino un rey dinástico de antiguo linaje: Víctor Manuel II de Saboya. Este monarca culminaría la unificación italiana ocupando la Roma papal en 1870.

Para concluir, digamos que si bien el mito de Maquiavelo como patriota italiano aún goza de buena salud, ha sido desmentido por diversos investigadores contemporáneos interesados en interpretarlo como hijo de su tiempo. De hecho, en *El Príncipe* no se lee ninguna propuesta de unificación permanente bajo un solo jefe. Y es que pese a su nostalgia del pasado romano, en sentido estricto, nuestro autor era un patriota florentino consciente de las limitadas miras de los Medici

---

[35] Sobre el mito de la politicidad de *El Príncipe* y la red semántico-conceptual de oposiciones y asociaciones de la política en Maquiavelo, es particularmente esclarecedor el artículo de Ramón MÁIZ, «Nicolás Maquiavelo: La política en las ciudades del silencio», *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, núm. 52, julio-agosto 1986, pp. 47-89, pp. 81-89.

y sólo aspiró a la expulsión de los extranjeros de Italia –vuelta a Lodi–, y a la constitución de una señoría centroitaliana dirigida por Florencia[36].

Si hoy es inexacto hablar de Maquiavelo como profeta de la nación italiana, todavía es menos acertado considerarlo padre de la Teoría del Estado, título otorgado al tratadista florentino desde la época liberal. En efecto, desde mediados del siglo XIX, cuando tras las revoluciones liberales burguesas iniciadas a fines del XVIII apareció el Estado, una forma de organización política que reemplazaba a las viejas monarquías europeas, algunos políticos y académicos del nuevo orden trataron de encubrir o legitimar la ruptura, y para ello nada mejor que probar un origen remoto. Otros liberales no persiguieron ese objetivo, pero siendo individuos influidos por una ideología creyeron que la historia conducía hacia un fin e interpretaron el pasado como una necesaria evolución hacia su mundo estatal. Un último tipo de investigadores es el de aquellos que, aún en nuestros días, explican la historia siguiendo el criterio del sentido común. Esto es, proclaman una ingenua independencia ideológica o de pensamiento ignorando que han sido condicionados por su educación y un marco social concreto. En consecuencia, imponen de forma acrítica al pasado los modelos y las categorías conceptuales del presente sin advertirlo. En definitiva –insistimos en ello–, debemos estar en guardia frente a las deformaciones de la realidad histórica, casi siempre producto de la utilización del ayer al servicio de los intereses del hoy, o bien de la aplicación indiscriminada de conceptos contemporáneos europeos a sociedades y organizaciones políticas de otros tiempos y espacios culturales. Sin duda está justificado averiguar las raíces de nuestras instituciones, usos y modos de vida, pero debemos ser cautos y, según hemos dicho desde un principio, aunque legítimamente guiados por nuestras inquietudes contemporáneas, aproximarnos al pasado tra-

---

[36] Chabod, *op. cit.,* pp. 72-75; y J. Russell MAJOR, «The Renaissance Monarchy as seen by Erasmus, More, Seyssel, and Machiavelli», en *The Monarchy, the Estates and the Aristocracy in Renaissance France,* varias reimpr., Londres, 1988, pp. 17-31, pp. 30-31.

tando de comprender los criterios de cada época y espacio sociocultural. Ésa fue la línea seguida desde el primer tercio del siglo XX por una serie de juristas e historiadores centroeuropeos (Otto Hintze, Carl Schmitt, Otto Brunner, Ernst-Wolfgang Böckenförde) que nos han demostrado la imposibilidad de entender correctamente la Edad Media y la Edad Moderna a través de las categorías político-constitucionales contemporáneas y de nuestro modelo estatal. No obstante, la polémica sobre los orígenes del Estado continúa, ya que aún hay quienes siguen leyendo su existencia en *El Príncipe* o, incluso, lejos de considerar el concepto válido para caracterizar una forma de organización política propia de un espacio y un tiempo histórico concreto, la aplican a cualquier época y cultura (el Estado azteca, el Estado egipcio, el Estado visigodo, el Estado jemer...); de este modo se crea un término tan amplio que no explica nada. Precisemos, entonces, un poco más qué entendemos por Estado para desmentir luego la paternidad de la teoría estatal atribuida a Maquiavelo.

Pues bien, Estado es una palabra de origen latino (*status* del verbo *stare* = permanecer) con una larga trayectoria histórica a lo largo de la cual se ha ido cargando de significados diversos. Así, todavía hoy la empleamos cotidianamente con el mismo sentido original de situación estable o permanencia, pero precedida del artículo determinado o escrita con e mayúscula, la identificamos, según hemos visto, con una clase de asociación política, con un ente impersonal y abstracto que monopoliza el poder político en un territorio determinado[37]. Sin embargo, el Estado se manifiesta y la mayor parte de la ciudadanía lo percibe como un aparato que controla sus vidas, como una máquina poderosa y temible integrada por un con-

---

[37] El significado del término Estado es ciertamente problemático. De ahí su elevado número de definiciones (algún autor ha reunido hasta ciento cuarenta y cinco), pero hay un consenso en considerarlo como una forma de organización política histórica europea, cuyos componentes esenciales son el territorio, la población y el poder supremo o soberanía. Este último es su rasgo más distintivo e implica que está por encima de cualquier otro grupo o asociación y sus leyes exigen obediencia por igual a todos los habitantes de un territorio.

junto de instituciones públicas con funciones distintas: el gobierno, encargado de dirigir la política; la burocracia o administración, encargada de ejecutar las decisiones gubernamentales; el ejército, encargado de prevenir las amenazas exteriores; la policía, encargada de mantener la seguridad interna o la administración de justicia. Ninguna de esas instituciones en particular se identifica o personaliza al Estado ni ostenta o concentra todos sus poderes. La Constitución, la norma suprema que regula el Estado desde su nacimiento lo impide, pero, según veremos, en el pasado los príncipes –los monarcas– intentaron acumular y ejercer todo el poder. «El Estado soy yo», se dice que afirmó Luis XIV, rey de Francia entre 1661 y 1715[38]. Verdadera o falsa, la frase pone de manifiesto la diferencia entre el significado del término antes de la caída de las monarquías denominadas «absolutas» y la época estatal iniciada a partir de 1789.

Por tanto, sin profundizar más en el tema, podemos concluir en que el Estado no existió siempre, se trata de una forma de organización política europea bastante reciente, eso sí, nacida después de un proceso secular y desconocida para Maquiavelo. Ciertamente en *El Príncipe* aparece la palabra estado un buen número de veces, pero un análisis objetivo evidencia que los contenidos del término son distintos, y no sólo del de nuestro Estado, sino entre sí. Esto es, para Maquiavelo, como para nosotros y para sus contemporáneos, el término estado era polisémico. Por ejemplo, entre los siglos XIII y XVI estado se refería a la condición de un territorio, tanto en sus características sociales como políticas y materiales; pero al mismo tiempo, *status* aludía a un sistema de categorías o estados personales con unos derechos y unas obligaciones específicas: en la cúspide, el estado real –al cual se refería fray Antonio de Guevara líneas arriba– integrado por un solo miembro, el monarca; después el estado eclesiástico, el estado nobiliar y en la base el estado llano o tercer estado, compuesto por la

[38] Luis XIV (1638-1715) fue proclamado rey a los cinco años (1643), pero hasta 1661, año de la muerte del cardenal Mazarino, su primer ministro, no comenzó a gobernar personalmente.

masa popular. También hacia 1500, equivalía a forma o régimen de gobierno y, en particular, solía asociarse a la república[39], mientras que en ocasiones estado, siguiendo una tradición medieval, significaba riqueza, potencia, poder político y dominio; esto es, señorío –capacidad de mando– sobre un determinado espacio territorial y sus habitantes. En cualquier caso, no era un término asociado a ningún ente abstracto monopolizador del poder político o, como han señalado otros pensadores, monopolizador de la violencia (Max Weber). La realidad de la época lo impedía y Maquiavelo en *El Príncipe* lo testimonia.

Precisamente, el ex canciller nos da cuenta de un mundo donde existe una pluralidad de centros de poder, no uno solo como sería preceptivo en una realidad estatal. Apreciamos, entonces, que el papa, los príncipes, ya sean nuevos o hereditarios, y las repúblicas comparten su autoridad con nobles, grandes o barones. Además, si no la comparten, al menos deben tener en cuenta a las ciudades –claramente en el caso de Alemania (cap. X)–, a *los gremios* y *barrios* en que se dividen éstas y, cómo no, a los condotieros. Por otro lado, el estado como señorío, dominio, poder político o gobierno –las acepciones más frecuentes en *El Príncipe*– se identifica con la figura de sus dirigentes. De ahí que el pronombre posesivo *su* o la preposición *de* casi siempre acompañen al término. Estamos, pues, ante un estado patrimonial –insistimos–, diferencia clave respecto del Estado despersonalizado y teóricamente neutral surgido con el liberalismo. En otros casos la palabra designa al territorio o dominio en sentido objetivo, y se hace sinónimo de provincia, según la acepción romana («Alejandro conservó el estado de Asia», cap. IV). Por último, junto a los significados habituales en la época ya citados y a los que acabamos de exponer, en el opúsculo se puede encontrar, siguiendo la tradición aristotélica, una equivalencia entre estado y polis o ciu-

---

[39] Esta acepción de estado igual a régimen de gobierno, es muy clara en la obra ya citada de Donato Giannotti, el joven amigo de Maquiavelo que entre 1527-1530 fue secretario de los Diez, *La República de Florencia, passim.*

dad, la comunidad, por naturaleza, anterior a la familia y a cada individuo, pues «el conjunto es necesariamente anterior a la parte»[40].

Concluyendo, en *El Príncipe* no estamos ante la realidad del Estado, sino de los estados de los príncipes laicos o eclesiásticos, de los barones y de las repúblicas. De hecho, existe una amplia bibliografía que da cuenta de la diferencia entre el contenido moderno del término y el empleado por Maquiavelo tanto en *El Príncipe* –primer libro de teoría política donde aparece el vocablo– como en el conjunto de su obra. Con todo, la fuerza del «prejuicio de los orígenes» –decía el teórico de las elites Vilfredo Pareto (1848-1923)– ha llevado a encontrar a algunos de los autores que han desmentido el contenido estatal del opúsculo, si bien con carácter excepcional, la noción contemporánea[41]. Ahora bien, tanto en Italia como en las grandes monarquías europeas renacentistas se estaban desarrollando una serie de prácticas e instituciones –el ejército permanente, la burocracia, la fiscalidad, la diplomacia, el dirigismo de la economía– que serían con el paso del tiempo elementos esenciales del Estado. Por eso, algunos autores, dándose cuenta del fenómeno, pero de su diferencia respecto al Estado propiamente dicho, han hablado de un Estado renacentista o bien para un período más amplio, moderno, término que ha generado rechazo por equívoco y distorsionador de la realidad político-constitucional de la Edad Moderna (1492-1789)[42].

Finalmente, no se puede considerar a Maquiavelo como padre de la Ciencia Política moderna ni de la Teoría del Estado,

---

[40] Aristóteles, *La política,* ed. cit., Lib. I, cap. I, pp. 48-51, p. 50. En el capítulo V, afirma Maquiavelo: «Pero, cuando en las ciudades o los estados la descendencia del señor se extingue, unos habitantes acostumbrados a obedecer, privados ahora de su antiguo príncipe, no son capaces de elevar a esta categoría a uno de ellos y, vivir libres, no saben».

[41] Un claro y exhaustivo estudio sobre el significado del término estado en Maquiavelo, en Ramón Máiz Suárez, «Nicolás Maquiavelo: la política en las ciudades del silencio», *op. cit.,* pp. 47-89.

[42] El historiador del Derecho Bartolomé CLAVERO es uno de los representantes más destacados de la corriente contraria al empleo del término. Una

pues como todos los pensadores hasta Thomas Hobbes, con quien sí surge a mediados del siglo XVII la Teoría del Estado al definirse por primera vez a esa todopoderosa «persona artificial» nacida de un pacto entre los hombres para evitar las guerras civiles (*Leviatán,* 1651), el publicista florentino no se preocupa por el problema del método o técnica que debe utilizar para alcanzar un conocimiento científico de la política. Por otro lado, la experiencia personal y la historia son los fundamentos de las tesis maquiavélicas, corroboradas, a su vez, por una acumulación de ejemplos históricos, frente a la metodología racional hobbesiana, donde además se distingue el método de investigación y el método de enseñanza o demostración[43].

Conclusión: la concentración del poder, el objetivo de los príncipes

Maquiavelo introdujo en la historia del pensamiento una propuesta revolucionaria al presentar la política como una estrategia o técnica del poder desvinculada de la moral. Ahora bien, esa propuesta era la consecuencia del conocimiento histórico y de su experiencia diplomática y de gobierno, del contacto con la realidad. Por tanto, el gran mérito del publicista florentino fue desvelar y justificar la práctica del gobierno principesco; una práctica donde, pese a los límites teóricos impuestos al dirigente por la ética y la religión, primaban los fines sobre los medios. De hecho, ese realismo y el conocimiento de la situación italiana le llevaron a sostener la necesidad

---

síntesis clara y reciente de su opinión en «Debates historiográficos en la Historia de las Instituciones Políticas», en M. Montanari y otros, *Problemas actuales de la Historia,* Salamanca, 1994, pp. 199-209.

[43] Para esta cuestión en la que aquí no podemos extendernos, remitimos a dos obras de Javier PÉREZ ROYO donde se compara a Maquiavelo y a otros teóricos preestatales con Hobbes: *Introducción a la teoría del estado,* Barcelona, 1980, pp. 55-116; y «Aproximación al método de la Teoría del Estado», *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época),* 11, pp. 85-130.

de un príncipe nuevo para agrupar a los habitantes de la península y expulsar a los extranjeros aprovechando una coyuntura favorable. Un príncipe nuevo porque en una situación excepcional, compleja, de dificultad extrema como era la de Italia, muy dividida y ocupada por las grandes monarquías de España y Francia, se necesitaba también un caudillo excepcional dotado de una virtud singular. Es decir, un dirigente de voluntad firme y creativo, capaz de aprovechar la ocasión y alcanzar el objetivo de la liberación. Por otro lado, dadas las circunstancias, Maquiavelo no podía apelar a ningún monarca hereditario italiano, pues el gran Reino de Nápoles acababa de caer en manos de Fernando el Católico y los demás principados dinásticos peninsulares eran débiles. Sin embargo, es evidente, como se puede advertir en *El Príncipe* y los *Discursos* (Lib. I, 2), su preferencia por la figura del príncipe nuevo, conquistador y organizador de un estado propio, frente al gobernante dinástico que no ha justificado ningún merecimiento para subir al trono y gobernar. Pero, claro, la experiencia histórica evidenciaba la precariedad del poder de los príncipes nuevos, como hemos visto, particulares, aventureros audaces que aprovechando la oportunidad, a través de la fuerza y la astucia, se hacían con el poder. Tal fue el caso de César Borgia, el ambicioso hijo del papa Alejandro VI. Por supuesto, hubo ejemplos más afortunados, como el del condotiero Francesco Sforza en Milán, que logró legar el ducado milanés a sus descendientes; no obstante, todos ellos habían alcanzado el poder sin el apoyo unánime de la comunidad y su posición nunca fue segura, pues tanto para republicanos como para monárquicos eran unos tiranos que merecían la muerte. Por eso Maquiavelo trató de instruir al futuro redentor de Italia, para que fuese capaz de consolidar su gobierno *(mantenere lo stato),* empresa en la cual habían fracasado la mayoría de los señores nuevos.

En cuanto a los reyes dinásticos hereditarios, como bien apreció nuestro autor, todavía podían ver cuestionada su autoridad por algún noble. Sin embargo, casi todos los desafíos aristocráticos fracasaron, pues, amén de una notable fortaleza de la cual hablaremos después, el monarca renacentista

estaba sostenido por la lealtad de la inmensa mayoría de los súbditos. Éstos lo consideraban como su gobernante legítimo, mientras que, insistimos, el príncipe nuevo italiano era un advenedizo a quien se podía derribar o asesinar sin el menor cargo de conciencia. En cambio, la sólida posición del rey dinástico quedaba patente a través de la célebre imagen del cuerpo político del reino, donde era identificado con la cabeza, la parte más noble, y como tal representaba al conjunto y dirigía a los miembros: los estamentos o estados. Además de esa imagen antropomórfica que manifestaba la unión indisoluble entre rey y reino y un orden social jerarquizado, otra serie de ideas justificaban el derecho real a mandar y ser obedecido. En primer lugar, el rey era el custodio, el guardián de la comunidad que debía proteger las vidas y haciendas de los súbditos. Por tanto, su principal objetivo era mantener la paz, de la cual provenía la prosperidad del reino. Y para mantener la paz el monarca actuaba como jefe militar contra los enemigos externos, pero sobre todo como juez para prevenir los conflictos internos. Precisamente la función justiciera fue la principal competencia asociada a la soberanía o poder supremo del rey hasta entrada la Edad Moderna. Sólo a partir del último tercio del siglo XVI, tras la publicación de *Los seis libros de la república* de Jean Bodin (1576), la soberanía fue básicamente entendida como capacidad ordenadora o legislativa. En suma, el rey era el garante de la seguridad y el derecho, era el pastor del pueblo dotado de una función arbitral aceptada por todos los súbditos que, a cambio, le rendían fidelidad y obediencia. Fidelidad y obediencia reforzadas por la sacralización de la figura regia apoyada por la Iglesia, de la cual era también protector. De este modo, una serie de rituales (consagración, coronación) y títulos, como el de majestad, inicialmente reservado para Dios, sancionaban el carácter divino del poder real. Finalmente, el principio hereditario y la idea de permanencia de la monarquía se consolidaron a través de rituales funerarios que trataban de hacer ver la inexistencia de interregnos, es decir, la inexistencia de un lapso de tiempo sin soberano. Se sostuvo, así, que el rey nunca moría y los juristas de la Inglaterra Tudor hablaron de «los dos

cuerpos de rey», uno humano, perecedero, y otro inmortal, la *dignitas regia* [44]. No era, pues, como decía Maquiavelo, «la antigüedad de la estirpe lo único» que ligaba al príncipe hereditario a sus vasallos.

Con todo, el monarca renacentista ambicionaba algo que, si bien por poco tiempo y en espacios geográficos más reducidos, logró el príncipe nuevo italiano y proponía Maquiavelo para llevar a cabo la expulsión de los bárbaros: la concentración de poder, la capacidad de actuar sin otro límite que su capacidad y energía. En efecto, el particular que por su propio esfuerzo se hacía con el gobierno disfrutaba de una gran ventaja: no estaba ligado por ningún pacto con sus súbditos como sucedía con los príncipes dinásticos hereditarios; un pacto que, si bien otorgaba al rey fidelidad y obediencia a cambio de protección y justicia, asimismo le obligaba a mantener los derechos y las libertades de los estamentos del reino. En consecuencia, este principio feudal que cimentaba la autoridad monárquica también la limitaba, y, de este modo, el compromiso y la cooperación entre gobernante y gobernados constituyó la clave para la buena marcha de la política real. A la vez, el sistema feudal había situado al rey en la cúspide de una pirámide de poderes: él era el soberano, la potestad suprema sobre la cual sólo estaba Dios, pero no era el único poder del reino. Además de los nobles que disponían de estados y súbditos que les mostraban afecto natural, según nos significa Maquiavelo (*Príncipe,* cap. IV), la Iglesia y las localidades concurrían con la autoridad real. De hecho, el rey no monopolizaba el poder público, pues los señores laicos y eclesiásticos e, incluso, las ciudades impartían justicia en sus dominios, recaudaban tributos para la construcción y mantenimiento de infraestructuras (caminos, puentes, canales), se encargaban de la asistencia sanitaria, de la enseñanza y disponían de defensas propias (fortalezas, tropas, armamento). Tampoco, entonces, monopolizaba el soberano el uso de la fuerza, otra característica propia del Estado. Es más: para cum-

---

[44] Kantorowicz, *op. cit.,* pp. 19 ss. y 297 ss.

plir con su capital función de protector de la comunidad debía apelar a la ayuda del reino en caso de guerra porque sus medios ordinarios eran insuficientes. Y el reino, la comunidad *(res publica),* se manifestaba desde el siglo XIII a través de cortes, dietas o estados, asambleas convocadas y presididas por el rey. Dichos congresos, fundados en los deberes y derechos feudales de dar consejo y auxilio al señor, eran el medio para obtener contribuciones extraordinarias y levas, pues el príncipe –protector de vidas y haciendas– no podía disponer de las personas y bienes de los súbditos sin su consentimiento. No eran, pues, modernos parlamentos que controlaban la acción de gobierno. Sin embargo, aun cuando normalmente accedían al pedido real si estaba justificado, con frecuencia eran una vía demasiado lenta, poco provechosa y hasta conflictiva para obtener recursos en momentos de emergencia. De entrada, apelar al auxilio de las asambleas representativas implicaba una negociación sobre el pedido (cantidad, medios y plazo de recaudación). En segundo término, los estamentos no tardaron en aprovechar estos congresos para obtener contraprestaciones a cambio de su ayuda. Así, formulaban peticiones sobre las supuestas necesidades del reino, presentaban quejas y exigían la reparación de agravios cometidos por el rey o sus ministros en la gobernación. No en balde, cortes, dietas, juntas... se convirtieron en defensoras de los derechos y privilegios del territorio que representaban y los soberanos juraban ante ellas, al subir al trono, respetarlos. Por eso también las leyes que afectaban los aspectos más importantes de la vida del reino debían ser consentidas por las asambleas. Pero volviendo al tema fiscal, causa de la práctica totalidad de las reuniones parlamentarias, la tentativa de los antiguos diputados de ligar la concesión de subsidios a la satisfacción de sus demandas, si bien casi nunca tuvo éxito, generó tensiones con la corona y, sobre todo, dilaciones, muy peligrosas en tiempo de guerra. Por último, con frecuencia la administración de las ayudas quedó en manos de delegados de las asambleas. En suma, el príncipe dinástico hereditario no podía obrar a su antojo y los límites a su acción de gobierno eran importantes.

Naturalmente, esta situación desagradaba a los monarcas, pues, por un lado, la existencia de poderes intermedios entre la autoridad real y la masa de los vasallos, ligados muchas veces en primer término a un señor laico o eclesiástico, no sólo la limitaba, sino que con frecuencia impedía su ejercicio. Por otro lado, además de ser considerado como padre de los súbditos, el rey era un cabeza de familia más que aspiraba al engrandecimiento del propio linaje y, claro, sus intereses particulares podían chocar y chocaron con los generales que debía promover. De este modo, ambos motivos estuvieron detrás de la aspiración de los príncipes dinásticos hereditarios para reforzar su poder y liberarse de la tutela del reino. En principio, los juristas que recuperaron el Derecho Romano durante la Baja Edad Media desempeñaron un papel importante para legitimar esa aspiración, pero lo decisivo para robustecer la capacidad de mando fue el aumento de la fortaleza material, en buena medida cimentada en el incremento del patrimonio familiar de la casa reinante. Así, los enlaces matrimoniales aportaron a los reyes nuevos territorios y vasallos, mientras que como consecuencia de algunas guerras pudieron disponer de ingresos regulares en forma de impuestos permanentes aprobados por las asambleas representativas. Con ellos pagaron tropas profesionales adictas y lograron mantener una burocracia creciente capaz de ejecutar sus órdenes. También la prosperidad económica general, pero en particular la de las ciudades, y el auge del comercio exterior, cuya regulación era competencia de la corona, contribuyeron a la riqueza y, en último término, a la independencia real de los estamentos. No obstante, las monarquías del Renacimiento sólo eclosionaron en el último tercio del siglo XV después de que los reyes venciesen a bandos nobiliarios que desafiaban su autoridad, o bien tras cruentas guerras civiles entre miembros de la misma dinastía con aspiraciones al trono. Por último, el sometimiento de algunos grandes vasallos resistentes a reconocer la supremacía de su señor natural completó el asentamiento de estos nuevos monarcas. En cualquier caso, aun siendo cierto que Luis XII de Francia o Fernando el Católico gobernaron con más libertad que sus antecesores, todavía estaban muy lejos

del ideal de la concentración del poder ambicionado. De hecho, hasta la segunda mitad del siglo XVII los aristócratas siguieron amenazando al soberano, y el ejército, la burocracia, la hacienda o la diplomacia, apoyos esenciales para el despliegue de la autoridad de la corona desde finales del siglo XV, no fueron realidades sólidas hasta el XVIII. Incluso, pese a la sustancial acumulación de poder en manos del rey de Francia –tradicionalmente considerado absoluto por la historiografía desde la segunda mitad del XVII–, denunciada en aquella época por el barón de Montesquieu (*El espíritu de las leyes,* 1748), el respeto a los privilegios de la nobleza, del clero y de los distintos territorios sobre los cuales reinaba siguieron siendo límites efectivos. No en vano, no lo olvidemos, el monarca legítimo basaba su autoridad en mantenerlos. Así, cuando Luis XVI trató de igualar a los nobles y al clero con el estado llano obligándolos a contribuir solidariamente al mantenimiento de la monarquía, vulneró el viejo pacto feudal sobre el que se sostenía la Corona y provocó la revuelta de los privilegiados, el prólogo a la Revolución Francesa de 1789. Paradójicamente, esa revolución y las posteriores revoluciones liberales que sacudieron el continente europeo alcanzaron el viejo ideal monárquico del monopolio del poder político después de igualar ante la ley a todos los habitantes de los viejos reinos. Sólo entonces, como bien apreció el pensador francés Alexis de Tocqueville, apareció el verdadero primer poder absoluto de la historia: el Estado[45]. Sin embargo, para tranquilidad de la ciudadanía, con el «nuevo dios mortal» también surgieron las constituciones para organizar y disciplinar sus

---

[45] «... percibiréis un poder central inmenso, que ha atraído y absorbido en su unidad todas las partículas de autoridad y de influencia que antes se hallaban dispersas en una infinidad de poderes secundarios, de órdenes, clases, profesiones, familias e individuos, y como esparcidas por todo el cuerpo social. Desde la caída del Imperio romano no se había conocido en el mundo un poder semejante. La Revolución creó ese nuevo poder, o mejor dicho, ese poder nació espontáneamente de las ruinas que forjó la Revolución...», A. de TOCQUEVILLE, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Dolores Sánchez Aleu (ed.), Madrid, 1982, t. I, p. 59.

poderes y evitar abusos. De este modo, ninguna institución estatal concentró toda la autoridad y el peligro de un príncipe despótico quedó teóricamente conjurado para siempre[46].

Por último, no podemos concluir estas páginas sin constatar que, a la postre, pese a la condena de Maquiavelo y su obra, los reyes dinásticos hereditarios no sólo persiguieron el mismo fin que el príncipe nuevo, sino que también utilizaron los mismos medios. Esto es, la práctica de la política como una técnica del poder desvinculada de la moral. Los ejemplos posteriores a 1532 son muy numerosos, pero tal vez ninguno mejor que el de Federico II de Prusia (1712-1786), el rey filósofo discípulo de Voltaire, modelo de déspota ilustrado bajo cuyo cetro ese reino alemán se convirtió en una gran potencia europea. Pues bien, antes de subir al trono Federico escribió una refutación de los postulados del pensador florentino titulada *Antimaquiavelo* (1739)[47]. Sin embargo, ya como soberano y después de haber iniciado la expansión prusiana a costa de los dominios de la emperatriz María Teresa de Austria en 1740, declaró:

> Espero que la posteridad, para la que yo escribo, distinguirá en mí entre el filósofo y el príncipe, entre el hombre honesto y el político. Tengo que confesar que es muy difícil mantener honestidad y limpieza cuando uno se halla dentro del gran torbellino político de Europa. Uno se ve constantemente en el riesgo de ser traicionado por sus aliados, abandonado por sus amigos, en peligro de ser sacrificado por los celos y la envidia, y uno está forzado, al fin, a escoger entre dos terribles decisiones: o bien sacrificar sus pueblos, o bien su palabra. En todos los Estados, desde el más pequeño hasta el más grande, hay que calcular que la máxima fundamental de su gobierno es el principio del engrandecimiento. Esta pasión está tan pro-

---

[46] Sobre la relación entre el Estado y la Constitución, remitimos al lector al reciente y clarificador estudio de Roberto BLANCO VALDÉS, *El valor de la Constitución,* Madrid, 1994.

[47] FEDERICO II DE PRUSIA, *Antimaquiavelo o refutación del Príncipe de Maquiavelo,* editado por Voltaire en 1740 (edición de Roberto R. Aramayo, Madrid, 1995).

> fundamente arraigada en todo gabinete, como el despotismo universal en el Vaticano. Las pasiones de los príncipes no tienen otro freno que los límites de su poder [...] Si un príncipe velara por sus intereses menos cuidadosamente que sus vecinos, lo único que lograría sería que éstos se robustecieran y que él mismo sobreviviera más virtuoso, sin duda, pero también más débil que los demás [...] Los tratados sólo son, para decir la verdad, juramentos del engaño y de la deslealtad[48].

[48] Citado por Friedrich MEINECKE del prólogo de Federico a su *Histoire de mon temps* (1743), en *La idea de la razón de estado en la Edad Moderna,* Madrid, 1983, p. 309.

Nota a la Traducción

El texto que hemos seguido es la edición que preparó Giorgio Inglese para Einaudi en 1995. En él se recoge la edición crítica que el propio autor había publicado el año anterior bajo el patrocinio del Istituto storico italiano per il Medioevo. Para ello utilizó incluso nuevas fuentes manuscritas, lo que le permitió aportar nuevas e interesantes variantes respecto a la vulgata bladiana. Su aparato de notas es riquísimo a todos los niveles y hereda toda una larga e ilustre tradición de comentaristas; su apoyo nos ha sido indispensable para la realización de la presente traducción; todas las citas de Inglese se refieren a dicho comentario. También nos hemos servido de la edición de Corrado Vivanti, que reproduce el texto de Inglese y aporta sugerentes anotaciones. En cuanto a las traducciones al español, existen bastantes de este clásico. Hemos tenido presentes las que aparecen citadas en la bibliografía, especialmente las de Helena Puigdomènech, Miguel Ángel Granada y Francisco Javier Alcántara.

Esta edición se centra sobre todo en el estudio histórico-político de la obra. A continuación aludiré a aspectos lingüísticos y estilísticos que conciernen a la traducción. Quien se interese por estas cuestiones podrá encontrar en el estudio preliminar de la edición de Inglese un valioso acercamiento al problema, así como una rica bibliografía.

Toda traducción supone una solución de compromiso que permita la mayor aproximación posible al espíritu del texto, habida cuenta de que la traducción ideal no puede existir. En nuestro caso, hemos querido reflejar para el lector medio de hoy el estilo de una obra que el propio autor nos dice que «no la he adornado y recargado de extensos períodos, de palabras ampulosas y grandilocuentes, o de cualquier otro artificio u ornato superfluo con los que muchos suelen escribir y embellecer sus obras; pues mi deseo ha sido que nada en concreto la distinga o que la hagan grata la variedad de la materia y la importancia del asunto» (Dedicatoria). No obstante, decir esto en el siglo XVI no es lo mismo que decirlo en la actualidad, sobre todo si quien lo afirma es alguien que ha pasado buena parte de sus días escribiendo informes de cancillería, de estilo tan árido y monótono para el lector contemporáneo. Parece, pues, irrenunciable apartarnos en su justa medida de la traducción *ad litteram* si queremos que el texto respire la frescura y la confidencialidad que posee el original italiano, y que, sin duda, desea encontrar un público convencido de la modernidad de Maquiavelo. Y con ese fin hemos procedido a aligerar la complejidad de algunas oraciones suavizando el hipérbaton y algún anacoluto demasiado intrépido, o aminorando la frecuencia de las subordinadas de relativo, de las construcciones gerundiales, de las secas dicotomías regidas por las conjunciones «o... o», pero procurando no perder por ello la enorme concentración del discurso, uno de los rasgos más característicos del estilo del autor. Asimismo hemos aportado un poco de variedad en pasajes que pudiesen resultar un tanto repetitivos. Sin embargo, se ha perseguido la mayor pulcritud en la transcripción de rasgos muy típicos del hacer de Maquiavelo que reflejan maravillosamente el apasionamiento y la implicación del autor en los asuntos que está tratando: la brusca contraposición de conceptos, de ideas, de párrafos (favorecida por la frecuente presencia del asíndeton), o los abruptos cambios de sujeto dentro de una misma oración; y, en contraposición, las armoniosas construcciones paralelísticas o las enumeraciones en *gradatio.*

En lo referente al léxico, no podemos olvidar que nosotros poseemos una lengua con un vocabulario mucho más extenso

que el que podía emplear nuestro autor, y nos ha parecido oportuno acudir a él para evitar algunos términos reiterativos. En cambio, hemos transcrito fielmente, aunque puedan sonar un poco extrañas al lector moderno, una serie de imágenes y expresiones que reflejan bien la mentalidad del autor y su tiempo, como las comparaciones de la sucesión de cambios con los dientes que permiten continuar un muro (cap. II), de los estados con plantas que tienen raíces y barbas (VII), de las clases sociales con los humores de la teoría hipocrática (IX); conceptos como el del gobernante simulador y disimulador, el afeminamiento de algunos príncipes, sus pecados, la fortuna como una mujer que hay que forzar para obtener sus favores, que pueden chocarnos, pero que son fundamentales para interpretar el texto en su contexto histórico y poner en su justo sitio la modernidad de *El Príncipe.* No se asombre el lector de encontrar alguna expresión que juzgue excesivamente coloquial: el autor ha usado este tipo de lenguaje, que es uno de los elementos que contribuyen al indudable tono de familiaridad de la obra. Y, justamente, para Maquiavelo, un signo de confidencialidad y familiaridad (como ya hizo notar Chabod en su momento)[1] era la frecuente inclusión de expresiones en latín del tipo *in universali, tandem, non solum,* puesto que reflejaban la vivacidad del diálogo cotidiano en el despacho, donde el latín, muy presente en la prosa cancilleresca, se alternaba con el italiano. Reflejo de esta práctica diaria es asimismo el hecho de que los títulos de los capítulos aparezcan en latín en el original de *El Príncipe*. Las citas de autores romanos también se encuentran en su lengua original, muchas veces escritas de memoria, lo que redunda en su uso absolutamente familiar y totalmente alejado de toda pedantería o pretenciosidad. Parece, pues, que la presencia de la lengua latina no debe pasar inadvertida para el lector. Por ello hemos querido mantener los títulos de los capítulos y las citas de autores en latín y, para reflejar su uso familiar, incluir a lo largo de la obra giros latinos de uso común, como *grosso modo, a posteriori, ad hoc,* etcétera.

---

[1] Federico CHABOD, *Escritos sobre Maquiavelo,* México, 1984, p. 268.

Finalmente, hemos seguido la división en párrafos que ofrece la edición de Inglese, si bien la puntuación se ha ajustado más a las indicaciones de la Real Academia Española. Los nombres geográficos y de personas permanecen en su lengua original, salvo aquellos cuya forma española se ha visto consolidada por el uso, como César Borgia o la ciudad de Bolonia. También aparecen en español los nombres de reyes y papas.

Nuestra labor se ha completado con la traducción en nota a pie de página de los títulos de los capítulos y de las citas de autores clásicos en latín, y la inclusión de una serie de notas de traductor.

EL PRÍNCIPE

Nicolaus Maclavellus Magnifico Laurentio Medici iuniori salutem[1]

Suelen, las más de las veces, quienes desean conseguir el favor de un príncipe, presentársele con lo que tienen de más querido o lo que ven que le agrada más. Por eso vemos que frecuentemente les ofrecen caballos, armas, paños bordados en oro, piedras preciosas y similares adornos dignos de su grandeza. Así pues, deseando yo ofrecerme a Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi devoción, no he encontrado entre mis pertenencias nada más querido o que estime tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido por mí gracias a una larga experiencia de los sucesos modernos y una continua lectura de los antiguos. Y tras haberlos examinado y considerado con atención, los envío a Vuestra Magnificencia compendiados ahora en un pequeño volumen.

Y aunque juzgo esta obra indigna de serle presentada, tengo la esperanza de que su magnanimidad le lleve a aceptarla, habida cuenta de que, por mi parte, no puedo hacer mayor ofrecimiento que darle la facultad de comprender en muy breve tiempo todo lo que en tantos años, sinsabores y peligros he ido conociendo y aprendiendo. Esta obra no la he adornado y recargado de extensos períodos, de palabras ampulosas y grandilocuentes, o de cualquier otro artificio u ornato superfluo con los que muchos suelen escribir y embellecer sus obras, pues

[1] Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo de Medici, el Joven, salud.

mi deseo ha sido que nada en concreto la distinga o que la hagan grata la variedad de la materia y la importancia del asunto. Y no quiero que se tome como presunción que un hombre de baja e ínfima condición se atreva a estudiar el gobierno de los príncipes y ponerle reglas; pues, así como los cartógrafos se sitúan en la llanura para estudiar la naturaleza de los montes y de los lugares altos y, para hacer lo propio con los lugares más bajos, se sitúan en lo alto de los montes, de manera similar, para conocer bien la naturaleza de los pueblos, hay que ser príncipe, y, para conocer bien la de los príncipes, hay que pertenecer al pueblo.

Acepte, pues, Vuestra Magnificencia este pequeño presente con el mismo espíritu que yo se lo hago llegar y, si lo lee y medita con atención, reconocerá en él mi más deseado anhelo: que alcance la grandeza que la fortuna y sus restantes cualidades le reservan. Y si Vuestra Magnificencia, alguna vez, desde su atalaya, dirige la mirada hacia estos bajos lugares, conocerá cuán inmerecidamente soporto un largo y continuo infortunio.

Nicolai Maclavelli de principatibus ad magnificum Laurentium Medicem[2]

I. *Quot sint genera principatuum et quibus modis acquirantur* [3]

Todos los estados, todos los dominios que han tenido y tienen poder sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados o son hereditarios, en cuyo caso ha imperado durante largo tiempo el linaje de su señor, o son nuevos. Éstos son o completamente nuevos, como fue Milán con Francesco Sforza[4], o miembros añadidos al estado here-

---

[2] *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo para el Magnífico Lorenzo de Medici.

[3] De cuántas clases son los principados y de qué forma se adquieren.

[4] Francesco Sforza (1401-1466), era hijo del célebre condotiero Muzio Attendolo Sforza, de quien heredó su compañía. Con ella se puso al servi-

ditario del príncipe que los conquista, como es el Reino de Nápoles al rey de España[5]. Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo el poder de un príncipe o a ser libres, y se conquistan con ejércitos ajenos o con tus propias armas, por fortuna o por virtud.

II. *De principatibus hereditariis* [6]

Dejaré de lado la cuestión de las repúblicas porque ya la he tratado por extenso en otra ocasión. Me centraré únicamente en los principados, e iré tejiendo la urdimbre que acabo de exponer y analizando cómo se pueden gobernar y mantener.

Digo, pues, que los estados hereditarios y familiarizados con el linaje de su príncipe se conservan con menos dificultad que los nuevos, porque basta con respetar las disposiciones de sus antepasados y amoldarse a las circunstancias; de modo que, si el príncipe en cuestión tiene un talento normal, siempre conservará su estado a no ser que una fuerza extraordinaria y desmedida lo prive de él; y aun privado, podrá recuperarlo con el primer revés que sufra el usurpador.

---

cio de Milán y logró la mano de la única hija del duque Filippo Maria Visconti. De todos modos, Francesco no se hizo con el título ducal a través de la herencia, sino gracias a la astucia y la fuerza, pues a la muerte de Visconti Milán se convirtió en una república (república Ambrosiana). Sforza pasó entonces a conducir la guerra contra los enemigos venecianos, pero, finalmente, dirigió sus armas contra el gobierno republicano y en 1450 fue nombrado duque. Francesco Sforza fue uno de los artífices de la Paz de Lodi (1454), que garantizó el equilibrio entre las potencias italianas durante los siguientes veinticinco años. Véase estudio preliminar.

[5] En la primavera de 1495, los Reyes Católicos entraron a formar parte de la Liga Santa, constituida para expulsar a Carlos VIII de Italia. Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, desembarcó en territorio napolitano y se enfrentó con éxito a los franceses, ayudando a la restitución de Ferrante II. Sin embargo, en 1500, Fernando el Católico y Luis XII de Francia acordaron desposeer a su sucesor, Federico I, y repartirse Nápoles. Con todo, los conquistadores no tardaron en enfrentarse. El Gran Capitán venció a los ejércitos del rey Luis en Ceriñola y Garellano (1503), y en 1504 los franceses abandonaban el sur de Italia para siempre. Desde entonces Nápoles pasó a ser un dominio más de la corona de Aragón gobernado por un virrey.

[6] De los principados hereditarios.

Nosotros tenemos en Italia como ejemplo a los duques de Ferrara[7], que resistieron finalmente a los ataques de los venecianos en 1484 y los del papa Julio en 1510 sólo por la antigüedad en el gobierno de su linaje. Y es que quien ha nacido príncipe tiene menos motivos y necesidad de causar agravios, por lo que necesariamente resulta más amado; y a menos que algún vicio particular haga que lo odien, lo normal es que los suyos sientan un afecto espontáneo por él. Y la antigüedad y perseverancia en el gobierno anulan tanto el recuerdo como la causa de continuos cambios; pues ya se sabe que toda transformación deja siempre los dientes[8] que permiten la construcción de una nueva.

III. *De principatibus mixtis* [9]

Pero es en el principado nuevo donde residen las dificultades. Sobre todo si no es totalmente nuevo, sino un miembro de otro (principado que podemos llamar cuasi mixto). Su inestabilidad nace en primer lugar de una dificultad natural que se da en todos los principados nuevos: que los hombres cambian de buen grado de señor creyendo mejorar con ello, convicción que los lleva a tomar las armas contra él. Se engañan, dado que la experiencia les hace comprobar *a posteriori* que han salido perdiendo. En segundo lugar, proviene de otra necesidad normal y natural, que obliga a un nuevo príncipe a agraviar a quienes pasan a ser sus súbditos, bien con sus tropas, bien

---

[7] La familia Este se adueñó de Ferrara a mediados del siglo XIII, y a fines de la misma centuria de Módena y de Reggio. En 1452 el emperador Federico III otorgó a Borso I (1450-1471) el título ducal. Ercole o Hércules I (1471-1505) fue derrotado por los venecianos en 1484, mientras que Alfonso I (1505-1534) fue vencido por el papa Julio en 1510. Con todo, el esplendor de la corte de los duques de Ferrara se extendió hasta finales del siglo XVI.

[8] En el original *addentellato*. Son las partes salientes que se dejan en una pared para enlazarla con otra. Maquiavelo expresa con esta imagen de la construcción que toda transformación sienta las bases de la transformación sucesiva. (N. del T.)

[9] De los principados mixtos.

con infinidad de vejaciones que trae consigo la reciente conquista. Así que tienes como enemigos a todos los que has agraviado en la ocupación del principado y no puedes mantener como amigos a los que te han introducido en él, porque no tienes modo de satisfacerlos como habían presupuesto y las obligaciones que has contraído con ellos te impiden el empleo de «medicinas fuertes»[10] en su contra; que, aunque uno cuente con un ejército fortísimo, es necesaria la colaboración de sus habitantes a la hora de conquistar un territorio. Por estas razones, Luis XII de Francia perdió Milán tan rápido como lo conquistó, y bastó para expulsarlo, en la primera ocasión, el propio ejército de Ludovico, porque el pueblo que le había abierto las puertas, encontrándose errado en sus cálculos y en los bienes futuros que se había imaginado, no podía soportar los inconvenientes de un nuevo príncipe[11].

Es cierto, sin duda, que se pierden con más dificultad los dominios que se conquistan por segunda vez tras una rebelión, pues el señor, aprovechándose de ésta, tiene menos miramientos

---

[10] *Medicine forti* es una expresión típica de la prosa política de la época y que significa «remedios enérgicos, violentos». (N. del T.)

[11] Ludovico Sforza (1452-1508), apodado el Moro, hijo de Francesco I Sforza, se aprovechó de la minoridad y del carácter disipado del nuevo duque Gian Galeazzo, su sobrino, para gobernar Milán. Pero Gian Galeazzo, una vez casado con Isabel de Aragón, hija del rey de Nápoles, reclamó el poder efectivo apoyado por su suegro. Ludovico respondió a la amenaza desterrando al sobrino y aliándose con el rey de Francia. De este modo, Carlos VIII, que aspiraba al trono de Nápoles como heredero de los Anjou, pudo penetrar en Italia sin problemas en 1494. Tras la muerte de Gian Galeazzo ese mismo año 1494, Ludovico fue coronado duque de Milán, pero después de haber facilitado la entrada a Carlos VIII advirtió el peligro potencial del invasor y se unió a la liga constituida en 1495 para expulsarlo de la península. En septiembre de 1499 el sucesor de Carlos, Luis XII, alegando derechos sucesorios al ducado, se alió con los venecianos e invadió el territorio milanés. El pueblo, que al principio se levantó en favor del monarca francés, fue decepcionado por los nuevos dominadores y Ludovico no tardó en ser recibido con entusiasmo cuando regresó al frente de un ejército en febrero de 1500. Sin embargo, en abril los mercenarios suizos que había contratado le traicionaron y fue hecho prisionero por los franceses. Trasladado a Francia, Ludovico murió después de varios años de reclusión en el castillo de Loches, Turena.

para afirmarse castigando a los culpables, destapando a los sospechosos y reforzándose en sus puntos más débiles. De tal forma que, si para lograr que Francia perdiera Milán bastó en la primera ocasión un duque Ludovico que alborotase en las fronteras, para hacérselo perder por segunda vez, hubo que tener en contra a todo el mundo y que sus ejércitos fuesen destruidos o puestos en fuga de Italia, por las razones mencionadas. En todo caso, en ambas ocasiones le fue arrebatado Milán.

Hemos tratado ya las causas generales de la primera pérdida del ducado. Nos queda ahora ocuparnos de la segunda y ver de qué remedios disponía el rey Luis y cuáles puede tener quien se encuentre en sus circunstancias a fin de conservar lo conquistado mejor que lo hizo Francia.

Digo, por tanto, que los estados que se unen mediante conquista al antiguo estado del conquistador pertenecen o a la misma zona geográfica y lingüística o no. En el primer caso, es muy fácil conservarlos, máxime cuando no están habituados a vivir libres. Para poseerlos con seguridad, basta con que se extinga la línea sucesoria del príncipe que los dominaba; en lo demás, no habiendo disparidad de costumbres, las gentes viven en paz si se les mantienen sus antiguas condiciones de vida. Así ha ocurrido en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, tanto tiempo unidas a Francia[12]; y aunque haya algunas diferencias en la lengua, son pueblos de costumbres semejantes que pueden convivir con facilidad. Por tanto, el conquistador

---

[12] Interesante apreciación de Maquiavelo, que denota su familiaridad con el caso francés. Tras la victoria de Carlos VII sobre los ingleses en la Guerra de los Cien Años (1337-1453) –un conflicto dinástico, no nacional, por el trono francés– los monarcas galos se anexionaron Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía. Los duques de Borgoña y Bretaña eran vasallos del rey de Francia, pero durante el siglo XV cuestionaron su autoridad. De hecho, Luis XI tuvo que impedir la unión de los dos bloques territoriales borgoñones que pretendía Carlos el Temerario –al norte, Flandes, Hainault, Brabante, y al sur, las Dos Borgoñas: el ducado y el condado–, separados por más de 100 kilómetros. En 1477 los aliados suizos y loreneses de Luis XI derrotaron y dieron muerte a Carlos en Nancy. Entonces el rey francés se anexionó el ducado, quedando en manos del emperador Maximiliano, marido de la hija del duque, el resto de los estados borgoñones. En el caso de Bretaña, Carlos VIII puso fin al sueño independentista obligando a la hija del duque Francisco II,

de este tipo de estados debe respetar dos cosas para mantenerlos: la primera, que se extinga el linaje del anterior príncipe; la segunda, no alterar ni sus leyes ni sus tributos. Así, en muy poco tiempo, la reciente conquista se integra en el antiguo principado formando un solo cuerpo.

Pero, cuando se conquistan estados en un territorio de lengua, costumbres e instituciones distintas, ahí están las dificultades y ahí sí que son necesarios una gran fortuna y un gran ingenio para conservarlos. Uno de los mejores y más eficaces medios consistiría en que el conquistador se estableciese en el lugar conquistado; esto haría más segura y duradera su ocupación. Así ha obrado en Grecia el Turco, quien, por mucho que hubiese aplicado las reglas para conservar un estado, no podría haberlo logrado si no hubiese ido a vivir allí. Y es que *in situ* se ven nacer todos los desórdenes y al punto los puedes remediar; de otro modo, sólo se tiene conciencia de ellos cuando ya son demasiado grandes y no tienen remedio. Además, el estado no sufrirá el pillaje de tus funcionarios y los súbditos se beneficiarán del fácil acceso al príncipe. Ello les dará más razones para amarlo, si quieren ser buenos, y para temerlo, si actúan de otro modo, y quien desde fuera quiera atacar dicho estado sentirá un mayor respeto. En consecuencia, si el príncipe reside en su nueva posesión, difícilmente la podrá perder.

Otro medio óptimo es el establecimiento, en uno o dos lugares, de colonias que sean como unos «grilletes»[13] para el estado sometido; si no, habría que ocuparlo con una nutrida infantería y caballería. Con las colonias no se gasta mucho, se fundan y mantienen sin apenas gastos. Se perjudica solamente al pequeño grupo de personas que se ven privadas de sus campos y casas para dárselas a los nuevos ocupantes; los agra-

---

Ana, a casarse con él (1491). A la muerte de Carlos, Luis XII obtuvo del papa la anulación de su primer matrimonio para desposar a Ana y garantizar la anexión del ducado. De todas formas, una vez extinguidos los anteriores linajes principescos, como apunta Maquiavelo, los reyes franceses respetaron las tradiciones jurídicas y el sistema tributario de ambos territorios.

[13] *Compedes,* en latín en el original. Aquí usado en el sentido de «atadura», «vínculo» que establece el estado conquistador. (N. del T.)

viados por el príncipe no pueden llegar jamás a perjudicarle por permanecer pobres y dispersos; todos los demás deberían permanecer tranquilos y atentos a no equivocarse por temor de que les suceda lo mismo que a los expoliados. Concluyo que estas colonias no son costosas, ofrecen mayor fidelidad, causan menos agravios y los perjudicados no te pueden dañar por hallarse pobres y dispersos, como se ha dicho. Por eso conviene señalar que a los hombres hay que ganarlos o aniquilarlos, pues se vengan de las ofensas sin importancia; de las graves, no son capaces. De ahí que toda ofensa que se inflija a un hombre ha de ser tan grande que no se tema su venganza.

Si en lugar de colonias se mantienen soldados, se gasta mucho más y se han de consumir todos los ingresos del nuevo territorio en su custodia. Así la ganancia se torna en pérdida y agravio aún mayor, ya que todo el territorio sufre los continuos cambios de acuartelamiento[14] que realiza el ejército. Todo el mundo se siente perjudicado por ello y se convierte en enemigo del ocupante, y son enemigos que pueden hacer daño por permanecer derrotados en su propia casa. Así que, desde cualquier punto de vista, un ejército de ocupación es tan inútil como útiles son las colonias.

Asimismo, quien se encuentre en un territorio de lengua y costumbres diferentes debe –dicho está– acaudillar y defender a los menos fuertes, ingeniárselas para debilitar a los poderosos y guardarse de que, por circunstancia alguna, entre allí un señor de poderío similar. Y es que siempre puede ocurrir que le llamen en su ayuda quienes por exceso de ambición o por miedo se sientan descontentos, como los etolios, que hicieron venir a los romanos a Grecia, y las restantes provincias, en las que entraron llamados por sus propios habitantes. El orden de las cosas es que, cuando un señor poderoso invade un territorio, de inmediato los menos pujantes del lugar le muestren su adhesión por envidia de quien ha tenido más poder que ellos. Tan es así que no ha de hacer esfuerzo alguno para ganárse-

---

[14] Téngase en cuenta que, hasta el siglo XIX, el alojamiento forzoso de las tropas fue una de las cargas más duras que recayeron sobre las poblaciones situadas en las principales vías de comunicación.

los, porque *motu proprio* forman todos una piña con el estado conquistador. Solamente debe procurar que no lleguen a tener demasiada fuerza o autoridad; así podrá con sus tropas y con el favor de éstos empequeñecer a los poderosos, y se convertirá en árbitro absoluto de su nuevo dominio. Quien no resuelva adecuadamente este particular perderá rápidamente lo conquistado y, mientras lo mantenga, soportará infinitas dificultades e incordios.

Los romanos observaron correctamente estos principios en las provincias que conquistaron: establecieron colonias, se ganaron a los menos fuertes sin aumentar su poder, empequeñecieron a los poderosos y no consintieron que en dichos territorios adquiriese reputación ningún señor extranjero. Baste el solo ejemplo de la provincia de Grecia: apoyaron a aqueos y etolios, sometieron el reino de los macedonios, expulsaron de allí[15] a Antíoco; pero jamás los méritos de los aqueos y etolios llevaron a los romanos a consentirles que acrecentaran su poder, ni la persuasión de Filipo les indujo nunca a mostrarle amistad sin desautorizarlo previamente, ni la potencia de Antíoco logró que le permitieran conservar poder alguno en aquella provincia. Los romanos hicieron en estos casos lo que todo príncipe prudente debe hacer: preocuparse no sólo de los desórdenes presentes, sino de los futuros, y salirles al paso con todos los medios. Y es que su previsión permite remediarlos con facilidad; si esperas a que se avecinen, la medicina no llega a tiempo, pues la enfermedad se ha hecho ya incurable. Sucede aquí lo que los médicos dicen de la tisis: al principio es fácil de curar y difícil de reconocer; con el paso del tiempo –no diagnosticada y medicada a tiempo–, se hace fácil de reconocer y difícil de curar.

Así son los asuntos de estado, cuyos males se curan pronto si se detectan a tiempo –lo que es dado sólo a los sabios–; cuando, por no haberlos diagnosticado, se les permite desarrollarse hasta que todo el mundo los pueda reconocer, ya no tienen solución. Los romanos, distinguiendo con antelación las dificultades, siempre les pusieron remedio y jamás las deja-

---

[15] De Grecia. (N. del T.)

ron pasar por evitar una guerra, sabedores de que la guerra no se evita, sino que se difiere para ventaja del adversario. Por eso quisieron hacer la guerra con Filipo y Antíoco en Grecia, para no tener que hacerla con ellos en Italia; pues, pudiendo evitarla momentáneamente, en uno y otro caso se negaron. Tampoco les convenció eso de que dejar pasar el tiempo siempre trae ventajas, tan en boca de los sabios de nuestra época, y prefirieron, en cambio, fiarse de su valor y prudencia; que el tiempo todo lo devora y puede dejar a su paso bien por mal y mal por bien.

Pero regresemos a Francia y examinemos si ha cumplido alguno de los principios expuestos. Hablaré de Luis, y no de Carlos, porque tras su larga dominación de Italia se puede analizar mejor la evolución de la misma. Veréis que ha hecho lo contrario de lo debido para mantener el dominio sobre un estado muy diferente al suyo.

Al rey Luis lo trajo a Italia la ambición de los venecianos, que, con su llegada, pretendieron apropiarse de media Lombardía. Por mi parte, no voy a censurar la decisión del rey; pues, si pretendía poner un primer pie en Italia, no teniendo allí amigos e incluso encontrando cerradas todas las puertas por el comportamiento anterior del rey Carlos, se veía forzado a aceptar las únicas alianzas que podía. Lo cierto es que habría acertado si en sus restantes actuaciones no hubiese cometido error alguno. Tras la conquista de la Lombardía, el rey recuperó *ipso facto* el prestigio que le había arrebatado Carlos: Génova se rindió; los florentinos firmaron una nueva alianza con él. El marqués de Mantua; el duque de Ferrara; los Bentivoglio; la señora de Forlí; los señores de Faenza, de Pésaro, de Rímini, de Camerino, de Piombino; los luqueses; los pisanos; los sieneses: todos le salieron al paso para hacerse sus amigos. Y entonces repararon los venecianos en la temeridad de su elección, pues, por conquistar dos terruños en Lombardía, hicieron al rey señor de dos tercios de Italia.

Considérese ahora con qué poca dificultad podía el rey haber mantenido su reputación en Italia si hubiese aplicado las susodichas reglas, y hubiese ofrecido seguridad y defensa a todos sus amigos, que –por ser numerosos y débiles y temer unos

a la Iglesia y otros a los venecianos– se veían forzados a estar siempre de su parte. Además, gracias a ellos podía sentirse seguro de quienes conservaban su poder en Italia. Pero él, apenas llegó a Milán, hizo exactamente lo contrario ofreciendo su apoyo al papa Alejandro para que ocupase la Romaña. No reparó en que esta decisión lo debilitaba, pues lo apartaba de sus aliados y de quienes se le habían entregado en brazos, y engrandecía a la Iglesia, pues añadía al espiritual, que tanta autoridad le confiere, tanto poder temporal. Y, cometido el primer error, se vio obligado a perseverar; ya que, para poner fin a la ambición de Alejandro y evitar que llegase a ser señor de la Toscana, hubo de bajar por fuerza a Italia[16].

No le bastó engrandecer a la Iglesia y perder a los amigos, sino que, por ansiar el Reino de Nápoles, lo compartió con el rey de España; y siendo antes el árbitro de Italia, fue a buscarse un aliado para que los ambiciosos de aquel reino y los descontentos con su persona tuviesen a quien recurrir; y pudiendo dejar allí un rey tributario suyo, lo sacó para introducir a quien lo pudiese expulsar a él.

En verdad, son cosa muy natural y normal las ansias de conquista, y siempre que los hombres la hagan en el momento oportuno, serán alabados y no criticados; cuando no es así y quieren conquistar a toda costa, aquí reside el error y la consiguiente crítica: si Francia podía asaltar Nápoles con sus propias fuerzas, debió hacerlo; si no podía, no debió dividir el reino; y si bien la división que hizo con los venecianos de Lombardía es disculpable porque le sirvió para poner un pie en Italia, en el caso de Nápoles sólo merece reproches por no haber excusa alguna que la justifique.

Por tanto, Luis había cometido ya estos cinco errores: anular a los más débiles, acrecentar en Italia el poder de un poderoso, hacer venir a un extranjero poderosísimo, no residir en Italia y no establecer colonias en ella. Con todo, tales errores podrían no haberlo perjudicado en vida si no hubiese cometido

---

[16] Maquiavelo exagera. En realidad, lo decisivo para explicar la bajada de las tropas francesas fue el enfrentamiento con Fernando el Católico por el dominio del Reino de Nápoles.

el sexto: arrebatarles tierras a los venecianos. Si no hubiese acrecentado el poder de la Iglesia ni introducido al rey de España en Italia, parecería razonable y aun necesario humillarlos. Pero, tomadas aquellas decisiones, no debió consentir jamás su ruina; pues, por ser poderosos, habrían mantenido alejados a los otros de la empresa de Lombardía, bien porque los venecianos no lo habrían consentido sin convertirse en sus señores, bien porque los demás no habrían querido quitársela a Francia para dársela a Venecia, y no habrían tenido fuerzas para arrebatársela a ambas.

A la justificación de que el rey Luis cedió a Alejandro la Romaña y a España el Reino[17] para eludir una guerra, contesto con las razones arriba expuestas: no se debe permitir que prosiga un conflicto para evitar una guerra, porque no se evita, sino que se difiere en tu perjuicio. A otros que alegan que el rey había dado su palabra al papa de llevar a cabo aquella empresa a cambio de la disolución de su matrimonio y del capelo cardenalicio para el arzobispo de Ruán, respondo con lo que diré más adelante sobre la palabra de los príncipes y cómo deben mantenerla.

Ha perdido, pues, el rey Luis la Lombardía por no cumplir ciertas reglas respetadas por otros que han hecho una conquista y han querido conservarla; y esto no supone milagro alguno, sino algo muy lógico y normal. Sobre este asunto tuve ocasión de hablar en Nantes con el cardenal de Ruán cuando el Valentino (que así se llamaba popularmente a César Borgia, el hijo del papa Alejandro) estaba ocupando la Romaña. Me decía Ruán que los italianos no entendían de la guerra y yo le respondí que los franceses no entendían de asuntos de estado, porque, si entendiesen, no habrían permitido a la Iglesia alcanzar tanto poder. La experiencia ha demostrado que, en Italia, Francia ha sido la causante de la grandeza de la Iglesia y de España, que han sido a su vez determinantes de la ruina del francés. De lo que se extrae una regla general que nunca o rara vez falla: labra su propia ruina quien es causa del poderío de

---

[17] Por antonomasia, el Reino de Nápoles. (N. del T.)

otro, ya que dicho poderío lo ha motivado o con el ingenio o con la fuerza, y ambos resultan sospechosos al que se acaba de hacer poderoso.

IV. *Cur Darii regnum, quod Alexander occupaverat, a sucessoribus suis post Alexandri mortem non defecit* [18]

Vistas las dificultades inherentes a mantener un estado recién conquistado, podría a alguien sorprender por qué, tras convertirse Alejandro Magno[19] en señor de toda Asia y tras su muerte sin haber ejercido apenas su autoridad, todos aquellos pueblos no se rebelaron contra él, cuando habría sido lo normal; sin embargo, los sucesores de Alejandro conservaron el poder, y para ello no tuvieron otras dificultades que las que surgieron entre ellos mismos por su propia ambición. Respondo que los principados de los que se tiene memoria se encuentran gobernados de dos formas distintas: o por un príncipe que escoge graciosamente de entre sus siervos ministros que le ayuden en las tareas de gobierno, o por un príncipe y por nobles que tienen este rango no por gracia del soberano, sino por derecho hereditario. Dichos nobles tienen estados y súbditos propios que los reconocen como sus señores y hacia ellos muestran un afecto natural. En los estados gobernados por un príncipe y sus siervos, aquél está dotado del máximo poder, pues nadie reconoce una autoridad superior a la suya; y si obedecen a otro, lo hacen como a un ministro y funcionario, y muestran exclusivamente su cariño al príncipe.

Los ejemplos de estas dos formas diferentes de gobierno son en nuestro tiempo el Turco y el rey de Francia. En la monarquía del Turco sólo hay un señor, los demás son sus

---

[18] Por qué razón el reino de Darío, que Alejandro había ocupado, no se rebeló contra sus sucesores tras la muerte de Alejandro.

[19] Alejandro Magno (356-323 a.C.), hijo del rey Filipo II de Macedonia, inició su reinado a los veinte años. Tras vencer a Darío III, último rey Aqueménida de Persia, extendió su dominio hasta el Indo. Soñaba con el imperio universal cuando murió a los treinta y tres años.

siervos. Divide su reino en sanjacados[20] y les adjudica diversos administradores a los que destituye y reemplaza como buenamente le parece. En cambio, el rey de Francia se encuentra entre una multitud de antiguos señores, reconocidos y amados por sus propios súbditos, y con privilegios que el rey no puede arrebatar sin riesgo para sí[21]. Quien examine, pues, ambas formas de gobierno encontrará difícil conquistar el reino del Turco, pero, una vez vencido, muy fácil conservarlo. Por el contrario, encontraréis, en cierta medida, más facilidades para ocupar el reino de Francia, pero enormes dificultades para mantenerlo.

Las causas de la dificultad de ocupar al Turco radican en que no hay señores que hagan venir a quien lo pretenda y que tampoco se puede esperar ver facilitada la empresa por la rebelión de su entorno[22]. Y es que, por ser todos siervos obligados a él, son más difíciles de corromper; y aun corruptos, se puede esperar poco de ellos, porque no pueden arrastrar consigo al pueblo por las razones ya señaladas. Por lo tanto, quien piense en invadir al Turco tiene que hacerse a la idea de enfrentarse a un bloque unido, y confiar más en sus propias fuerzas que en las revueltas de otros. Mas, vencido y derrotado en batalla campal, sin posibilidad de rehacer sus ejércitos, la única dificultad la puede suscitar la estirpe del príncipe. Una vez extinguida, no quedaría nadie a quien temer, porque los otros[23] no cuentan con la confianza del pueblo; y así como el vencedor no podía esperar nada de ellos antes de la victoria, tampoco debe temerlos una vez obtenida.

---

[20] División administrativa del Imperio otomano (del turco *sanyak,* «bandera») (Inglese).

[21] Maquiavelo hace aquí una acertada apreciación que viene a recordarnos la diferencia entre la realidad estatal contemporánea y la época de las monarquías del Renacimiento. Comparando Francia con el caso turco, el tratadista florentino nos hace ver la existencia del poder de los nobles, un poder intermedio entre los súbditos y el monarca.

[22] *Quegli che gli ha d'intorno* en el original. Es decir, aquellos siervos que ha escogido como ministros o funcionarios. (N. del T.)

[23] En el original *gli altri*. Entiéndase el entorno y los administradores de las provincias, de los que ha hablado anteriormente. (N. del T.)

Lo contrario sucede en reinos gobernados como el de Francia. Puedes introducirte en ellos ganándote a algún señor, pues siempre se encuentra alguno descontento o deseoso de cambios. Éstos, por las razones dichas, te pueden abrir el camino y facilitarte una victoria que te acarreará infinitas dificultades cuando te quieras mantener en el poder, tanto con los que te han ayudado como con los que has sometido. Y no basta extinguir el linaje del príncipe, pues quedan los señores, que se erigen en cabecillas de nuevas revueltas; y no pudiendo contentarlos ni aniquilarlos, perderás lo conquistado a la primera oportunidad.

Ahora bien, si analizáis la naturaleza del gobierno de Darío, lo encontraréis parecido al reino del Turco, dado que Alejandro necesitó en primer lugar una ofensiva total y arrebatarle la posibilidad de salir a campaña. Después de esta victoria y de la muerte de Darío, Alejandro se encontró con un estado seguro, por las razones antes expuestas. Y sus sucesores, de haber permanecido unidos, podrían haber disfrutado de él tranquilamente, pues en aquel reino no surgieron otros disturbios que los que ellos mismos provocaron.

Sin embargo, es imposible dominar los estados gobernados como Francia con tanta tranquilidad. Éste fue el origen de las continuas revueltas durante la dominación romana en España, Francia[24] y en Grecia: los numerosos principados que en aquellas provincias había. Mientras permaneció el recuerdo de éstos, nunca estuvo Roma segura de su conquista. Pero, una vez olvidados, los romanos se hicieron seguros dominadores con el poderío y la perdurabilidad de su Imperio; y cuando combatieron entre ellos, pudieron a su vez atraerse una parte de las provincias, según la autoridad que habían adquirido en ellas; y éstas, extinguido el linaje de sus antiguos señores, no reconocían a otros que los romanos. Tomando en consideración todas estas cosas, nadie se asombrará de la facilidad con la que Alejandro conservó el estado de Asia y de las dificultades que

---

[24] Llamamos la atención sobre las denominaciones anacrónicas –sobre todo de provincias romanas– que se observan en toda la obra. En esta ocasión España y Francia se refieren a la Hispania y la Galia romanas.

tuvieron los demás para conservar lo conquistado, como fue el caso de Pirro[25] y muchos otros; hecho que no viene dado por la mucha o poca inteligencia y valor del vencedor, sino por la diversidad de cada situación.

V. *Quomodo administrandae sunt civitates vel principatus qui antequam occuparentur suis legibus vivebant* [26]

Existen tres modos para conservar un estado –de su conquista ya hemos hablado– habituado a vivir en libertad y con leyes propias: el primero, aniquilarlo; el segundo, residir en él; y el tercero, dejar que viva con sus leyes, obteniendo de él tributos y creando en su interior una oligarquía que haga perdurar su fidelidad. Pues, siendo tal gobierno una creación del príncipe, saben que no se puede sostener sin su amistad y poderío, con lo que harán todo lo posible por mantener su dominación; porque una ciudad[27] habituada a vivir libre se conserva más fácilmente con el apoyo de sus ciudadanos que de ningún otro modo si se quiere evitar su destrucción.

Valgan como ejemplo los espartanos y los romanos. Los espartanos conquistaron Atenas y Tebas y, aunque crearon allí una oligarquía, las perdieron[28]. Los romanos, para conservar

---

[25] Se trata del famoso rey del Epiro, cuyas victorias sobre los romanos a costa de graves pérdidas, dieron lugar a la expresión *victoria pírrica.* Entre el 278 y el 275 a.C. Pirro, llamado por las ciudades griegas de Sicilia en su ayuda, logró vencer a los cartagineses. Sin embargo, no logró formar, como deseaba, un reino con Sicilia y la baja Italia por la oposición de las ciudades griegas que lo llamaron a la isla.

[26] De qué modo deben gobernarse las ciudades o principados que antes de ser ocupados vivían con sus propias leyes.

[27] Por la particular situación italiana, Maquiavelo identifica ciudad con principado o estado, como vemos en el propio título del presente capítulo.

[28] Tras las Guerras del Peloponeso, en el 404 a.C. los espartanos impusieron a Atenas el gobierno de los denominados treinta tiranos, los cuales fueron expulsados al año siguiente. En el 382 Esparta se adueñó de Tebas e instaló en ella un gobierno oligárquico. Éste cayó en el 379 gracias a la acción de Pelópidas y Epaminondas, con lo que la democracia fue restaurada.

Capua, Cartago y Numancia, las destruyeron[29] y no las perdieron. Quisieron mantener Grecia como lo hicieron los espartanos, dejándola libre y con sus leyes, pero no lo consiguieron, por lo que se vieron obligados a acabar con muchas ciudades de aquella provincia para conservarla. Y es que, a decir verdad, no hay modo más seguro para poseerlas que su destrucción. Quien pasa a ser señor de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que se prepare a ser destruido por ella; pues, para rebelarse, siempre se escudará en el nombre de la libertad y en sus antiguas instituciones, cosas que no se olvidan jamás ni con el paso del tiempo ni con los beneficios recibidos. Por mucho que se haga o se prevea, si no se consigue la desunión y la disgregación de sus habitantes, nunca olvidarán aquel nombre y aquellas leyes y, a la menor ocasión, acudirán inmediatamente a ellos, como hizo Pisa después de haber pasado cien años sometida a los florentinos.

Pero, cuando en las ciudades o los estados la descendencia del señor se extingue, unos habitantes acostumbrados a obedecer, privados ahora de su antiguo príncipe, no son capaces de elevar a esta categoría a uno de ellos y, vivir libres, no saben; consecuentemente, son más remisos a empuñar las armas y un príncipe los puede someter y guardarse de ellos con mayor facilidad. En cambio, en las repúblicas hay más vida, mayor odio, más ansia de venganza; no les deja ni puede dejarles descansar el recuerdo de la libertad perdida; de modo que el camino más seguro es destruirlas o vivir en ellas.

VI. *De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur* [30]

Que nadie se asombre si al hablar de los principados completamente nuevos, tanto por su príncipe como por su organi-

---

[29] Livio en *Ab Urbe condita,* XXVI, 16 nos informa de que Capua no fue destruida materialmente, sino anulada políticamente. Cartago y Numancia fueron arrasadas en el 146 y 133 a.C. respectivamente.

[30] De los principados nuevos que se adquieren con armas propias y por virtud.

zación política, presento ejemplos notabilísimos. Pues, en vista de que los hombres caminan casi siempre por senderos que otros pisaron y proceden en sus acciones por imitación[31], pese a que no se pueda seguir en su totalidad el camino señalado por otros ni alcanzar la virtud de los que imitas, debe el hombre prudente tomar siempre la senda de los grandes personajes e imitar a los más sobresalientes, de forma que, aunque no alcance su virtud, desprenda al menos algo de su «aroma». Y debe hacer como los arqueros duchos, que, cuando les parece demasiado lejano el punto que quieren alcanzar, apuntan –buenos conocedores de la capacidad de su arco– más arriba del blanco, no para alcanzar tanta altura con su flecha, sino para poder con tan alta mira lograr su objetivo.

Digo, pues, que los principados totalmente nuevos, con un príncipe nuevo, ofrecen mayores o menores dificultades para conservarlos, según sea aquél más o menos virtuoso.

Y comoquiera que el mero hecho de pasar de particular a príncipe presupone virtud o fortuna, parece que una de estas dos cosas mitigue en parte muchas de las dificultades; sin embargo, quien se basa menos en la fortuna se mantiene mejor. Facilita asimismo las cosas el que el príncipe se vea obligado a ir personalmente a vivir a su estado por no poseer otros.

Pues bien, hablando ya de quienes por propia virtud, y no por fortuna, han llegado a príncipes, digo que los más sobresalientes son Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y personajes semejantes[32]. Aunque Moisés no deba ser objeto de comentario,

---

[31] Maquiavelo enuncia aquí el principio de la *imitatio*, fundamental para el pensamiento renacentista. Se basa en la concepción naturalista del mundo, según la cual la naturaleza y el hombre –rigurosamente asimilado a ésta– son gobernados por leyes constantes e inmutables: el espíritu del hombre, sus exigencias, pasiones y virtudes no cambian con el paso del tiempo; el pasado, por tanto, ilumina nuestro presente; la historia pasa a ser la maestra de la vida. Véase Mario PAZZAGLIA, *Letteratura italiana,* vol. II, Bolonia, Zanichelli, 1993, p. 142.

[32] Maquiavelo pone como ejemplos de príncipes nuevos que llegan por su virtud al poder a dos personajes bíblicos escogidos por la providencia: Moisés, que libera al pueblo de Israel de la servidumbre en Egipto (1250 a.C.)

puesto que fue un mero ejecutor de lo que Dios le ordenaba, con todo, debe ser admirado al menos por la gracia que lo hacía digno de hablar con Dios[33]. Si estudiáis la figura de Ciro y las de otros conquistadores o fundadores de reinos, consideraréis admirables a todos ellos; y si se examinan particularmente sus actos y resoluciones, parecerán no discrepar de los de Moisés, que tuvo tan gran preceptor. Al analizar su vida y obras se ve que no obtuvieron de la fortuna otra cosa que la ocasión. Ésta puso en sus manos la materia a la que dar la forma que les pareciese; sin ella la virtud de sus ánimos se habría apagado y, sin la virtud, la ocasión se habría dado en vano.

Fue, pues, necesario que Moisés encontrara al pueblo de Israel esclavo en Egipto para que lo siguiesen dispuestos a librarse de la esclavitud. Fue preciso que no hubiese lugar en Alba para Rómulo, y que hubiese sido abandonado al nacer para que llegase a ser rey de Roma y fundador de su patria. Ciro hubo de encontrarse a los persas descontentos del dominio de los medos y a éstos, afeminados y disolutos por una larga paz. No podía Teseo demostrar su virtud de no haber encontrado a los atenienses dispersos. Por tanto, estas ocasiones hicieron dichosos a estos hombres y la excelencia de su virtud les hizo reconocer la oportunidad. Gracias a ello, su patria se ennobleció y alcanzó enorme prosperidad.

Quienes, como ellos, llegan a príncipes por la senda de la virtud adquieren el principado con dificultad, pero lo mantienen fácilmente. Los obstáculos que se encuentran para conseguirlo nacen, en parte, de los nuevos modos de gobierno e instituciones que se ven obligados a introducir para cimentar su nuevo estado y su propia seguridad. Téngase en cuenta que

---

y lo conduce hasta el umbral de la tierra prometida, y Ciro (600-529 a.C.), el fundador del Imperio persa que permite el regreso de los judíos cautivos en Babilonia (538) y ayuda a reconstruir el templo de Salomón en Jerusalén. Llamativamente, los otros dos caudillos virtuosos son dos personajes legendarios de la antigüedad pagana favorecidos por los dioses: Teseo y Rómulo. Parece, pues, que Maquiavelo trata de legitimar la figura del príncipe nuevo a través de estos gobernantes.

[33] Nótese el tono irónico de un autor que pretende dar una interpretación laica y no religiosa de la historia.

no hay cosa más difícil de tratar ni más incierta de conseguir ni más peligrosa de manejar que dirigir la introducción de nuevas instituciones: el introductor tiene por enemigos a la totalidad de quienes beneficiaba el antiguo orden y como tibios defensores a aquellos que pueda beneficiar el nuevo. Dicha tibieza surge por miedo a los adversarios, que tienen las leyes de su parte, y por la incredulidad de los hombres, que no confían verdaderamente en las innovaciones mientras la experiencia no las demuestre sólidamente. De ahí que los contrarios se alcen con ánimo faccioso a la primera ocasión y los otros salgan en su defensa de un modo tenue, de suerte que junto a ellos se corre grave peligro.

Es preciso, por tanto, si queremos analizar correctamente esta parte, estudiar si estos innovadores se valen por sí mismos o si dependen de otros; es decir, si para llevar a cabo su propósito han de hacerlo con ruegos o por la fuerza. En el primer caso, acaban siempre mal y no llevan a término nada. Cuando dependen de sí mismos y pueden imponerse por la fuerza, rara vez corren peligro: todos los profetas armados vencen y los desarmados labran su ruina. Que, además de todo lo dicho, la naturaleza de los pueblos es voluble, y es fácil persuadirlos de una cosa, mas difícil que permanezcan fieles a ese convencimiento. En consecuencia, conviene estar preparado de manera que, cuando ya no crean, se los pueda hacer creer por la fuerza.

Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar sus leyes por mucho tiempo si hubiesen estado desarmados. Esto sucedió en nuestro tiempo a fray Girolamo Savonarola, que condenó sus nuevas instituciones al fracaso en el momento en que el pueblo dejó de creerle, y no tenía modo de detener a los que ya no creían ni de hacer creer a los incrédulos. Así, estos hombres encuentran gran dificultad para actuar y su camino está lleno de peligros que han de superar con la virtud; pero, una vez superados, se los comienza a venerar y, tras aniquilar a los que sentían envidia de su talento, perduran poderosos, seguros, honrados y dichosos.

A tan altos ejemplos quiero añadir uno menor, aunque en cierta medida equiparable a ellos y suficientemente ilustrativo

para los demás casos: se trata de Hierón de Siracusa[34]. De simple particular llegó a ser príncipe de aquella ciudad, y de la fortuna no conoció otro don que una oportunidad: sufriendo opresión los siracusanos, lo eligieron su capitán, cargo desde el que mereció convertirse en su príncipe. Y fue tan grande su virtud, incluso en su vida privada, que quien a él se refiera ha de decir «*quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum*»[35]. Suprimió el antiguo ejército, organizó uno nuevo; abandonó antiguas alianzas, las hizo nuevas; y como tuvo sus propios aliados y soldados, pudo sobre tales cimientos levantar cualquier edificio: lo que con gran esfuerzo consiguió, pudo mantenerlo con muy poco.

VII. *De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur* [36]

Quienes pasan de simples particulares a príncipes con la sola colaboración de la fortuna alcanzan tal condición con poco empeño, pero con mucho la mantienen. No se les presenta dificultad alguna durante el camino, porque lo pasan volando; todas las dificultades surgen una vez instalados en el poder. Tal circunstancia se da cuando se otorga a alguien un estado por dinero o por gracia de quien lo concede, como sucedió a tantos que Darío nombró en Grecia príncipes de las ciudades de Jonia y del Helesponto a fin de que las ocuparan para su

---

[34] Hierón II de Siracusa (*ca.* 306-215 a.C.) luchó bajo el mando de Pirro, rey de Epiro, contra los invasores cartagineses de Sicilia y después de la marcha de éste, en el 276 a.C., fue elegido comandante del ejército siracusano. Posteriormente, su éxito en el 270 contra los mamertinos (hijos de Marte), mercenarios campanios establecidos en Mesina, le facilitó el acceso al poder. En el 264 participó en el comienzo de la I Guerra Púnica cuando, aliado con Cartago, combatió a los mamertinos, apoyados por Roma. Después de ser derrotado por los romanos Hierón firmó un pacto (263) y se unió a ellos contra los cartagineses. Hierón ha sido considerado un gobernante sabio y justo.

[35] «Que nada le faltaba para reinar salvo el reino», Justino XXIII, 4, dice: «Prorsus ut nihil ei regium deesse praeter regnum videretur».

[36] De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna ajenas.

seguridad y gloria[37]. Tal era el caso también de los emperadores que llegaban al poder corrompiendo a los soldados.

Éstos se sostienen simplemente en la voluntad y la fortuna de quien les ha concedido el poder, cosas sumamente volubles e inestables, y acaban por no saber y no poder mantener su puesto. No saben, porque si no se trata de hombres de gran talento y virtud, no es normal que sepan gobernar habiendo vivido siempre como particulares. No pueden, porque no tienen tropas que puedan ser sus fieles aliadas. Además, los estados que surgen súbitamente, como todas las cosas de la naturaleza que nacen y crecen deprisa, no pueden echar unas raíces y barbas[38] tan fuertes que la primera adversidad no las destruya; a no ser que estos príncipes hechos de un día para otro posean –como ya se ha dicho– tanta virtud que aprendan de inmediato a conservar lo que la fortuna les acaba de dejar en sus manos, y sienten después las bases que los demás pusieron antes de ser príncipes.

Quiero traer a colación de los modos de acceso al principado –por virtud o por fortuna– el ejemplo de dos hombres no lejanos en el recuerdo: Francesco Sforza y César Borgia. Francesco, con los medios adecuados y su gran virtud, de particular pasó a duque de Milán y mantuvo con poca fatiga lo que había conquistado con mil afanes. Por su parte, César Borgia (popularmente llamado duque Valentino) consiguió el poder gracias a la fortuna del padre, y con ella lo perdió a pe-

---

[37] Se entiende del propio Darío y de su imperio. Maquiavelo se refiere a Darío I el Grande, rey de Persia entre el 522 y el 486 a.C. Darío se propuso, tras someter en el continente europeo Tracia y Macedonia, conquistar Grecia, y para ello encontró como pretexto la rebelión de las colonias jónicas del Asia Menor fomentada por Atenas y Eretria (499). Sin embargo, los persas fueron derrotados en esta Primera Guerra Médica (Maratón, 490).

[38] Siguiendo a Inglese interpretamos *barbe e correspondenzie loro* como las raíces y, en general, lo que permite a la planta afirmarse en el suelo. Como comenta él mismo, existe otra línea interpretativa para la que la expresión se refiere a la raíz y «demás partes (tronco, ramas...) correspondientes». Vemos nuevamente el gusto de Maquiavelo por la expresión incisiva extraída de la naturaleza, en consonancia con su interpretación de los estados como organismos naturales. (N. del T.)

sar de poner todos los medios y de hacer todo lo que un hombre prudente y virtuoso debía llevar a cabo para asentar sus raíces en los estados que las armas y fortuna ajenas le habían concedido. Porque, según lo dicho, quien no pone los cimientos primero, podría ponerlos con muchísima virtud después aunque fuese con molestias para el arquitecto y con peligro para el edificio. Así pues, si analizamos todos los pasos del duque, veremos que puso sólidos fundamentos para su futuro poder. Y no considero superfluo hablar de ello, ya que no sabría qué preceptos se pueden dar a un príncipe nuevo mejores que el ejemplo de su conducta; pues, si sus disposiciones no le sirvieron de nada, no fue por su culpa, sino por una extraordinaria y extrema contrariedad de la fortuna.

Tenía Alejandro VI grandes dificultades presentes y futuras para engrandecer al duque, su hijo. Primero, no veía forma de hacerlo señor de algún estado que no perteneciese a la Iglesia, y si se inclinaba por arrebatarle alguno a la Iglesia, sabía que el duque de Milán y los venecianos no se lo iban a consentir por encontrarse ya Faenza y Rímini bajo la protección de estos últimos. Aparte, veía que los ejércitos de Italia, especialmente los que podrían servirle, estaban en manos de quienes debían temer la grandeza del papa, y no se podía fiar de ellos, todos bajo el control de los Orsini, los Colonna y sus secuaces[39]. Era, pues, necesario trastocar aquella situación y desequilibrar los estados de Italia para poder enseñorearse sin complicaciones de parte de ellos. Le resultó fácil, pues se dio cuenta de que los venecianos, movidos por otras causas, se habían decidido a introducir una vez más a los franceses en Italia. El papa no sólo no se opuso a esto, sino que lo facilitó consintiendo la disolución del antiguo matrimonio del rey Luis.

Entró, pues, el rey en Italia con la ayuda de los venecianos y la anuencia de Alejandro. Ni siquiera había llegado el rey a Milán cuando el papa consiguió de él tropas para su empresa de la Romaña, que los demás permitieron por respeto hacia el

---

[39] Orsini y Colonna, ilustres familias romanas rivales que se enfrentaron desde la Edad Media. Varios de sus miembros llegaron a ser papas, cardenales y hombres de armas famosos.

monarca. Una vez conquistada la Romaña y derrotados los Colonna, el duque deseaba mantener aquel estado y proseguir con el avance, pero se lo impedían dos cosas: sus soldados, que no le parecían fieles, y la voluntad de Francia; es decir, que las tropas de los Orsini de las que se había valido fuesen a fallarle entonces y no sólo le impidiesen continuar la conquista, sino que también le arrebatasen lo conquistado, y que aun el rey le hiciese algo similar. Tuvo una confirmación de las intenciones de los Orsini cuando asaltó Bolonia tras la conquista de Faenza y vio que les traía al fresco aquella operación. Con respecto al francés, el duque conoció su ánimo al atacar la Toscana después de la toma del ducado de Urbino: le impidió proseguir tal empresa. En consecuencia, el duque decidió no volver a depender de las armas y de la fortuna ajenas.

Así, como primera medida, debilitó las facciones de los Orsini y los Colonna en Roma ganándose a toda su clientela con la concesión de generosas pagas y honrándolos, según su categoría, con cargos en el ejército y el gobierno; de modo que en pocos meses su ligazón a aquellas facciones se rompió, y se volcaron por completo en el duque. Después, tras haber dispersado a los cabecillas de la casa Colonna, esperó la ocasión de aniquilar a los de los Orsini, que llegó en buen momento y que él aprovechó aún mejor. Tarde cayeron los Orsini en la cuenta de que la grandeza del duque y de la Iglesia era su ruina, por lo que celebraron una reunión en Magione, en tierras de Perugia, fruto de la cual surgieron la rebelión de Urbino, los tumultos de la Romaña e infinitos peligros para el duque, que superó en su totalidad con la ayuda de los franceses.

Recuperado su prestigio, sin fiarse de Francia ni de otras potencias extranjeras que tendría que poner a prueba, se inclinó por la estrategia del engaño. Supo disimular tan bien sus propósitos que los mismos Orsini se reconciliaron con él por mediación del caballero Paolo (para ganarse su confianza, el duque no había escatimado muestras de buena voluntad como dinero, vestidos y caballos). Tanta fue su simpleza que cayeron en Sinigaglia en manos del duque. Suprimidos los cabecillas y convertidos sus partidarios en amigos del duque, había puesto muy buenos cimientos para su poder, con toda la

Romaña y el ducado de Urbino bajo su control y el convencimiento de haberse ganado la lealtad de los romañolos, que habían comenzado a disfrutar de cierto bienestar.

Como esta parte es digna de ser conocida y de ser imitada por otros, no quiero dejarla de lado. Una vez tomada la Romaña, dándose cuenta el duque de que había sido gobernada por señores desaforados que, en lugar de gobernar a sus súbditos, los habían expoliado y habían dado más motivos para la desunión que para la unión (tanto que no había más que pillajes, peleas y tropelías de toda índole), juzgó necesario darle un buen gobierno para volverla a la paz y a la obediencia del brazo papal[40]; conque puso a su frente a micer Ramiro de Lorqua, hombre cruel y expeditivo, al que otorgó plenos poderes. Éste, en poco tiempo, consiguió pacificarla y unirla con gran prestigio para sí. Después, el duque juzgó que no era precisa una autoridad tan omnímoda, pues podría resultar odiosa, e instauró en el centro de la Romaña un tribunal civil presidido por un hombre eminente y en el que cada ciudad tenía su representante jurídico. Conocedor asimismo de que la severidad primera le había granjeado algún que otro odio, para aplacar los ánimos del pueblo y ganárselo por completo, puso empeño en demostrar que, si se había actuado con crueldad, no había surgido de él mismo, sino de la acerba naturaleza de su ministro. De suerte que, aprovechando la primera oportunidad, una mañana, en Cesena, hizo aparecer en la plaza su cuerpo partido en dos, con un trozo de madera y el hacha ensangrentada a su lado[41]. La ferocidad de aquel espectáculo hizo que el pueblo se quedase tan satisfecho como estupefacto.

---

[40] En el original *braccio regio*. Claramente la expresión alude al poder del papa, señor de los Estados Pontificios. (N. del T.)

[41] *In dua pezzi in su la piazza, con uno pezzo di legne e uno coltello sanguinoso accanto.* La propia indefinición del pasaje redunda en su intensidad dramática, pues en realidad no sabemos cómo se llevó a cabo la ejecución. El «trozo de madera» bien puede haber sido un palo con el que lo golpearon antes de usar el hacha o se puede tratar de un tajo (si se tratara de una decapitación) o, simplemente, de un tablón sobre el que se seccionó el cuerpo de la víctima. Con respecto al cuerpo «partido en dos», la expresión probablemente se refiera a una disección, pero no nos informa sobre qué eje

Pero retornemos al punto de partida. El duque se encontraba con un considerable poder y relativamente seguro de los peligros presentes por haberse armado según su criterio y haberse deshecho en buena parte de las tropas que, por su proximidad, podían hacerlo peligrar. Le restaba, pues, si quería proseguir sus conquistas, ganarse el respeto del rey de Francia, a sabiendas de que el soberano, que había reparado tarde en su propio error, no iba a consentir su avance. Por ello comenzó a buscar nuevas alianzas y a vacilar en su lealtad con los franceses cuando descendieron hacia el reino de Nápoles contra los españoles que asediaban Gaeta. Su propósito era aliarse a éstos, y lo habría conseguido de seguir viviendo Alejandro.

Éste fue su proceder en lo que respecta a las cosas presentes. En cuanto a las futuras, en primer lugar debía temer la eventual enemistad de un nuevo sucesor de la Iglesia que tratase de arrebatarle lo que Alejandro le había dado. Pensó entonces cuatro maneras para librarse de estos temores: primero, aniquilando a todos los descendientes de los señores que había expoliado para privar al papa de la oportunidad de restitución; segundo, ganándose a todos los nobles romanos –como hemos dicho– para poder frenar al papa; tercero, haciendo el Colegio Cardenalicio lo más suyo posible; cuarto, consiguiendo antes de la muerte del papa tanto poder como para resistir por sí mismo un primer ataque. De todas ellas ya había realizado tres a la muerte de Alejandro y la cuarta la daba casi por hecha, habida cuenta del asesinato de cuantos señores expoliados había podido atrapar, y del que salvó a muy pocos. A los nobles romanos se los había ganado y disponía de un gran número de partidarios en el Colegio. En cuanto a las nuevas conquistas, había proyectado hacerse señor de Toscana; Perugia y Piombino ya las poseía y había tomado Pisa bajo su protección. Y sobre esta ciudad habría caído tan pronto como no tuviese que temer a Francia, circunstancia que ya se daba en aquel momento, pues los españoles habían despojado a los franceses del

---

se hizo. Menos probable se nos antoja la decapitación, aunque no del todo descartable. (N. del T.)

Reino, de forma que unos y otros necesitaban comprar su amistad. A continuación, Lucca y Siena se habrían rendido de inmediato, en parte por envidia de los florentinos, en parte por miedo: los florentinos ya no tenían escapatoria. Si hubiese conseguido todo ello (cosa que habría hecho el mismo año de la muerte de Alejandro), habría ganado para sí tanta fuerza y tanto prestigio que se habría bastado por sí mismo y ya no habría dependido de la fortuna y las fuerzas de otros, sino de su poderío y su virtud.

Pero Alejandro murió cinco años después de que él hubiese desenvainado la espada por primera vez. Lo dejó con sólo el estado de la Romaña consolidado, con todos los demás en el aire, entre dos potentísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. El duque tenía un carácter tan intrépido como virtuoso y sabía hasta tal punto que los hombres hay que ganárselos o se pierden, y tan sólidos eran los cimientos que se había hecho en tan poco tiempo que, si no hubiese tenido a aquellos ejércitos acechando o hubiese estado sano, habría superado cualquier dificultad.

Que la cimentación era buena se vio claramente: la Romaña lo esperó más de un mes; en Roma, aunque moribundo, estuvo seguro, y pese a que los Baglioni, Vitelli y Orsini allí se presentaron, no encontraron quien fuese contra él. Si bien no pudo nombrar al papa, por lo menos pudo evitar que fuese quien él no deseaba. De haber estado sano en la muerte de Alejandro, todo le habría sido fácil. Y él me dijo en los días del nombramiento de Julio II que había pensado en todo lo que podía acaecer tras el fallecimiento de su padre, y para todo había encontrado remedio; pero que no pensó jamás que en aquel momento él mismo estaría a punto de morir.

Si yo reuniera todas las actuaciones del duque, no sabría criticarlo; todo lo contrario, creo –dicho está– poder proponerlo como modelo a imitar por todos los que suben al poder por fortuna o con tropas ajenas. Y es que, por su gran fuerza de ánimo y elevadas pretensiones, no podía actuar de otra manera. Tan sólo se opuso a sus planes la brevedad de la vida de Alejandro y su enfermedad. Así pues, no puede encontrar más vivos ejemplos que las acciones del duque quien juzgue opor-

tuno para su principado nuevo protegerse de los enemigos, ganarse a los amigos; vencer por la fuerza o por el engaño; hacer que te amen y teman los pueblos, que te sigan y veneren los soldados; aniquilar a quienes puedan o deban perjudicarte; actualizar con nuevas fórmulas las instituciones antiguas; ser severo y agradable, magnánimo y liberal; suprimir las tropas desleales, crearlas de nuevo; y mantener las amistades con reyes y príncipes de modo que te beneficien sin contrapartidas o te ataquen con recelo.

Sólo se le puede criticar la mala elección que hizo en el nombramiento de Julio como pontífice; porque, como acabo de decir, aunque no podía elegir un papa a su gusto, sí por lo menos podía impedir que alguno lo fuese; y no debió consentir que alcanzasen el papado cardenales a los que él hubiese ofendido o que, llegados a papas, fuesen a tener miedo de él, pues los hombres hacen daño o por miedo o por odio. Los ofendidos eran, entre otros, San Pietro *ad Vincula,* Colonna, San Giorgio, Ascanio[42]. Los restantes, de alcanzar el papado, tenían razones para temerlo, excepto Ruán y los españoles: éstos, por la vinculación del parentesco y de los favores recibidos; aquél, por poder, ya que contaba con el respaldo del reino de Francia. Por tanto, el duque debió nombrar ante todo a un español y, no pudiendo, debió consentir que fuese Ruán y no San Pietro *ad Vincula*. Y quien crea que en los grandes personajes los favores recientes hacen olvidar antiguas injurias se engaña. Erró, pues, el duque en esta elección que fue causa de su derrota definitiva.

VIII. *De his qui per scelera ad principatum pervenere* [43]

Se puede llegar de persona particular a príncipe de otras dos formas, no totalmente atribuibles a la fortuna o a la virtud, y dignas igualmente de ser tratadas aquí aunque de una de

---

[42] Se trata de los titulares de las iglesias de San Pietro in Vincoli (Giuliano della Rovere) y San Giorgio (Raffaello Riario); los demás citados son los cardenales Giovanni Colonna y Ascanio Sforza.

[43] De los que por medio de fechorías llegaron al principado.

ellas se pueda hablar con más detenimiento donde se estudien las repúblicas. Se trata del ascenso al principado de forma criminal o nefanda, y de cuando un particular se hace príncipe de su patria con el favor de sus conciudadanos. El análisis del primer modo se ilustrará con dos ejemplos, uno antiguo y otro moderno, sin profundizar más sobre el particular, pues los creo suficientes para quien necesite imitarlos.

El siciliano Agatocles llegó a rey de Siracusa partiendo no ya de la condición de particular, sino de una abyecta e ínfima posición. Hijo de un alfarero, manchó todas las etapas de su vida de una conducta criminal[44]. No obstante, acompañó sus crímenes de una fortaleza de cuerpo y ánimo tal que, tras ingresar en el ejército y pasar por sus diversos grados, llegó a pretor de Siracusa. Consolidado en dicho puesto, y ya con la idea de hacerse príncipe y conservar por medios violentos, sin obligación alguna para con los demás, el poder que le habían concedido de común acuerdo, hizo partícipe de estos planes al cartaginés Amílcar, que, a la sazón, se encontraba con sus ejércitos en Sicilia. Una mañana, como si tuviese que tratar cosas tocantes a la república, reunió al pueblo y al senado de Siracusa y, a una señal acordada, hizo que sus soldados asesinaran a todos los senadores y a los hombres más ricos del pueblo. Tras esta matanza, ocupó y mantuvo el principado de aquella ciudad sin oposición interna alguna. Y aunque los cartagineses lo derrotaron en dos batallas y finalmente lo asediaron, no sólo fue capaz de defender su ciudad, sino que, dejando a parte de su gente defendiéndose del asedio, con el resto atacó en África y, en breve tiempo, liberó Siracusa de aquel cerco y llevó a los cartagineses a una extrema necesidad. Entonces, se vieron obligados a ponerse de acuerdo con él, contentándose con sus posesiones de África y dejando Sicilia a Agatocles.

Quien estudie sus acciones y su vida apenas verá cosas que sean atribuibles a la fortuna; pues aquí se trata, según lo ex-

---

[44] Agatocles (369-289 a.C.), tirano de Siracusa que a fines del siglo IV se hizo con el control de Sicilia tras derrotar a los cartagineses e, incluso, después de aliarse con el rey Tolomeo I de Egipto, invadió la península italiana y en el 299 llegó a conquistar la isla de Corfú.

puesto, de que llegó al principado no por favor alguno, sino a través de los diversos rangos militares, ganados con mil dificultades y peligros, y de que logró mantenerlo con tantas decisiones valerosas y arriesgadas. Pero no se puede llamar virtud a asesinar a sus conciudadanos, traicionar a los amigos, ser un hombre sin lealtad ni piedad ni religión; pues con todo ello se puede adquirir poder, mas no gloria. Porque, si consideramos la habilidad de Agatocles en encarar y vencer los peligros y su grandeza de ánimo en soportar y superar la adversidad, no se ve por qué ha de ser juzgado inferior a cualquier capitán de renombre. Sin embargo, su feroz crueldad, su inhumanidad adornada de infinitos crímenes no consienten que se celebre entre los hombres más sobresalientes. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que él consiguió sin la una ni la otra.

En nuestros tiempos, en el pontificado de Alejandro VI, Oliverotto de Fermo, huérfano de padre desde la más tierna infancia, fue educado por un tío materno llamado Giovanni Fogliani, quien lo puso a combatir desde los primeros años de su juventud bajo las órdenes de Paolo Vitelli[45] para que, fogueado por tal escuela, llegase a las más altas graduaciones del ejército. Tras la muerte de Paolo, militó bajo la enseña de su hermano Vitellozzo, y en poquísimo tiempo se convirtió por su ingenio y gallardía en el primer hombre de su tropa. Estimando algo servil estar bajo las órdenes de otros, pensó en tomar Fermo con la ayuda de algunos ciudadanos más afectos a la esclavitud que a la libertad de su patria y con el favor de Vitellozzo. Escribió entonces a Giovanni Fogliani diciéndole que, después de tantos años fuera de casa, quería regresar para verlo, visitar su ciudad y comprobar en lo posible la situación de su patrimonio; y como su único afán había sido conquistar honores, para que sus conciudadanos viesen que no había gas-

---

[45] Paolo Vitelli, célebre condotiero que dirigió en 1499 el ataque florentino contra la ciudad rebelde de Pisa. Cuando el triunfo sobre los pisanos parecía inminente, Vitelli retrasó el asalto final y poco después terminó levantando el asedio. Acusado de traición por las autoridades de Florencia, fue condenado a muerte y decapitado el 1.º de octubre del mismo año de 1499.

tado el tiempo en vano, pretendía que le honraran en su llegada con el acompañamiento de cien soldados a caballo, amigos y servidores suyos. Le rogaba asimismo que tuviese a bien dar las órdenes oportunas para que los habitantes de Fermo lo recibiesen con honores, pues esto no sólo era honroso para sí, sino para el propio Giovanni, que lo había criado.

No faltó, por tanto, el tío a la hospitalidad que debía a su sobrino; hizo que los habitantes de Fermo lo recibieran con todos los honores, y se alojó en el hogar familiar[46]. Tras permanecer allí algunos días atento a disponer en secreto lo necesario para su futuro crimen, celebró un banquete muy solemne al que fueron invitados Giovanni Fogliani y los hombres más destacados de Fermo. Acabadas las viandas y los entretenimientos habituales en este tipo de festines, Oliverotto suscitó arteramente la discusión de temas delicados hablando de la grandeza del papa Alejandro y de su hijo César, y de las empresas de ambos. Estaban respondiéndole Giovanni y los demás cuando, de repente, se levantó y dijo que aquellas eran cosas para tratar en un lugar más secreto, y se retiró a una estancia a la que le siguieron Giovanni y los otros asistentes. Antes de que pudieran tomar asiento, salieron de diversos escondites unos soldados que asesinaron a todos.

Consumado el homicidio, montó Oliverotto a caballo y galopó[47] por la ciudad y asedió el palacio del magistrado supremo. De esta forma, el miedo llevó a la constitución de un gobierno del que se erigió en príncipe; y, muertos todos aquellos que por descontento le podían estorbar, se reafirmó con nuevas instituciones civiles y militares. Así, en el espacio de un año, no sólo logró la seguridad en la ciudad de Fermo, sino el temor de todos sus vecinos. Y su exclusión habría sido tan difícil como la de Agatocles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia cuando, en Sinigaglia, apresó –como ya he relatado– a los Orsini y a los Vitelli. Allí, capturado también

---

[46] Pese a la brusquedad del cambio de sujeto (ahora es ya Oliverotto), respetamos aquí el original por el dramatismo que aporta a la escena que aquí se comienza a relatar. (N. del T.)

[47] Como signo de victoria y de dominio. (N. del T.)

él un año después de haber cometido aquel parricidio, fue junto a Vitellozzo –su maestro en el valor militar y en el crimen– estrangulado.

Quizás alguien se cuestione cómo era posible que Agatocles e individuos de esa estofa, después de infinidad de traiciones y crueldades, pudiesen vivir seguros largo tiempo en su patria y defenderse de los enemigos externos, y que sus conciudadanos no hubiesen conspirado jamás contra ellos; al tiempo que otros muchos, mediante la crueldad, no pudiesen mantener el poder en tiempos de paz y menos aún en los inciertos tiempos de guerra. Creo que esto se debe al buen o al mal uso de la crueldad. Bien usada (si es lícito hablar bien del mal) se puede llamar la que se comete toda de golpe –pues hay que asegurar la conquista– y posteriormente no se vuelve a emplear, procurando que redunde en el mayor beneficio posible para los súbditos. Mal usada es aquella que, aunque infrecuente en un principio, con el paso del tiempo aumenta más que disminuye. Los que siguen la primera posibilidad pueden encontrar algún remedio a su posición respecto a Dios y a los hombres, como sucedió a Agatocles; los otros es imposible que se mantengan.

Por ello es de destacar que quien usurpe un estado tiene que tomar en consideración todos los agravios necesarios, y cometerlos de golpe para que no estén al orden del día, y poder así tranquilizar a los súbditos y ganárselos con favores. Quien obre de otro modo, por debilidad o por error, estará siempre necesitado de tener el cuchillo en la mano, y no podrá jamás apoyarse en unos súbditos faltos de seguridad por sus continuas y recientes injurias. Por tanto, los ultrajes se han de cometer todos juntos, pues apenas se les nota el regusto y ofenden menos. Los beneficios, en cambio, se deben dar poco a poco para que se saboreen mejor. Y ante todo, un príncipe debe comportarse con sus súbditos de modo que ninguna circunstancia, buena o mala, le lleve a hacerlos cambiar de disposición hacia su señor[48], pues, cuando en la adversidad llegan las dificultades,

---

[48] *Lo abbia a fare variare* lo entendemos como que no debe provocar un cambio del concepto que tienen los súbditos del príncipe o de actitud de

no llegas a tiempo de hacer el mal y el bien que haces, considerado forzado, no te beneficia ni supone agradecimiento alguno.

IX. *De principatu civili* [49]

Pasemos al segundo caso, el de un ciudadano particular que llega a príncipe de su patria no mediante fechorías o cualquier violencia inadmisible, sino con el favor de sus conciudadanos. Éste puede recibir el nombre de principado civil y, para alcanzarlo, no son necesarias ni toda la virtud ni toda la fortuna, sino más bien una afortunada astucia. A este principado se asciende o con el favor del pueblo o con el de los poderosos. Y es que en toda ciudad conviven dos diferentes «humores»[50], lo que ocasiona que el pueblo no desee ser gobernado ni oprimido por los grandes[51] y que los grandes deseen oprimir al pueblo. De esta contraposición de apetitos nace en las ciudades uno de estos tres efectos: principado, libertad o anarquía.

El principado surge por obra del pueblo o de los grandes, según se presente la oportunidad a uno de los dos bandos; pues, cuando éstos ven que no pueden contener a aquél, co-

---

aquéllos con respecto a éste. Como dice en el capítulo IX: «... debe pensar el modo por el cual sus ciudadanos siempre y en cualquier circunstancia tengan necesidad del principado y de él». No lo entendemos como cambio en la forma de gobernar, porque entraría en contradicción con lo que el propio autor comenta en el XVIII y XXV acerca de la conveniencia de cambiar, tanto su apariencia personal como los modos de gobierno, en función de las situaciones concretas. (N. del T.)

[49] Del principado civil.

[50] Siguiendo con las imágenes extraídas de la naturaleza, ahora Maquiavelo compara los componentes de la sociedad (las clases sociales) con los componentes del cuerpo humano según la teoría hipocrática (los humores). En consecuencia, *appetiti* lo traducimos respetando la coherencia de la imagen médica como «apetitos», es decir, tendencia a satisfacer las necesidades orgánicas. (N. del T.)

[51] *Grandi* en el original. Bajo este término Maquiavelo engloba a los poderosos, tanto nobles como patricios urbanos asimilados a la aristocracia. (N. del T.)

mienzan a volcar toda su consideración sobre uno de ellos, y lo hacen príncipe para poder desahogar su apetito a su sombra. El pueblo, cuando ve que no les puede hacer frente, también vuelve su estima hacia uno y lo hace príncipe para defenderse con su autoridad. Quien ha llegado al principado con la ayuda de los grandes se mantiene con más dificultades que quien llega con la ayuda del pueblo, pues le rodean muchos que le parecen sus iguales y no les puede ordenar ni dirigir a su modo.

Pero el que llega al principado con el favor popular está solo y apenas encuentra en torno a sí a alguien o a algunos pocos que no estén dispuestos a obedecer. Además, no se puede con la honestidad satisfacer a los grandes sin perjudicar a terceros, pero al pueblo sí, pues sus fines siempre son más honestos que los de aquéllos, por querer los unos oprimir y el otro, no ser oprimido. Por otra parte, un príncipe nunca puede sentirse seguro siendo enemigo del pueblo, porque son muchos; en cambio, de los grandes, sí puede porque son pocos. Lo peor que le espera a un príncipe enemigo de su pueblo es que éste lo abandone; de los grandes, no sólo debe temer que lo abandonen, sino también que se pongan en su contra, ya que, por su mayor previsión y astucia, siempre actúan con tiempo para ponerse a salvo y hacer méritos con quien esperan que resulte vencedor. Asimismo, el príncipe necesita convivir con un mismo pueblo, pero bien puede actuar sin los mismos grandes, y hacerlos aparecer y desaparecer a diario, darles y quitarles reputación a su antojo.

Para aclarar mejor esta parte, diré que existen principalmente dos clases de grandes: quienes obran de forma que con su proceder se vinculan por completo a tu suerte, y los que no. Los primeros, si no son ambiciosos, se deben honrar y amar; y a los segundos hay que considerarlos de dos maneras: o actúan así por pusilanimidad y debilidad natural de ánimo, y entonces debes servirte de ellos –especialmente de quienes te puedan aconsejar mejor–, ya que en la prosperidad te honran y no tienes por qué temerlos en la adversidad; o bien se desvinculan astutamente y por ambición: prueba de que piensan más en sí mismos que en ti. De éstos debe el príncipe guardarse

y ha de temerlos como a enemigos declarados, pues en la adversidad colaborarán siempre en su ruina.

Por tanto, quien llegue a príncipe gracias al favor del pueblo ha de mantenerlo amigo, lo que le resultará fácil, pues éste sólo demanda no ser oprimido. Mas quien, contra la voluntad popular, llegue a príncipe con el favor de los grandes deberá, antes que nada, ganarse al pueblo; tarea fácil siempre y cuando asuma su protección. Y dado que los hombres, cuando reciben bienes de quien esperaban recibir males, se ligan más a su benefactor, el pueblo le mostrará mejor disposición que si hubiese llegado al principado con su propio favor. Y el príncipe se lo puede ganar de muchas maneras, que varían según el caso y que, por no obedecer a reglas fijas, dejaremos aparte.

Concluiré diciendo sólo que un príncipe necesita estar a bien con su pueblo porque, de lo contrario, en la adversidad no tendrá remedio. Nabis, príncipe de los espartanos, resistió el asedio de toda Grecia y del victorioso ejército romano, y defendió contra ellos su patria y su estado[52]. En el momento en que le sobrevino el peligro le bastó con asegurarse a unos pocos: si hubiese tenido al pueblo en contra, esto no le habría bastado.

Y que nadie rechace mi opinión apoyándose en aquel proverbio tan manido de que «quien construye sobre el pueblo construye sobre el barro», porque sólo es verdad cuando un particular se apoya en el pueblo para que lo libere de la opresión de los enemigos o de los magistrados. En este caso se podría encontrar a menudo engañado, como ocurrió en Roma a los Gracos y en Florencia, a micer Giorgio Scali[53].

Pero, si quien construye sobre el pueblo es un príncipe que tenga capacidad de mando y sea un hombre de buen co-

---

[52] Nabis, tirano espartano (205-192 a.C.) que luchó contra la Liga Aquea.

[53] Tiberio Sempronio Graco y su hermano Cayo, fueron dos nobles romanos que como tribunos de la plebe intentaron establecer una reforma de la propiedad agraria favorable al pueblo. Tiberio (133 a.C.) y después Cayo (121) perdieron la vida como consecuencia de la incapacidad de sus partidarios para hacer frente a los aristócratas que deseaban eliminarlos para

razón, que no se arrugue en la adversidad, al que no le falte la preparación y que sea capaz de dar ánimo a su pueblo, jamás se verá engañado por éste y verá que ha plantado unos buenos cimientos.

Estos principados suelen peligrar cuando pasan de un gobierno de los ciudadanos a un gobierno absoluto. Porque el príncipe gobierna o por sí mismo o por medio de magistrados. En este último caso, es más difícil su estabilidad, dependiente por completo de la voluntad de los ciudadanos que han sido designados magistrados, que, máxime en tiempos adversos, le pueden arrebatar con gran facilidad el poder llevándole la contraria o, simplemente, no obedeciéndolo. Y el príncipe no está a tiempo de asumir el poder absoluto en una situación peligrosa, porque los ciudadanos y súbditos que suelen recibir las órdenes de los magistrados no van a obedecer en una situación difícil las suyas. Y en momentos de incertidumbre siempre habrá escasez de gente de la que fiarse; porque tal príncipe no puede basarse en lo que ve en tiempos de tranquilidad, cuando los ciudadanos tienen necesidad del principado: ahí todos acuden corriendo, todos se comprometen, todos quieren morir por él cuando la muerte está lejos. Pero en la adversidad, en momentos que el principado necesita a sus ciudadanos, entonces encontrarás a pocos. Y esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto que sólo se puede llevar a cabo una vez. Un príncipe prudente, pues, debe pensar el modo por el cual sus ciudadanos siempre y en cualquier circunstancia tengan necesidad del principado y de él, y después siempre le serán fieles.

---

evitar su reforma. Micer Giorgio Scali, después de la gran revuelta de los *ciompi* (1478) –los obreros florentinos de la lana de condición más baja– alcanzó, junto con micer Tomás Strozzi, un gran poder. Pero el gobierno de ambos, apoyado por la plebe, fue violento y despótico, de modo que terminaron enajenándose la voluntad de los ciudadanos de Florencia. Así, Scali acabó en el patíbulo, en donde, antes de morir, se dolió de la deslealtad de la masa a la que había favorecido. Véase N. MAQUIAVELO, *Istorie Fiorentine,* Lib. III, XIII-XX.

X. *Quomodo omnium principatuum vires perpendi debeant* [54]

Conviene considerar otra cuestión en el estudio de estos principados; a saber: si un príncipe debe tener un estado tan fuerte que le permita valerse por sí mismo en caso de necesidad o si, en tal circunstancia, ha de precisar siempre la ayuda de otros. Para aclarar mejor este particular, digo que se sostendrán a sí mismos quienes puedan reunir, por abundancia de hombres o de dinero, el ejército adecuado para presentar batalla a todo el que les ataque. Del mismo modo, considero que siempre tendrán necesidad de los demás quienes no puedan presentarse contra el enemigo en el campo de batalla y necesiten refugiarse dentro de las murallas para defenderlas. Del primer caso ya hemos tratado y más adelante añadiremos lo que convenga. En el segundo caso, no podemos más que aconsejar a tales príncipes que fortifiquen y defiendan su ciudad, y que descuiden el resto del territorio. Así, quien se haya fortificado adecuadamente y se haya comportado en el gobierno de sus súbditos como hemos expuesto y expondremos más adelante, será atacado siempre con gran cautela; porque los hombres son siempre enemigos de las empresas en las que ven dificultad, y no se pueden ver facilidades atacando a uno que tiene su ciudad bien defendida y no es odiado por el pueblo.

Las ciudades de Alemania son muy libres, tienen poco territorio y obedecen al emperador cuando les viene en gana; y no temen a éste ni a otro vecino poderoso porque están fortificadas para que todos piensen que su toma ha de ser larga y difícil. Todas tienen fosos y murallas adecuados y suficiente artillería; tienen siempre en los almacenes públicos bebida, comida y combustible para un año entero. Además de todo esto, para tener alimentada a la gente sin detrimento del erario público, tienen en común por un año una oferta de trabajos que suponen el nervio y el pulso de la ciudad, y con cuyo producto

---

[54] De qué modo se deben medir las fuerzas de todo principado.

se nutre la plebe. Además otorgan gran importancia al adiestramiento militar, que se mantiene en virtud de una abundante reglamentación.

En suma, un príncipe que tenga una ciudad así ordenada y no se haga odiar no puede ser atacado; y aun habiendo quien lo hiciera, tendría que marcharse avergonzado, porque las cosas en este mundo cambian tanto que es imposible que alguien pueda permanecer parado con sus ejércitos en un asedio de un año. Y a quien replique que el pueblo no tendrá paciencia si tiene sus posesiones fuera y las ve arder, y que el largo asedio y el interés propio le harán olvidar al príncipe, respondo lo siguiente: un príncipe prudente y animoso superará siempre todas esas dificultades, ya dando a los súbditos esperanza de que el mal no se prolongará mucho, ya infundiéndoles temor de la crueldad del enemigo, ya librándose con habilidad de quienes parezcan demasiado insolentes. Aparte, es lógico que el enemigo incendie y devaste el territorio en cuanto llega, justo en el momento en que los ánimos de los hombres están más encendidos y voluntariosos para la defensa. Precisamente por eso no debe dudar el príncipe, porque después de algunos días los ánimos se enfrían, los daños están ya hechos, se aceptan los males y ya no hay remedio para ellos; y es entonces cuando más desean unirse a su príncipe, como si debiese sentirse obligado con ellos, una vez quemadas sus casas y arruinadas sus posesiones por haberlo defendido. Y es que resulta natural entre los hombres sentirse tan obligado por los beneficios que se dan como por los que se reciben. Por lo que, si se considera bien todo, no resultará difícil a un príncipe mantener firmes los ánimos de sus ciudadanos en el asedio mientras no les falte para vivir y para defenderse.

XI. *De principatibus ecclesiasticis* [55]

En este momento sólo nos queda estudiar los principados eclesiásticos. En ellos todas las dificultades se dan antes de poseerlos, porque se consiguen por virtud o por fortuna, y se man-

[55] De los principados eclesiásticos.

tienen sin la una ni la otra. Y es que se apoyan en inveteradas leyes de la religión, tan poderosas y eficaces que mantienen a sus príncipes siempre en el poder, sea cual sea su proceder y su forma de vivir. Son los únicos que tienen estados que no defienden y súbditos a los que no gobiernan; y los estados, con estar indefensos, no se los arrebatan, y sus súbditos, con no estar gobernados, ni se preocupan, sin expectativa ni posibilidad de liberarse de su dominio: sólo estos principados son seguros y prósperos. Pero, como están regidos por principios superiores que la mente humana no alcanza, dejaré de hablar de ellos, pues sería propio de un presuntuoso y temerario tratar de algo exaltado y mantenido por Dios[56].

No obstante, alguien podría preguntarme cuál es el origen de la grandeza de la Iglesia en lo temporal, pues, antes de Alejandro, los italianos poderosos (y no sólo los poderosos, sino cualquier noble o señor, por muy poco importante que fuera) la tenían en poca consideración en lo terrenal; y ahora hasta el rey de Francia tiembla ante una Iglesia que ha logrado echarlo de Italia y arruinar a los venecianos. Estos hechos, por muy conocidos que sean, no me parece superfluo rememorarlos en buena parte.

Antes de que el rey Carlos de Francia pasase a Italia, ésta se encontraba bajo el control del papa, los venecianos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los florentinos. Estas potencias tenían dos preocupaciones principales: una, que ningún extranjero entrase en Italia con sus ejércitos; la otra, que ninguna de ellas ampliase sus dominios. Los que causaban mayor preocupación eran el papa y los venecianos. Para contener a los venecianos, era necesaria la unión de todos los demás, como ocurrió en la defensa de Ferrara[57], y para someter al papa, se servían de los feudatarios de Roma[58]. Éstos, divididos en las

---

[56] Una vez más, Maquiavelo hace gala de una fina ironía en un análisis hecho en clave totalmente laica. Véase nota 33.

[57] Como ya referimos en el estudio preliminar, en 1482 la agresión de los venecianos contra Ferrara dio lugar a la alianza de Milán, Florencia y Nápoles contra la república Serenísima.

[58] *Baroni* en el original. Se trata de feudatarios, no obstante en el resto del capítulo lo traduciremos como «barones» aprovechando el significado

facciones de los Orsini y los Colonna, daban pie a continuos altercados, y empuñando las armas a la vista del papa, mantenían su pontificado débil y enfermo. Y aunque en alguna ocasión surgiese un papa animoso, como Sixto[59], ni su fortuna ni su saber lograron jamás librarlo de este estorbo. Esto ocurría en razón de la brevedad de su mandato, pues, en los diez años que duraba de media un papado, a duras penas lograban poner en su sitio a una de las dos facciones. Si uno, por ejemplo, había casi anulado a los Colonna, le sucedía otro, enemigo de los Orsini, que hacía resurgir a aquéllos, sin tiempo ya para aniquilar a éstos. Ello provocaba que el poder temporal del papa gozase de poca estima en Italia.

Surgió después Alejandro VI, que demostró más que ningún otro pontífice cuánto podía prevalecer el Papado con la ayuda del dinero y de las tropas; y por medio del duque Valentino, con motivo de la venida de los franceses, hizo todo lo que anteriormente he narrado en las acciones del duque. Y si bien sus intenciones no fueron engrandecer la Iglesia, sino al duque, lo que hizo redundó en la grandeza de la misma, que, tras su muerte y la del duque, fue la heredera de sus esfuerzos.

Vino después el papa Julio[60] y encontró una Iglesia grande, dueña de toda la Romaña y libre de los barones de Roma y sus facciones, vapuleadas por Alejandro. Encontró todavía fácil acceso a aquel modo de acumular dinero jamás usado antes de su predecesor[61]. Y Julio no sólo mantuvo toda esta herencia, sino que la acrecentó. Pensó en ganarse Bolonia, aniquilar a los venecianos y expulsar a los franceses de Italia. Todas estas empresas las alcanzó, y con tanto más honor para

---

que hoy tiene la palabra en el ámbito político, y teniendo en cuenta que hablamos de jefes de una facción. (N. del T.)

[59] Sixto IV, papa entre 1471-1484, procuró robustecer el poder temporal de los pontífices en los estados de la Iglesia. Además creó una auténtica corte principesca y se convirtió en un mecenas. Favoreció a sus parientes cuanto pudo y, así, hizo cardenales a seis sobrinos, entre ellos a Giuliano della Rovere, Julio II al acceder al papado.

[60] Maquiavelo pasa por alto el breve pontificado de Pío III. Véase estudio preliminar.

[61] Se trata de la venta de cargos eclesiásticos.

él cuanto que hizo todo por engrandecer la Iglesia y no a un particular. Mantuvo las facciones Orsini y Colonna en el estado en que las encontró; y aunque entre ellas surgiese algún cabecilla que pudiese alterar la situación, no se movieron por dos razones: primera, la grandeza de la Iglesia, que los asustaba; segunda, el no disponer de cardenales, origen de aquellos altercados. Pues jamás se mantendrán en calma estos bandos mientras cuenten con cardenales, visto que éstos alimentan las facciones en Roma y fuera de ella, y los barones se ven forzados a defenderlas; y así, de la ambición de los prelados, nacen las discordias y tumultos entre los nobles.

Ha encontrado, pues, Su Santidad el papa León un pontificado poderosísimo; de él se espera que, al igual que sus antecesores lo engrandecieron con las armas, lo haga aún más grande y venerable con su bondad e infinitas virtudes.

XII. *Quot sunt genera militiae et de mercenariis militibus* [62]

Después de tratar con pormenor todas las cualidades de los principados que en el comienzo de mi obra me propuse estudiar, consideradas en buena parte las causas de su éxito o fracaso, y mostrados los medios con los que muchos han procurado conseguirlos y mantenerlos, me resta ahora tratar *grosso modo* los ataques y defensas que en cada uno de ellos se pueden dar.

Hemos hablado antes de la necesidad del príncipe de levantar buenos cimientos, pues, de lo contrario, labraría forzosamente su ruina. Los principales cimientos que tienen todos los estados –los nuevos, los antiguos y los mixtos– son las buenas leyes y las buenas armas. Como no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas y, donde hay buenas armas, las leyes son necesariamente buenas, dejaré de lado el estudio de estas últimas y hablaré de las primeras.

Digo, pues, que las tropas con las que un príncipe defiende su estado son propias, mercenarias, auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas. Si alguien

---

[62] De los diferentes tipos de ejército y de las tropas mercenarias.

ha fundado su estado con tropas mercenarias, no se encontrará jamás asentado ni seguro: son desunidas, ambiciosas, indisciplinadas, desleales, valientes entre los amigos y cobardes ante el enemigo; ni tienen temor de Dios ni lealtad con los hombres; con ellas se difiere la derrota en tanto se difiere el ataque; en la paz te expolian ellas; en la guerra, los enemigos. La razón es que no tienen otro anhelo ni otra motivación que las mantenga en el campo de batalla que no sea una triste soldada, insuficiente para que deseen morir por ti. Desean ser tus soldados mientras no hagas la guerra; pero, en el momento que ésta llega, o te abandonan o huyen. Hacer entender esto no debería costarme mucho esfuerzo, porque la actual ruina de Italia no está causada más que por haber confiado por muchos años en tropas mercenarias. Éstas, en el pasado, dieron cierto resultado para algunos, y hasta parecían valerosas ante sus semejantes; pero, cuando llegó el extranjero, mostraron lo que eran. Por eso se consintió que el rey Carlos de Francia tomase Italia con un trozo de yeso[63]. Y quien dijo que nuestros pecados habían propiciado el desastre dijo verdad, aunque no se trata de los que él creía, sino de los que acabo de referir, y como eran pecados de príncipes[64], también ellos han pagado su culpa.

Quiero demostrar mejor aún la ineficacia de estas tropas. Los condotieros o son valientes guerreros o no. Si lo son, no te puedes fiar de ellos, supuesto que siempre aspirarán a la grandeza propia atacándote a ti, que eres su señor, o atacando a otros fuera de tus intenciones; si no es valeroso, lo normal es que te arruine. Y quien responda que cualquiera que tenga las armas en la mano actuará de la misma manera, sea mercenario o no, le replicaré con el gobierno que ha de dar a las armas un príncipe o una república. El príncipe debe ir a la guerra en persona y asumir el cargo de capitán; la república tiene

---

[63] Frase atribuida a Alejandro VI, porque con tiza se marcaban las casas donde se hospedaban los soldados del rey a lo largo de toda la marcha. Alude a la nula resistencia que se le puso a su paso.

[64] Maquiavelo alude a la condena del predicador dominico Savonarola. Véase estudio preliminar.

que mandar a uno de sus ciudadanos, y si manda a uno que no resulte valiente, debe sustituirlo; si es valeroso, ha de frenarlo con las leyes para que no se extralimite. La experiencia nos muestra que los príncipes y las repúblicas sólo logran victorias extraordinarias con sus armas y que los ejércitos mercenarios no hacen nada más que daño. Además, es más difícil que se someta a la obediencia de uno solo de sus ciudadanos una república armada con sus propias tropas que armada con tropas ajenas.

Permanecieron Roma y Esparta muchos siglos armadas y libres. Los suizos están muy armados y son muy libres. Tenemos como ejemplo de uso de tropas mercenarias en la antigüedad a los cartagineses, que, al terminar la primera guerra con los romanos, por poco no acabaron en manos de sus propios soldados mercenarios aun teniendo como jefes a sus propios ciudadanos[65]. Después de la muerte de Epaminondas, Filipo de Macedonia fue nombrado por los tebanos capitán de su ejército y, tras la victoria, les arrebató la libertad[66]. Los milaneses, muerto el duque Filippo, tuvieron a sueldo a Francesco Sforza para que luchara contra los venecianos. Éste, luego de superar a los enemigos en Caravaggio, se unió a ellos para atacar a los milaneses, sus señores. Sforza, su padre, estando a sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de repente desarmada; por lo que ella, para no perder el reino, se vio obligada a echarse en brazos del rey de Aragón.

Si los venecianos y florentinos en el pasado acrecentaron su poder con este tipo de armas y sus capitanes no quisieron convertirse en príncipes, sino que defendieron siempre a sus señores, respondo que, en este caso, los florentinos se vieron

---

[65] El levantamiento mercenario duró del 241 a.C. al 237 y facilitó la ocupación de Cerdeña por Roma, que en el 238 había vuelto a declarar la guerra a Cartago.

[66] Maquiavelo hace referencia a Epaminondas (*ca.* 418-362 a.C.), el célebre caudillo tebano que puso fin a la hegemonía espartana en Grecia, y a Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro Magno (*ca.* 382-336 a.C.), que comenzó a reinar hacia el 356 a.C. Bajo Filipo los macedonios impusieron su dominio sobre los griegos, pero antes tuvieron que doblegar la resistencia de los atenienses y los tebanos (Queronea, 338).

favorecidos por la fortuna; porque, de los capitanes valerosos que podían temer, algunos no vencieron, otros encontraron oposición y otros dirigieron su ambición a otra parte. El que no venció fue Giovanni Acuto, cuya lealtad no puede saberse justamente por eso[67]; mas todos reconocerán que con su victoria se habrían encontrado los florentinos a su merced. Sforza tuvo como rivales a los hombres de Braccio, con lo que se sometieron a mutuo control: Francesco volcó su ambición en Lombardía; Braccio, contra la Iglesia y el Reino de Nápoles.

Pero vayamos a lo que ha sucedido recientemente. Los florentinos nombraron capitán a Paolo Vitelli, hombre prudentísimo que como simple particular se había labrado una grandísima reputación. Si éste hubiera conquistado Pisa, nadie negará que los florentinos habrían quedado necesariamente a su merced; porque, si pasaba a servir a sus enemigos, no tenían remedio y, si lo mantenían con ellos, tenían que obedecerle. Si se considera la actuación de los venecianos, se verá que obraron con gloria y seguridad mientras hicieron la guerra con sus propias fuerzas (que fue antes de que trasladasen sus empresas a tierra firme), cuando con sus nobles y el pueblo armado actuaron con gran virtud; mas, al comenzar a combatir en tierra, abandonaron aquella actitud y siguieron los usos de las guerras de Italia. Y en el inicio de su expansión terrestre, con un pequeño estado y una gran reputación, no tenían nada que temer de sus capitanes. Pero, cuando consolidaron dicho dominio (que fue bajo el mando del Carmagnola), tuvieron buena prueba de su error[68]; porque, después de haberlo visto lleno de valor y haber batido a sus órdenes al duque de Milán, supieron de su desgana en la guerra, y repararon en que con él

---

[67] Giovanni Acuto, nombre italianizado de John Hawkwood, caballero inglés formado militarmente en los campos de batalla de Francia durante la Guerra de los Cien Años. En 1364 comenzó a luchar en Italia con su Compañía Blanca. Sirvió a Pisa, a la Iglesia y a Florencia.

[68] El condotiero piamontés Francesco Bussone (1390-1432), adoptó el nombre de su pueblo natal, Carmagnola. Luchó a favor del duque de Milán y después bajo las banderas de Venecia. En 1427 venció a los milaneses en Maclodio, pero sus posteriores fracasos levantaron la sospecha de un entendimiento con su antiguo señor y fue ajusticiado por los venecianos.

ya no podrían volver a vencer –puesto que no lo deseaba– y en que tampoco podían licenciarlo para no perder lo que habían conquistado; por ello se vieron forzados a buscar su seguridad matándolo. Después tuvieron como capitanes a Bartolomeo de Bérgamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y personajes semejantes, de los que debían temer más lo perdido que lo ganado: en Vailate[69], en una sola jornada, perdieron lo que habían conquistado en ochocientos años con tanto esfuerzo. Y es que de este tipo de tropas nacen sólo lentas, tardías y endebles conquistas, mas súbitas y asombrosas derrotas.

Ya que he venido con estos ejemplos a Italia, que ha sido durante muchos años gobernada por tropas mercenarias, quiero tratarlas con ejemplos más antiguos para que, vistos su origen y evolución, se puedan corregir mejor sus defectos.

Tenéis, pues, que saber que en estos últimos tiempos, tan pronto como el Imperio comenzó a ser expulsado de Italia y el papa aumentó su reputación en lo temporal, Italia se fragmentó en más estados. Muchas ciudades importantes tomaron las armas contra sus nobles, que las habían oprimido con el apoyo del emperador, y la Iglesia las favorecía para darse renombre en lo temporal; en otras muchas ciudades llegaron a príncipes sus ciudadanos. De ahí que, estando Italia prácticamente en manos de la Iglesia y de ciertas repúblicas, y siendo hombres del clero los unos y ciudadanos ajenos a las armas los otros, comenzaran a asoldar militares foráneos. El primero que dio prestigio a estos ejércitos fue un romañolo, Alberigo de Cunio. De su escuela surgieron entre otros Braccio y Sforza, árbitros de Italia en su tiempo. Después de éstos vinieron todos los restantes que han comandado estas tropas hasta nuestros días. Y el resultado de su valentía ha sido que Italia se ha visto invadida por Carlos, saqueada por Luis, forzada por Fernando y mancillada por los suizos.

---

[69] En la batalla de Vailate (Vailà) o Agnadello (14 de mayo de 1509) los venecianos fueron derrotados por las tropas francesas de la Liga de Cambrai (el emperador, Fernando el Católico, Luis XII de Francia y el papa Julio II). Esta cruenta acción supuso la pérdida de todos los territorios continentales *(Terra Ferma)* de los venecianos.

La táctica seguida en primer lugar fue desacreditar a la infantería para darse reputación a ellos mismos. Hicieron esto porque, sin estado propio ni otro oficio que las armas, unos pocos infantes no les daban prestigio, y un número suficiente no lo podían mantener; con lo que se limitaron a la caballería, más asequible en número y con la que hicieron compatibles mantenimiento y prestigio. Las cosas habían llegado a tal punto que, curiosamente, un ejército de veinte mil soldados no llegaba a contar con dos mil infantes. Además de esto, se sirvieron de toda clase de tretas para librar a sus soldados y a sí mismos de todo esfuerzo y temor: no mataban en combate a otros mercenarios, sólo los hacían prisioneros y los liberaban sin rescate; de noche no atacaban las ciudades; los de las ciudades no atacaban los campamentos; los campamentos tampoco estaban circundados por empalizadas o fosos; en invierno no salían a campo abierto. Y todas estas cosas eran permitidas en un reglamento militar inventado por ellos para evitar, como he dicho, el esfuerzo y los peligros. Tanto es así que han llevado a Italia a la esclavitud y la denigración.

XIII. *De militibus auxiliariis, mixtis et propriis* [70]

Hablamos de tropas auxiliares –tan inútiles éstas como las mercenarias– cuando se llama a un poderoso que te venga a defender y ayudar con sus armas. Éste es el reciente caso del papa Julio, que, viendo en la empresa de Ferrara el triste resultado de las tropas mercenarias, se decidió por las auxiliares y acordó con el rey Fernando de España que le ayudase con su gente y ejércitos. Estas tropas pueden ser por sí mismas útiles y buenas, pero resultan casi siempre perjudiciales para quien las reclama, pues queda arruinado si pierde y, si vence, prisionero de ellas.

Aunque de ejemplos de esto están llenas las historias antiguas, no me quiero apartar del ejemplo próximo del papa Julio II, cuya decisión no pudo ser más insensata: ponerse en manos de un extranjero para obtener Ferrara. Sin embargo, su

[70] De las tropas auxiliares, mixtas y propias.

buena suerte hizo surgir un tercer factor que impidió que recogiese el fruto de su mala elección. En efecto, derrotadas sus tropas auxiliares en Rávena, aparecieron en escena los suizos, que expulsaron a los vencedores, e inopinadamente para el papa y los demás, no acabó siendo prisionero de sus enemigos dados a la fuga y tampoco de sus tropas auxiliares, pues había vencido con las armas de otros. Los florentinos, por estar totalmente desarmados, llevaron diez mil franceses a Pisa para conquistarla: les reportó más peligro que la peor de las situaciones jamás vividas. El emperador de Constantinopla[71], para enfrentarse a sus vecinos, envió a Grecia a diez mil turcos que, concluida aquella guerra, no quisieron marcharse: tal fue el principio de la esclavitud griega con los infieles.

Quien desee no lograr la victoria de ninguna manera, que se valga de estas tropas, mucho más peligrosas que las mercenarias. En las auxiliares, la conspiración está asegurada, porque constituyen un bloque supeditado a la obediencia de otros. Las mercenarias, en cambio, necesitan más tiempo para perjudicarte aunque hayan resultado vencedoras, pues no forman un todo y eres tú quien las ha seleccionado y pagado; en ellas, un tercero al que tú concedas el mando no puede conseguir de repente tanta autoridad como para ponerte en peligro. En suma, en las mercenarias es más peligrosa la desidia; en las auxiliares, el valor. Por tanto, el príncipe prudente siempre rechaza estas tropas y se inclina por las propias; prefiere salir derrotado con las suyas que vencer con las ajenas, considerando no verdadera esta clase de victoria.

Nunca vacilaré en aportar como ejemplo a César Borgia y sus acciones. Nuestro duque entró en la Romaña al frente de un ejército auxiliar compuesto totalmente por franceses, y con ellos tomó Imola y Forlí. Sin embargo, como estas tropas no le parecían seguras, optó por las mercenarias, *a priori* menos peligrosas, y asoldó a los Orsini y a los Vitelli. Y a su vez,

---

[71] Se trata de Juan Cantacuceno (1292-1383), emperador bizantino (1347-1355). Juan no dudó en llamar a los turcos para poder arrebatar el trono a Juan V Paleólogo, aunque, finalmente, este último consiguió ayuda genovesa y le forzó a abdicar.

encontrándolas en la práctica indecisas, desleales y peligrosas, las suprimió y recurrió a las propias. Y se puede comprobar fácilmente la diferencia que hay entre ambos ejércitos considerando qué diferente fue la reputación del duque cuando tenía sólo a los franceses, cuando tenía a los Orsini y los Vitelli y cuando se quedó con sus propios soldados dependiendo de sí mismo: fue cada vez mayor, hasta que alcanzó la máxima consideración cuando todos vieron que él era dueño y señor de sus armas.

No deseaba apartarme de los ejemplos italianos y recientes, mas no quiero olvidarme de Hierón de Siracusa por ser uno de los personajes a los que ya me he referido. Éste fue nombrado por los siracusanos jefe del ejército, y reparó inmediatamente en que las tropas mercenarias no eran útiles porque sus condotieros estaban hechos de la misma pasta que los nuestros; así, pareciéndole que no podía mantenerlos ni licenciarlos, mandó descuartizarlos a todos y, a continuación, hizo la guerra con sus armas y no con las ajenas. Quiero también recordar del Antiguo Testamento un ejemplo muy *ad hoc*. Tras ofrecerse David a Saúl para combatir contra Goliat, el retador filisteo, Saúl le ofreció sus propias armas para animarlo. Cuando se las hubo puesto, David las rechazó diciendo que con ellas no se podía valer bien por sí mismo y que prefería enfrentarse al enemigo con su honda y su cuchillo[72]. En fin, las armas ajenas o te están grandes o te pesan o te aprietan.

Carlos VII, padre del rey Luis XI, después de liberar Francia de los ingleses con su fortuna y su virtud, reconoció la necesidad de armarse con sus propias tropas y dispuso en su reino la organización de la caballería y la infantería. Después, su hijo, el rey Luis, suprimió la infantería y comenzó a reclutar suizos;

---

[72] Maquiavelo hace uso de David, un personaje bíblico bien conocido y con una carga simbólica especial para los florentinos, pues la conciencia popular vio en el héroe hebreo, esculpido magistralmente entre 1502-1504 por Miguel Ángel, un monumento al triunfo de la república sobre la tiranía de los poderosos Medici. De hecho, el colosal David de Miguel Ángel terminó ubicándose en la plaza de la Señoría de Florencia ante el Palazzo Vecchio, sede del gobierno republicano.

error que, teniendo continuación en su descendencia, es –como demuestran ahora los hechos– causante de los peligros de dicho reino[73]. Dando mayor crédito a los suizos, y a fuerza de suprimir por completo la infantería y someter la caballería a los mercenarios, degradó a todo su ejército; así, acostumbrados a combatir junto a los helvéticos, les parece que no pueden vencer sin ellos. De ahí que los franceses no se basten contra los suizos y, sin los suizos, ni lo intenten contra los demás.

Ha habido también en Francia ejércitos mixtos, en parte mercenarios, en parte propios. Sus tropas reunidas son mejores que las simplemente auxiliares o mercenarias, y muy inferiores a las propias. Y baste el ejemplo dicho: el reino de Francia sería invencible de haberse conservado o mejorado la organización del rey Carlos. Pero la poca prudencia de los hombres hace que emprendan cosas que, por saber todavía a novedad, no permiten notar el veneno que traen debajo; como en las fiebres héticas, de las que ya he hablado antes. Por tanto, quien en su principado no reconoce los males cuando nacen no es verdaderamente prudente, y esto es dado a pocos. Y si buscamos la causa primera de la ruina del Imperio romano, veremos que fue únicamente haber reclutado a los godos; porque, desde ese momento, empezaron a debilitarse las fuerzas del Imperio y todo aquel valor del que se le privaba se concedía a ellos.

Llego a la conclusión, pues, de que sin disponer de ejércitos propios ningún principado está seguro; al contrario, está totalmente ligado a la fortuna por no existir el valor y la fe que lo puedan defender en la adversidad. Y fue siempre opinión y sentencia de los sabios «*quod nihil sit tam infirmum aut instabile quam fama potentiae non sua vi nixa*»[74]. Y los ejércitos

---

[73] Maquiavelo hace alusión a la derrota infligida por los suizos a los franceses en Novara el 6 de junio de 1513. Como consecuencia de ella, las tropas de Luis XII debieron abandonar Italia. Poco más tarde, el 16 de agosto, el ejército francés fue derrotado en suelo galo por Enrique VIII de Inglaterra (Guinegate). Sobre el problema de los mercenarios, véase el estudio preliminar.

[74] «[...] que nada es tan inseguro o inestable como una reputación de poder no fundada sobre fuerzas propias...» Cita de memoria a Tácito en *An-*

propios son aquellos que están compuestos por súbditos, ciudadanos o siervos tuyos; los restantes son mercenarios o auxiliares. El modo de organizar los ejércitos propios es fácil de conocer si se estudia el de los cuatro personajes que acabo de citar, y se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes se armaron y organizaron. A todo ello me remito por completo.

XIV. *Quod principem deceat circa militiam* [75]

Un príncipe, pues, no debe tener otro objetivo ni otro pensamiento, ni ha de tomar cosa alguna bajo su control que no sea la guerra, sus tácticas y sus reglas; porque éste es un arte que se supone únicamente a quien manda[76]. Y es tan eficaz que no sólo mantiene a los que han nacido príncipes, sino que hace muchas veces que los simples particulares asciendan a esa categoría. Por el contrario, vemos que, cuando los príncipes piensan más en delicadezas que en las armas, les arrebatan sus estados. Éstos se pierden, primeramente, por descuidar el arte de la guerra y se conquistan, justamente, profesando tal arte.

Francesco Sforza, por estar armado, pasó de particular a duque de Milán; sus descendientes, por escapar de la incomodidad de las armas, de duques pasaron a simples particulares[77]. Porque uno de los males que arrastra estar desarmado es que te hace despreciable, que es una de las deshonras de las que un príncipe se debe guardar, como más adelante se dirá. No puede haber armonía entre un servidor armado y un señor desar-

---

nales, XIII, 19, «nihil rerum mortalium tam instabile ac fluxum est quam fama potentiae non sua vi nixae».

[75] De lo que conviene hacer al príncipe respecto a la milicia.

[76] Maquiavelo coincide con los teóricos de la monarquía dinástica en el papel primordial del príncipe como defensor de la comunidad y con el deseo de los reyes de monopolizar el uso de la fuerza. De hecho, los monarcas han continuado hasta nuestros días ostentando el cargo de comandantes en jefe de las respectivas fuerzas armadas. Por otro lado, recordemos que, para Maquiavelo, el ejército es, junto con el pueblo, una de las dos columnas que sostienen el poder del príncipe.

[77] Véase nota 11.

mado, pues lo lógico no es que el hombre armado obedezca de buena gana al desarmado, y que el desarmado se encuentre seguro entre subordinados con armas; porque, dándose en un caso el desprecio y en el otro la sospecha, es imposible que actúen conjuntamente. Un príncipe que no entienda de ejércitos no puede ser considerado por sus soldados ni fiarse de ellos, sin olvidar otras desgracias que ya hemos dicho.

Por tanto, no debe jamás apartar del pensamiento el ejercicio de la guerra, y en la paz ha de ejercitarse más aún que en la guerra, cosa que puede hacer de dos maneras: con las obras y con la mente. Respecto a las obras, además de tener bien organizados y preparados a sus soldados, debe participar siempre en las cacerías para acostumbrar el cuerpo a las incomodidades y, al tiempo, conocer la naturaleza de los lugares observando dónde se alzan las montañas, dónde se abren los valles, por dónde se extienden las llanuras y cómo son los ríos y ciénagas; todo ello con la máxima atención. Tal conocimiento es útil en dos sentidos: primero, aprende a conocer su estado y a entender mejor su defensa; segundo, mediante el conocimiento práctico de estos lugares, facilita la comprensión de cualquier otro lugar que tenga que explorar de nuevo. Porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y las ciénagas que hay, por ejemplo, en Toscana tienen ciertas similitudes con los de otras regiones; de forma que, del conocimiento de un territorio, se puede llegar fácilmente al conocimiento de los demás. Y al príncipe que le falta esta pericia le falta lo primero que desea tener todo capitán; porque enseña a salir al encuentro del enemigo, encontrar donde acampar, guiar los ejércitos, planificar las batallas y asediar las ciudades con ventaja propia.

A Filipómenes[78], príncipe de los aqueos, entre otras alabanzas que le otorgan los historiadores está el que en tiempos de paz no pensaba en otra cosa que en el arte de la guerra. Cuando estaba en el campo con sus amigos, frecuentemente se paraba y reflexionaba con ellos: «Si los enemigos se encontraran sobre esa colina y nosotros nos encontrásemos aquí

[78] Filipómenes (253-183 a.C.) fue caudillo de la Liga Aquea.

con nuestro ejército, ¿quién de los dos tendría ventaja?; ¿cómo se podría salir a su encuentro conservando el orden de batalla?; ¿si quisiéramos retirarnos, cómo deberíamos hacerlo?; ¿si se retirasen ellos, cómo habríamos de seguirles?» Y mientras proseguían el camino, les planteaba toda la casuística que se puede encontrar un ejército. Escuchaba sus opiniones; él decía la suya y la apoyaba con sus razonamientos; de modo que, gracias a estas continuas reflexiones, no podía jamás surgir un imprevisto para el que no tuviese solución cuando él guiaba los ejércitos.

En cuanto a ejercitar la mente, debe el príncipe leer historia y de ella tomar en consideración las acciones de los hombres sobresalientes, ver cómo se condujeron en la guerra, y examinar las causas de sus victorias y de sus derrotas para poder huir de éstas e imitar aquéllas. Y, sobre todo, que haga lo que con anterioridad han hecho los personajes más sobresalientes: tomar como modelo de imitación todo hombre merecedor de alabanza y gloria, y tener siempre presentes sus hazañas y modos de actuar; como se dice de Alejandro Magno, que imitaba a Aquiles; César, a Alejandro; Escipión, a Ciro. Todo el que lea la vida de Ciro escrita por Jenofonte reconocerá, a continuación, en la vida de Escipión, cuánta gloria le reportó aquella imitación y cuánto se formó, con la lectura de aquellos escritos, en la honestidad, la afabilidad, la humanidad y la liberalidad. Modos similares de actuar debe observar el príncipe prudente, sin permanecer jamás ocioso en tiempos de paz, sino atesorando con afán todos estos ejemplos en previsión de la adversidad; así, cuando mude la fortuna, lo encontrará preparado para resistirla.

XV. *De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur* [79]

Queda ahora por ver cómo debe comportarse un príncipe con sus súbditos y amigos. Sabedor de que muchos han escrito so-

[79] De aquellas cosas por las que los hombres y especialmente los príncipes son alabados o vituperados.

bre esto, temo que, al hacerlo yo nuevamente, me tengan por presuntuoso; sobre todo, porque en el análisis de esta materia me apartaré de los planteamientos de los demás. Pero, siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad de los hechos que a su imagen ideal. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que no se han visto ni conocido en la realidad. Porque hay tal distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien abandona lo que se hace por lo que se debería hacer aprende más rápido su ruina que su supervivencia[80]; pues un hombre que quiera hacer en todas partes profesión de bondad por fuerza se hundirá entre los muchos que no la profesan. Por ello un príncipe que quiera mantenerse como tal debe aprender a no ser necesariamente bueno, y usar esto o no según lo precise.

Dejando, pues, de lado las cosas imaginadas en torno al príncipe y pasando a las que son reales, digo que, cuando se habla de los hombres, y en particular de los príncipes, que son de una más elevada condición, se les suele distinguir con alguna cualidad que les proporciona críticas o alabanzas. O sea, que alguno es considerado liberal; algún otro, «tacaño» (por usar el término toscano, porque «avaro» en nuestra lengua es también aquel que desea tener mediante la rapiña; «tacaño» llamamos nosotros al que se abstiene en demasía de usar lo suyo). Uno es tenido por dadivoso; otro, por codicioso. Uno, por cruel; otro, por piadoso. Unos son fementidos; otros, fieles. Unos, afeminados y pusilánimes; otros, valientes y animosos. Los hay humanos y los hay soberbios. Los hay lascivos y los hay castos. Éste es íntegro; aquél, artero. Éste, severo; aquél, condescendiente. El uno es de peso; el otro, frívolo. El uno, religioso; el otro, incrédulo; etcétera.

Ya sé que todos pensarán que sería muy deseable que un príncipe tuviese, de las de arriba, justamente las cualidades

---

[80] Maquiavelo se refiere a la larga tradición que desde la Antigüedad se dedicó a describir comunidades humanas ideales. Lejos de desaparecer, en 1516 se publicó la *Utopía* (en ninguna parte) de Tomás Moro, a la cual siguieron las utopías de otros pensadores, como por ejemplo Francis Bacon *(Nueva Atlántida)* o Tommaso Campanella (*La ciudad del sol,* 1623).

buenas. Pero, ya que no se pueden tener todas ni enteramente observarlas –por la condición humana, que no lo permite–, el príncipe tiene que ser tan prudente como para evitar el descrédito de los vicios que acabarían por arrebatarle el poder y, si le es posible, guardarse de aquellos que no se lo arrebatarían; si no fuera así, que se deje llevar por ellos sin grandes escrúpulos. Y lo que es más: que no le preocupe el desprestigio causado por defectos sin los cuales difícilmente se puede salvar el principado; porque, considerándolo bien todo, siempre habrá alguna cualidad con apariencia de virtud que, si se atuviese a ella, provocaría su ruina, y alguna otra que parecerá vicio, pero que trae su seguridad y bienestar.

XVI. *De liberalitate et parsimonia* [81]

Comenzando, pues, por las primeras cualidades arriba citadas, afirmo que estaría bien ser considerado un hombre liberal[82]. Sin embargo, la liberalidad usada para adquirir tal reputación te puede perjudicar; ya que, si la usas con nobleza –que es como se debe usar–, no llega a conocerse y no te librará del descrédito de la cualidad contraria. Por tanto, si un príncipe desea mantener entre los hombres la reputación de liberal, no puede evitar algún que otro derroche. Pero, entonces, el príncipe que ha labrado su reputación exclusivamente de esta manera consumirá en tales menesteres toda su fortuna y necesitará al final, si quiere mantener la fama de liberal, gravar al pueblo con fuertes impuestos, vejarlo y hacer todo lo posible por conseguir dinero. Y esto lo hará pasar por el odio de sus súbditos, o la poca consideración de todos, hasta caer inevitablemente en la pobreza. De esta forma, tras haber perjudicado a los más y premiado a los menos con su liberalidad, se resiente con la primera dificultad y peligra con el primer problema; y si se da cuenta de ello y quiere rectificar, incurre

---

[81] De la liberalidad y la parsimonia.

[82] Liberal se emplea en el sentido de hacer uso de liberalidad, «virtud moral que consiste en distribuir uno generosamente sus bienes sin esperar recompensa». Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

inmediatamente en la fama de tacaño. Ya que el príncipe no puede usar la virtud de la liberalidad del modo dicho sin perjuicio propio, que no se preocupe, si es prudente, de la reputación de tacaño; porque con el tiempo cada vez se le considerará más liberal, cuando se vea que con su moderación le son suficientes sus ingresos, se puede defender de quien le declare la guerra y puede impulsar empresas sin gravar al pueblo. Consiguientemente, usa la liberalidad con todos aquellos a quienes no quita, que son incontables, y la tacañería con todos a quienes no da, que son unos pocos.

En nuestros tiempos sólo hemos visto a los considerados tacaños hacer grandes cosas; a los demás, resultar aniquilados. El papa Julio II, de la misma forma que se sirvió de la fama de liberal para acceder al papado, no pensó en mantenerla cuando quiso hacer la guerra. El actual rey de Francia ha llevado a cabo tantas guerras, sin exigir a su pueblo el menor impuesto extraordinario, sólo porque ha aplicado una gran moderación a los gastos superfluos. Si se hubiese considerado liberal al actual rey de España, no habría culminado y vencido tantas empresas. Por lo tanto, el príncipe, para no tener que robar a sus súbditos, para poder defenderse, para no hacerse pobre y despreciable, para no verse forzado a la rapiña, apenas debería preocuparse por caer en la reputación de tacaño, pues es uno de los defectos que le permiten reinar. Y a quien objete que César llegó al poder con la liberalidad, y que muchos otros han alcanzado grandes honores por ser liberales y considerárselos como tales, yo le respondo que o se es ya príncipe o se está en vías de serlo. En el primer caso, tal liberalidad resulta dañosa; en el segundo, es muy necesario ser considerado liberal. César era uno de los que quería llegar al principado de Roma; pero, si tras alcanzarlo hubiese sobrevivido, habría destruido el propio Imperio de no haber moderado aquellos gastos. Y a quien replicase que muchos han sido los príncipes que han realizado grandes hazañas con los ejércitos y han sido considerados liberalísimos, respondería que el príncipe gasta o de lo suyo y de lo de sus súbditos o de lo de otros; en el primer caso, debe ser parco; en el segundo, no debe excusar la liberalidad. Y un príncipe que marcha con sus ejércitos, que se nutre de boti-

nes, saqueos y rescates, maneja lo de otros y necesita esta liberalidad; de lo contrario, no le seguirían sus soldados. Y de lo que no es tuyo ni de tus súbditos puedes dar con más largueza, como hicieron Ciro, César y Alejandro; porque gastar de lo ajeno no te resta reputación, sino que la acrecienta: sólo gastar lo tuyo te perjudica. Y no hay cosa que se consuma a sí misma como la liberalidad; mientras la usas, pierdes la facultad de usarla, y te conviertes en pobre y despreciable o, por rehuir la pobreza, en rapaz y odioso. Y entre las cosas de las que un príncipe se debe guardar está el ser digno del desprecio y el odio, y la liberalidad te conduce a ello. Por lo tanto, hay más sabiduría en labrarse la reputación de tacaño, que genera una mala fama sin odio, que en necesitar –por ansiar el apelativo de liberal– la reputación de rapaz, que genera una mala fama con odio.

XVII. *De crudelitate et pietate; et an sit melius amari quam timeri, vel e contra* [83]

Pasando, a continuación, a las restantes cualidades referidas, digo que todo príncipe debe desear la fama de compasivo y no la de cruel, aunque ha de estar atento a no usar mal la compasión. Se consideraba cruel a César Borgia; no obstante, dicha crueldad había logrado regenerar la Romaña, unirla e imponerle la paz y la lealtad a su señor. Si se estudia atentamente, él fue mucho más clemente que el pueblo de Florencia, que, por evitar la fama de cruel, consintió en que se destruyera Pistoia. Que no se preocupe, por tanto, el príncipe de la reputación de cruel si mantiene a sus súbditos unidos y leales; pues, con muy pocas condenas ejemplares, resultará más piadoso que quienes, por excesiva piedad, permiten que continúen los desórdenes y, en consecuencia, las muertes o las rapiñas. Éstas suelen perjudicar a toda una comunidad; en cambio, las ejecuciones dictadas por el príncipe afectan exclusivamente a uno.

---

[83] De la crueldad y la piedad; y si es mejor ser amado que temido o viceversa.

Pero, de todos los príncipes, es el nuevo a quien le resulta prácticamente imposible obviar la fama de cruel por estar los estados nuevos llenos de peligros. Virgilio por boca de Dido dice: «*Res dura, et regni novitas me talia cogunt / moliri, et late fines custode tueri*»[84]. Con todo, debe ser ponderado en sus juicios y actuaciones, no tener miedo de sí mismo y proceder con templanza, prudencia y humanidad; de modo que el exceso de confianza no lo haga incauto y el de desconfianza, intolerable.

De esto nace una disputa; a saber: si es mejor ser amado que temido o viceversa. La respuesta es que uno desearía ser ambas cosas; mas, como es difícil conciliarlas, resulta mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres se puede decir en general que son ingratos, volubles, mentirosos e hipócritas, temerosos del peligro, ávidos de ganancias. En tanto que los beneficias, son del todo tuyos y te ofrecen la sangre, los bienes, la vida, los hijos (siempre que no los necesites, como ya he dicho); pero, cuando llegan las dificultades, miran a otra parte. El príncipe que ha basado todo su poder en la palabra de los hombres labra su ruina por encontrarse privado de una verdadera protección; porque las amistades que se consiguen por un precio, y no por la grandeza y nobleza de espíritu, se pagan, pero no se poseen, y no se pueden disfrutar cuando vence el pago[85]. Y sentimos menos temor de ofender a alguien que se haga amar que a alguien que se haga temer; ya que el amor es sostenido por un vínculo de reconocimiento que, por la mezquina condición humana, se rompe siempre en función del provecho propio. El temor, en cambio, se mantiene por un miedo al castigo que no te abandona jamás.

---

[84] «La dura realidad de los inicios de un reinado me obliga a adoptar tales medidas y a defender sólidamente mis fronteras», *Eneida,* I, vv. 562-563.

[85] Esta expresión del lenguaje comercial hace alusión a la promesa del cardenal Della Rovere de ayudar a César Borgia a mantener su tambaleante poder en la Romaña, a cambio de los votos favorables de los cardenales españoles a su candidatura papal. (N. del T.)

De todas formas, el príncipe debe hacerse temer de modo que, si no consigue el amor, evite el odio; porque es perfectamente compatible ser temido y no odiado. Esto lo conseguirá siempre que se mantenga alejado de los bienes de sus ciudadanos y súbditos, y de sus esposas. Cuando necesite matar a alguien, que sea por una causa clara y suficientemente justificada. Y, sobre todo, que se abstenga de los bienes ajenos, habida cuenta de que los hombres olvidan más rápido la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Además, los motivos para reclamar bienes no faltan nunca; y el que comienza a vivir de la rapiña siempre encuentra un pretexto para apropiarse de lo ajeno; por el contrario, son más raros los motivos para matar y escasean con más rapidez.

En cambio, cuando el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes multitud de soldados, entonces es del todo necesario que no le preocupe la fama de cruel, porque sin ella no se mantiene jamás un ejército unido y dispuesto para una operación militar. Entre las admirables actuaciones de Aníbal se cuenta que, al mando de un ejército enorme compuesto por innumerables razas humanas, se dirigió a guerrear a tierra extraña, y que durante la campaña no surgió jamás discusión alguna ni entre los soldados ni contra el príncipe, tanto en la fortuna como en la adversidad. Este hecho no se puede explicar más que por su inhumana crueldad, que junto a sus infinitas virtudes lo hizo siempre venerable y terrible ante sus soldados; y sin la crueldad, las otras virtudes no le habrían bastado para conseguir tal efecto. Y los historiadores, en esto[86], poco reflexivos admiran por una parte el resultado de esta acción, pero por otra condenan su principal causa.

Y que sus restantes virtudes no le habrían bastado se puede verificar en el caso de Escipión (hombre excepcional no sólo en su época, sino también en todo tiempo conocido), cuyos ejércitos se rebelaron en España. Esto se debió justamente a su excesiva condescendencia, por la que había otorgado a sus soldados más libertades de las convenientes a la disciplina militar.

---

[86] Es necesaria esta puntualización, porque entre dichos historiadores se encuentra su admirado Livio (Inglese). (N. del T.)

De todo ello lo recriminó en el Senado Fabio Máximo, que lo llamó corruptor de la milicia romana. Cuando los habitantes de Locres fueron saqueados por un legado de Escipión, ni fueron vengados por él ni fue castigada la prepotencia de aquel legado; todo por su bondad natural. Tanto es así que, queriéndolo excusar cierta persona en el Senado, dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben mejor cómo no errar que cómo corregir los errores. Dicha naturaleza habría enturbiado la fama y la gloria de Escipión de haber perseverado en ella en el ejercicio del mando; pero, bajo el gobierno del Senado, esta dañosa cualidad suya no sólo se ocultó, sino que le proporcionó gloria.

Retornando, pues, a aquello de ser temido y amado, concluyo que, ya que los hombres aman por voluntad propia y temen por voluntad del príncipe, éste debe basar su autoridad, si es prudente, en lo que es suyo y no en lo ajeno, e ingeniárselas –a tenor de lo expuesto– para evitar el odio.

XVIII. *Quomodo fides a principibus sit servanda* [87]

Cuán loable es que un príncipe mantenga la palabra dada y viva con integridad, y no con astucias, todo el mundo lo entiende. No obstante, vemos por experiencia que, en nuestro tiempo, los príncipes que han sabido incumplir su palabra y embaucar astutamente a los demás han hecho grandes cosas y han superado, finalmente, a los partidarios de la sinceridad.

Debéis asimismo conocer cómo son los dos modos de combatir: con las leyes o con la fuerza. El primero es propio del hombre; el segundo, de las bestias. Mas, como el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por tanto, el príncipe necesita saber luchar como las bestias y como el hombre. Este papel se lo han enseñado, veladamente, los historiadores antiguos a los príncipes cuando cuentan que Aquiles y muchos otros príncipes de la antigüedad fueron entregados al centauro Quirón para que los educase y los sometiese a su disciplina. Y el hecho de tener por preceptor a un ser mitad bestia

[87] De cómo deben los príncipes mantener su palabra.

y mitad hombre no significa sino que un príncipe precisa conocer el uso de ambas naturalezas, y que la una sin la otra no puede perdurar.

Siendo, pues, necesario usar las cualidades de las bestias, debe el príncipe tomar como ejemplo la zorra y el león; porque el león no se defiende de las trampas y la zorra no se defiende de los lobos: hay que ser zorra para conocer las trampas y león para causar temor a los lobos. Los que actúan siempre como el león no entienden el arte del estado. Por eso un señor prudente no puede, ni debe, observar la palabra dada cuando tal observancia se le vuelva en contra por no existir ya las causas que dieron lugar a la promesa. Si los hombres fueran todos buenos, esta norma no sería buena; pero, como son malos y no la respetarían contigo, tú tampoco has de respetarla con ellos, pues nunca le faltaron a un príncipe razones legítimas para justificar su inobservancia. De ello se podría dar infinidad de ejemplos actuales y mostrar cuántas paces, cuántas promesas han resultado inútiles y vanas por la infidelidad de los príncipes; y el que ha asumido mejor el papel de la zorra ha salido mejor librado. Mas es necesario saber camuflar bien esta naturaleza y ser todo un simulador y disimulador: son tan simples los hombres y obedecen de tal manera a las necesidades inmediatas que quien engañe encontrará siempre quien se deje engañar.

De los ejemplos recientes no quiero callarme uno. Alejandro VI nunca hizo ni pensó otra cosa que no fuera engañar a la humanidad, y siempre encontró un pretexto para poder hacerlo. Y jamás hubo hombre que demostrase mayor eficacia en aseverar y asegurar con los más solemnes juramentos algo que no iba a cumplir. Sin embargo, sus engaños dieron siempre el fruto deseado porque conocía bien esta cara de la realidad.

Un príncipe no ha de reunir todas las cualidades mencionadas, pero debe aparentar tenerlas. Es más: me atrevo a decir que, si las tienes y las usas siempre, son dañosas; en cambio, aparentándolas son útiles. Como, por ejemplo, parecer piadoso, fiel, humano, íntegro, religioso, y serlo en verdad; mas con la predisposición de ánimo para transformarse, cuando convenga,

en todo lo contrario. Y se ha de entender que un príncipe, y máxime un príncipe nuevo, no puede respetar todas las cosas que otorgan reputación de buenos a los hombres, y que para conservar el poder necesita a menudo actuar contra la palabra dada, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Asimismo, que disponga su ánimo a inclinarse por uno u otro proceder según le indiquen los vientos de la fortuna y la mutabilidad de las cosas, y –repito lo dicho– que no se aparte del bien si puede, pero sepa penetrar en la senda del mal si es preciso.

Debe poner el príncipe gran cuidado en que no se le escape de la boca una sola palabra que no esté llena de estas cinco cualidades, y parezca a la vista y al oído todo piedad, todo lealtad, todo integridad, todo humanidad, todo religión; y nada hay más necesario que aparentar tener esta última cualidad. Los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos[88]. A todos toca ver, «tocar» a pocos toca. Todos ven lo que pareces, pero pocos «tocan» quién eres verdaderamente, y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, que tiene de su parte la grandeza del principado. Y en todas nuestras acciones, y máxime en las de los príncipes, en cuyo caso no existe tribunal que las juzgue[89], se analizan los resultados finales.

En suma, el príncipe, que se ocupe de ganar y mantener el poder; los medios se considerarán siempre honorables y dignos de general alabanza. Y es que el vulgo se deja siempre llevar por la apariencia y el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo y unos pocos no tienen relevancia cuando la mayoría tiene donde apoyarse. Algún príncipe de nuestros tiempos, que prefiero no nombrar, no predica

---

[88] Quiere decir que juzgan más por las apariencias que por la realidad. (N. del T.)

[89] Maquiavelo enuncia una verdad sostenida por toda la tratadística monárquica. Se entiende, así, la conmoción que supuso en las cortes europeas el juicio y ajusticiamiento de Carlos I de Inglaterra en 1649, tras su derrota en la guerra civil que sostuvo contra las fuerzas parlamentarias, las cuales se arrogaban la representación del pueblo frente a un rey que había obrado tiránicamente.

más que paz y lealtad siendo el mayor enemigo de ambas; sin embargo, si hubiese respetado alguna vez cualquiera de las dos, habría perdido la reputación y el poder[90].

XIX. *De contemptu et odio fugiendo* [91]

Como ya he hablado de las cualidades más importantes que había mencionado, quiero tratar de las restantes brevemente, inspirado en este principio general: que el príncipe procure, como ya se ha dicho en parte más arriba, evitar las cosas que lo hacen odioso y despreciable; siempre que lo haga, habrá cumplido con su papel y no encontrará ningún peligro en otro tipo de desprestigio. Recuerdo que odioso lo hace sobre todo ser rapaz y usurpador de los bienes y esposas de sus súbditos, de lo cual ha de abstenerse. Los hombres, en general, siempre que no les arrebaten ni los bienes ni el honor, vivirán contentos; y entonces sólo restará combatir la ambición de unos pocos, a la cual se pone freno de diversas maneras y con facilidad.

Al príncipe lo hace despreciable el ser considerado inestable, frívolo, afeminado, pusilánime, indeciso. De todo ello se debe guardar como de un escollo, y ha de ingeniárselas para que en sus actuaciones se reconozca nobleza, coraje, ponderación, fortaleza. Que procure que, al juzgar los pleitos de sus súbditos, su sentencia sea irrevocable y su veredicto se mantenga firme para que nadie piense en engañarlo o embaucarlo.

El príncipe que da de sí esta imagen goza de gran reputación, difícilmente se conjura contra él, difícilmente recibe ataques: sólo hay que entender que es un hombre sobresaliente y respetado por los suyos. Y es que un príncipe debe tener dos temores: uno, respecto a sus súbditos, en casa; otro, respecto a las señores poderosos, fuera. De éstos se defiende con las buenas armas y con los buenos aliados, y si tiene buenas armas, nunca le faltarán buenos aliados. Las cosas de dentro siempre

---

[90] Alusión a Fernando el Católico.

[91] De cómo evitar el odio y el desprecio.

se mantendrán tranquilas cuando lo estén las de fuera, a no ser que se vean perturbadas por una conjura. Y cuando también las cosas de fuera se muevan, si él se ha preparado y vivido según lo dicho, mientras no decaiga su ánimo, podrá soportar todo ataque; tal como comentamos anteriormente que hizo el espartano Nabis.

Pero, con respecto a los súbditos, cuando las cosas de fuera no se muevan, se ha de temer que conjuren en secreto. El príncipe se asegurará en gran medida de que eso no ocurra evitando que lo odien o lo desprecien y teniendo al pueblo satisfecho de él, lo cual es imprescindible llegar a alcanzarlo, como he tratado por extenso anteriormente. Y uno de los más potentes remedios contra la conjuración es no ser odiado por la generalidad, ya que siempre el que conspira cree que con la muerte del príncipe satisface al pueblo. En cambio, si cree que lo ofende, no se animará a tomar semejante partido por ser infinitas las dificultades para los conjurados. Y por experiencia se ve que muchas han sido las conjuras y pocas han tenido buen fin, pues quien las maquina no puede estar solo y no cuenta con más compañía que la de los descontentos; y tan pronto como hayas descubierto tus intenciones a un descontento, le habrás dado ocasión de contentarse, porque siempre puede esperar sacar provecho de denunciarte. De modo que, viendo la ganancia segura en la delación y estimándola incierta o llena de peligro en la conjura, hace buena falta que sea un amigo de los que hay pocos, o un contumaz enemigo del príncipe, para que mantenga la lealtad.

Para abreviar, diré que en la parte del conjurador no hay más que miedo, recelos, un temor al castigo que lo atenaza; en la parte del príncipe, en cambio, está la grandeza de su dignidad, las leyes, la protección de sus aliados y de su estado. Así que, unido a todas estas cosas el afecto del pueblo, es imposible que alguien sea tan temerario como para conjurar. Porque, si el conspirador, de ordinario, tiene temor ante la ejecución del delito, *a fortiori* lo tendrá una vez cometido, cuando no pueda esperar refugio alguno como enemigo del pueblo.

De esta materia se podrían citar numerosos ejemplos; sin embargo, quiero limitarme a uno solo, acaecido en tiempos

de nuestros padres. Micer Annibale Bentivoglio, abuelo del actual micer Annibale, que era príncipe de Bolonia, fue asesinado a manos de los Canneschi, que habían conjurado contra él; sólo le sobrevivió micer Giovanni, a la sazón todavía en pañales. Después de tamaño homicidio, el pueblo se levantó y asesinó a todos los Canneschi. Esto se produjo gracias al afecto popular del que la casa de los Bentivoglio disfrutaba en aquel entonces. Y tan era así que, como no quedaba ningún miembro de la familia en Bolonia que pudiese asumir el poder tras la muerte de Annibale, y se tenían noticias de que en Florencia había nacido un Bentivoglio –considerado hasta entonces hijo de un herrero–, fueron los boloñeses hasta Florencia a buscarlo y le ofrecieron el mando de la ciudad, que fue gobernada por él hasta el momento en que micer Giovanni alcanzó la edad adecuada para asumir el poder.

Concluyo, por lo tanto, que un príncipe debe dar poca importancia a las conjuras mientras el pueblo le pruebe afecto; pero, cuando lo tenga en contra o le odie, que tema a cualquier cosa o persona. Los estados bien organizados y los príncipes prudentes siempre se han esforzado en no desesperar a los grandes, y en satisfacer y contentar al pueblo, supuesto que es uno de los cometidos más importantes que asumen.

Entre los reinos bien organizados y gobernados se encuentra en el momento actual Francia. En él encontramos numerosas y eficaces instituciones de las que depende la libertad y la seguridad del rey; la principal de ellas es el parlamento y su autoridad[92]. Quien reguló aquel reino conocía bien la ambición de los poderosos y su soberbia y juzgaba que era necesario ponerles un freno en la boca que los domeñase; aunque también

---

[92] Maquiavelo hace aquí una interesante apreciación sobre el Parlamento de París, cuyos orígenes se remontan al siglo XIII. El Parlamento era el tribunal supremo de la monarquía francesa, no una asamblea representativa (estados en Francia), y se ha considerado que era la expresión colectiva del rey como juez. Sus magistrados se ocupaban también de los casos relativos a la alta nobleza (los pares) y, además, se proclamaba como el principal consejo del rey. Maquiavelo advirtió, pues, cómo la intermediación del Parlamento, formado por expertos en derecho, desresponsabilizaba al rey ante los poderosos y el pueblo. Este tribunal también debía dar su visto bueno a las

conocía el odio popular hacia los grandes, debido fundamentalmente al miedo. Pues bien, como pretendía asegurarse al pueblo, quiso evitarle al rey el problema que podría tener con los grandes por favorecer al pueblo y viceversa; y creó un tercer juez que, sin responsabilidad para el rey, castigase a los poderosos y velase por los desprotegidos. Y esta institución no pudo ser mejor ni más procedente, ni causante de mayor seguridad para el rey o su reino. De esto se puede extraer otro principio importante: los príncipes deben hacer que otros apliquen los castigos para poder ejercer ellos mismos las medidas de gracia. Y concluyo nuevamente que los príncipes deben mostrar estima a los grandes sin generar el odio del pueblo.

Quizá podría parecer a muchos, tomando en consideración la vida y muerte de ciertos emperadores romanos, que son ejemplo de justamente lo contrario de mi opinión; pues, a pesar de haber vivido con gloria y haber mostrado una gran virtud, perdieron el poder o murieron víctimas de una conspiración maquinada por uno de los suyos. Con la intención de responder a estas objeciones, repasaré las cualidades de algunos emperadores e iré mostrando las causas de su ruina, que no difieren de las que he citado; a la vez destacaré los datos más importantes para quien se interese por lo ocurrido en aquellos tiempos. Creo que me bastarán todos los emperadores que ejercieron el poder entre Marco el Filósofo y Maximino; a saber: Marco Aurelio, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonino Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino[93].

Hay que destacar que, mientras los restantes príncipes tienen que combatir sólo la ambición de los grandes y la inso-

---

órdenes y edictos reales para que pudiesen entrar en vigor y era considerado como el guardián de las leyes fundamentales de la monarquía. A partir del siglo XV algunos de los territorios anexionados al patrimonio del rey, como Bretaña, Normandía o Borgoña, obtuvieron un parlamento. También otras regiones de Francia contaron con parlamentos, si bien el de París fue siempre el más importante.

[93] Estos emperadores se sucedieron entre el 161 y el 238 d.C. Los soldados de la guardia pretoriana fueron los responsables del ascenso y la deposición de los demás césares citados tras el asesinato de Cómodo (192).

lencia de la plebe, los emperadores romanos tenían una tercera dificultad: la de estar obligados a soportar la crueldad y avidez de los soldados. Esto resultaba tan complicado que fue la causa de la ruina de muchos de ellos, pues era casi imposible satisfacer al mismo tiempo a la plebe y a la soldadesca. El pueblo amaba la tranquilidad y por eso querían príncipes discretos. Los soldados amaban al príncipe de espíritu marcial y que fuese osado, despiadado y rapaz; cosas que deseaban que usase contra el pueblo para así tener doble soldada y desahogar su avidez y crueldad. Todo ello hacía que aquellos emperadores que no tuviesen, por dotes naturales o adquiridas, una gran reputación –con la cual frenar a uno y otro grupo– cayeran siempre en desgracia; y la mayoría de ellos, máxime los que accedían al principado como hombres nuevos, conocida la dificultad de conciliar tan opuestos humores[94], se dedicaban a satisfacer a los soldados sin importarles ofender al pueblo. Era necesario tomar dicho partido porque, no pudiendo evitar el príncipe ser odiado por alguien, debe esforzarse, ante todo, en no granjearse el odio de los distintos grupos sociales; cuando no consigan esto, deben ingeniárselas por todos los medios para evitar el odio del grupo de los poderosos. Pero aquellos emperadores, que por ser nuevos tenían necesidad de favores extraordinarios, se arrimaban a los soldados más que al pueblo llano, lo que les acababa resultando más o menos útil según la consideración que sabía mantener aquel príncipe entre las tropas.

A todas estas causas se debió que Marco, Pertinax y Alejandro, todos ellos de vida sencilla, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benevolentes, tuvieran –a excepción de Marco– un triste fin. Sólo Marco vivió y murió colmado de honores, porque accedió al poder por derecho hereditario y no tuvo que hacerse reconocer ni por el pueblo ni por los soldados[95]; además, como le adornaban muchas virtudes

---

[94] Véase nota 50.

[95] En realidad, ya el emperador Adriano había adoptado y nombrado como sucesor a Antonino Pío, quien, a su vez, adoptó por consejo de Adriano a Marco Aurelio cuando éste tenía diecisiete años. Al llegar a la mayoría

que lo hacían respetable, siempre, mientras vivió, mantuvo en su sitio a ambos estamentos, y no fue jamás odiado o despreciado. En cambio, Pertinax fue nombrado emperador contra el deseo de los soldados. Éstos, acostumbrados a una vida de excesos con Cómodo, no pudieron soportar aquella honestidad a la que Pertinax los quería someter, con lo que al desprecio por su vejez se sumó el odio; en consecuencia, fracasó en los primeros compases de su mandato.

Es, pues, momento de señalar que el odio se conquista tanto con las buenas como con las malas obras, y que –como ya se ha dicho– si un príncipe quiere mantener el estado, se verá forzado a no ser bueno; porque, cuando el estamento que consideres vital para mantenerte (sea el pueblo, los soldados o los grandes) está corrompido, te conviene seguirle la corriente para satisfacerlo, con lo que las buenas obras se convierten en tus enemigas.

Mas centrémonos en Alejandro. Fue de tan buena voluntad que, entre los elogios que se le otorgan, se encuentra que durante sus catorce años en el poder nadie fue ejecutado sin juicio. Sin embargo, considerado un hombre afeminado que se dejaba gobernar por su madre, cayó en el desprecio, conspiró contra él el ejército y lo asesinó.

Por el contrario, repasando ahora las cualidades de Cómodo, Severo, Antonino Caracalla y Maximino, los encontraréis extremadamente crueles y rapaces; pues, para satisfacer a los soldados, no excusaron injuria alguna que se pudiese cometer contra el pueblo; y todos ellos, excepto Severo, tuvieron triste fin. Tantas fueron las virtudes de éste último que pudo reinar siempre felizmente con el apoyo de los soldados y pese a los agravios que infligió al pueblo. Y es que dichas virtudes lo presentaban ante soldados y pueblos de modo tan admirable que

---

de edad, Marco gobernó conjuntamente con su padre adoptivo. Marco Aurelio fue sucedido por su hijo Cómodo (180-192 d.C.), que se creía la reencarnación de Hércules y Mitra. Tras su asesinato se abrió un período de anarquía militar hasta que Septimio Severo consiguió hacerse con el poder (193-211). Septimio proclamó una adopción ficticia por Marco Aurelio para legitimar su acceso al trono.

éstos permanecían –por así decirlo– atónitos y estupefactos, y aquéllos, respetuosos y satisfechos. Y dado que sus actuaciones fueron grandes y notables para un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente en qué medida supo representar bien los papeles de la zorra y el león, comportamientos –dicho está– que debe saber imitar el príncipe.

Conocedor Severo de la desidia del emperador Juliano, persuadió a su ejército, que capitaneaba en Eslavonia[96], de la conveniencia de partir hacia Roma para vengar la muerte de Pertinax a manos de los pretorianos. Y con este pretexto, sin dar muestras de sus aspiraciones al poder, dirigió su ejército contra Roma y llegó a Italia antes de que se tuviese noticia de su partida. Una vez en Roma, el Senado, atemorizado, decretó su nombramiento como emperador; de Juliano, su muerte. Tras estas actuaciones iniciales, restaban dos dificultades a Severo para enseñorearse de todo el estado: la primera, en Asia, donde Nigro, jefe de los ejércitos allí destacados, se había autoproclamado emperador; la segunda, en Occidente, donde Albino aspiraba igualmente al poder. Juzgando peligroso mostrarse abiertamente enemigo de ambos, determinó atacar a Nigro y engañar a Albino. Así pues, comunicó a éste por escrito que, tras ser proclamado emperador por el Senado, quería compartir tal dignidad con él; le remitió el título de césar[97] y, previa deliberación del Senado, lo aceptó como colega: Albino dio crédito a todo aquello. Pero, tras la derrota y muerte de Nigro a manos de Severo, apaciguados los asuntos de Oriente, retornó a Roma y ante el Senado se lamentó de que Albino, poco agradecido de los beneficios que de él había recibido, había intentado asesinarlo a traición, y que por ello se veía obligado a ir a castigar su ingratitud. A continuación, partió hacia Francia a su encuentro y le arrebató el poder y la vida. Pues bien, quien examine pormenorizadamente las acciones de Severo lo encontrará un ferocísimo león y una astutísima zorra, y verá en él la persona que todos tememos y respetamos y que

---

[96] *Stiavonia* (en florentino) o *Schiavonia,* patria de los esclavos, era la Panonia romana.

[97] El título de césar era atribuido al heredero del trono imperial.

los ejércitos no odian, y no se maravillará de que un hombre nuevo como aquél lograra mantener un imperio tan grande; pues su grandísima reputación lo defendió siempre del odio que podrían haber concebido los pueblos a causa de sus rapiñas.

Su hijo Antonino fue también hombre de cualidades extraordinarias, que lo hacían parecer admirable al pueblo y grato a los militares. Era hombre guerrero, resistente en grado sumo a la fatiga, despreciador de todo alimento delicado y de cualquier otra molicie, lo que le proporcionaba la estima de todos los ejércitos. Sin embargo, su ferocidad fue tanta y tan inaudita (había acabado, tras una infinidad de asesinatos individuales, por matar a gran parte del pueblo de Roma y a toda Alejandría) que se hizo tremendamente odioso para todos y comenzó a ser temido incluso por aquellos que se encontraban en su entorno más cercano; conque fue asesinado por un centurión durante una campaña con sus ejércitos. Se ha de señalar a este respecto que las muertes ejecutadas deliberadamente por mentes obcecadas son inevitables para los príncipes, porque puede asesinarlos todo aquel que no tema la muerte. No obstante, el príncipe no se debe preocupar mucho de ellas por ser las menos frecuentes; que se guarde tan sólo de no perjudicar gravemente a alguien de su servidumbre, o de los que estén en su entorno al servicio del principado. Tal es el caso de Antonino, que había matado de modo ultrajante a un hermano del susodicho centurión y que, pese a significar una amenaza continua, mantuvo en su guardia personal a aquel individuo: temeraria y ruinosa decisión, como su fin demostró.

Mas pasemos a Cómodo, al que era fácil mantener el poder, ya que le había sido transmitido *iure hereditario* como hijo de Marco. Con sólo haber seguido los pasos de su padre, habría contentado a pueblos y soldados. Pero, como era de ánimo cruel y salvaje, a fin de dar rienda suelta en el pueblo a su codicia, se dedicó a ganarse a los ejércitos tolerando sus excesos. Por otra parte, no mantenía su dignidad, pues bajaba a menudo a la arena del anfiteatro a combatir con los gladiadores y hacía otras cosas muy viles y poco dignas de la majestad imperial, lo que le volvió despreciable a ojos de los soldados. Y por ser

odiado por unos y despreciado por otros, fue asesinado, víctima de una conspiración.

Nos queda relatar las cualidades de Maximino, hombre muy belicoso. Hastiados los ejércitos de la molicie de Alejandro –del que más arriba he tratado–, tras su muerte lo eligieron emperador, cargo que ocupó por poco tiempo. Dos cosas lo hicieron odioso y despreciable: una, ser de origen muy humilde, pues había guardado ovejas en Tracia (hecho de todos sobradamente conocido y causa de un rechazo general); la otra, que, mientras difirió su entrada en Roma para tomar posesión de la silla imperial, dio de sí una imagen de suma crueldad cometiendo por medio de sus prefectos numerosas sevicias, así en la capital como en cualquier lugar del Imperio. De suerte que, soliviantado todo el mundo por el desprecio hacia sus bajos orígenes y por el odio que su temible ferocidad despertaba, se rebeló primero África, luego el Senado con todo el pueblo de Roma y, finalmente, toda Italia conspiró contra él. A ello se sumó su propio ejército, que, con dificultades en el asedio de Aquilea, harto de su crueldad y, por verle tantos enemigos, libre de temor, lo asesinó.

No quiero tratar ni de Heliogábalo ni de Macrino ni de Juliano, que desaparecieron pronto por ser absolutamente despreciables[98]; en su lugar pasaré a la conclusión de esta exposición.

Y digo que los príncipes de nuestro tiempo tienen en menor grado esta dificultad de satisfacer excesivamente a los

---

[98] Heliogábalo, sacerdote del templo del dios sol (Elagábal) en Emesa, Siria, fue elegido emperador por los soldados (218-222). Famoso por sus excesos de todo tipo terminó siendo asesinado por los pretorianos. Macrino (217-218), precedió a Heliogábalo en el Imperio, al cual accedió después de ocupar el cargo de prefecto de las tropas pretorianas bajo Caracalla (211-217). Tras asesinar a éste se hizo con el poder. Macrino murió degollado por los legionarios en Capadocia luego de ser derrotado por los partos. Marco Didio Severo Juliano (193) es otro ejemplo de emperador proclamado por los pretorianos tras la eliminación de su antecesor; en este caso Pertinax (193). Sin embargo, no logró el apoyo de las provincias, en las cuales surgieron tres aspirantes. Finalmente, Septimio Severo (193-211), procedente de Panonia, se hizo con el Imperio y Juliano murió asesinado.

soldados durante su gobierno; porque, aunque se les deba cierta consideración, el problema se resuelve fácilmente por no mantener estos príncipes ejércitos inveterados en el gobierno y la administración de las provincias, como eran los del Imperio romano. Por otra parte, si entonces era necesario satisfacer más a la soldadesca que al pueblo, era debido a su mayor importancia. Actualmente, deben los príncipes, salvo el Turco y el Sultán[99], atender a los pueblos antes que a los soldados, porque ahora los primeros importan más que los segundos.

De esto exceptúo al Turco, porque siempre tiene en torno a sí doce mil infantes y quince mil jinetes, de los cuales depende la seguridad y la fortaleza de su reino, y está obligado a mantenerlos como amigos y dejar de lado cualquier otra consideración. De modo similar, el Sultán, en un reino todo en manos de soldados, ha de contar con su amistad prescindiendo del pueblo. Y tenéis que reparar en que este estado del Sultán es diferente a todos los demás principados. Es similar al pontificado cristiano, que no se puede llamar ni principado hereditario ni principado nuevo, pues no heredan el poder ni permanecen como señores los hijos del príncipe anciano, sino el elegido por quienes tienen autoridad para hacerlo[100]. Y siendo esta disposición antigua, no se puede llamar principado nuevo; porque, si bien el príncipe es nuevo, las disposiciones de aquel estado son viejas y reguladas para recibirlo como si fuese el heredero.

Pero volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que tome en consideración lo anteriormente expuesto verá que el odio o el desprecio han sido la causa de la ruina de los emperadores citados, y conocerá la causa por la que, procediendo parte de ellos así y parte de ellos, al revés, en ambos casos, unos tuvieron un

---

[99] Maquiavelo hace referencia al control de los mamelucos sobre Egipto. Los mamelucos eran unos soldados esclavos de origen turco que se impusieron a la dinastía árabe reinante en Egipto y controlaron el país como una casta militar dirigidos por un sultán desde 1252 hasta 1517. Ese año fueron sometidos por el sultán del Imperio turco Selim I (1512-1520).

[100] El papa es elegido por el colegio cardenalicio y el sultán por los jefes mamelucos. La comparación pone, de nuevo, en evidencia el carácter de gobernante temporal del papa.

final feliz y otros, desgraciado. Porque a Pertinax y Alejandro, por ser príncipes nuevos, les fue inútil y dañoso querer imitar a Marco, que estaba en el poder *iure hereditario*; de modo similar, a Caracalla, Cómodo y Maximino les fue pernicioso imitar a Severo, porque no tenían tanta virtud como para seguir sus pasos. Por lo tanto, un príncipe nuevo, en un principado nuevo, no puede imitar las acciones de Marco ni tampoco las de Severo; aunque debe tomar de éste todas las medidas necesarias para la fundación de su estado y de aquél, las que convienen y aportan gloria a un estado ya establecido y asentado.

XX. *An arces et multa alia quae cotidie a principibus fiunt utilia an inutilia sint* [101]

Algunos príncipes han desarmado a sus súbditos para mantener su estado seguro, otros han fomentado la división en bandos en las ciudades sometidas; unos han alimentado enemistades contra sí mismos, otros se han dedicado a ganarse a aquellos que levantaron sus sospechas en el comienzo de su mandato; unos han edificado fortalezas, otros las han arruinado y destruido. Si bien de todas estas cosas no se puede emitir un juicio completo (a no ser que se estudie la situación concreta de los estados que hayan adoptado la misma estrategia), con todo, trataré el asunto del modo general que la materia permite.

No se dio jamás el caso de un príncipe nuevo que desarmase a sus súbditos; antes bien, cuando los ha encontrado desarmados, los ha armado siempre. Así, esas armas se hacen tuyas, se hacen leales quienes te resultaban sospechosos, los que ya eran leales lo siguen siendo y, de súbditos, pasan a ser tus partidarios. Y ya que todos los súbditos no se pueden armar, en el momento que beneficias a los que armas, con los restantes podrás actuar con mayor seguridad: los primeros, al darse cuenta de la diferencia en el trato, se sentirán ligados a ti; los otros te lo consentirán, pues estiman necesario que merezcan

[101] De si las fortalezas y otros medios de defensa que habitualmente emplean los príncipes son útiles o no.

mejor trato los que soportan más peligro y obligaciones. En cambio, cuando los desarmas, comienzas a ofenderlos porque les muestras desconfianza por su vileza o deslealtad, lo que les hace concebir odio hacia ti. Y visto que no puedes estar desarmado, tienes que recurrir a la milicia mercenaria, que se caracteriza por lo ya expuesto; y aun cuando fuese eficaz, no puede ser tan numerosa que te defienda de los enemigos poderosos y de los súbditos sospechosos. Por tanto, según lo dicho, un príncipe nuevo, en un principado nuevo, siempre ha formado su propio ejército; y de ejemplos de esto está llena la historia.

Sin embargo, cuando un príncipe conquista un estado nuevo que se une como un miembro a su antiguo estado, entonces es necesario desarmar a tus nuevos súbditos, a excepción de los que han sido tus partidarios durante la conquista; e incluso a éstos, con el paso del tiempo, hay que hacerlos débiles y maleables, y conseguir que las armas estén sólo en manos de soldados que ya vivían en el estado que poseías primero.

Solían decir nuestros antepasados, y precisamente los que pasaban por sabios, que era muy conveniente mantener Pistoia con el odio de las facciones y Pisa con fortalezas; en consecuencia, alentaban las discordias en algunas de las ciudades dominadas por ellos para así controlarlas más fácilmente. Esto, en tiempos en que Italia estaba en cierto modo equilibrada, habrá estado bien; pero no creo que se pueda dar hoy en día como precepto. Dudo que las divisiones hagan jamás bien alguno; al contrario, cuando el enemigo se acerca, las ciudades divididas se pierden por fuerza rápidamente, pues la parte más débil se sumará siempre a las fuerzas invasoras y la otra no podrá controlar la situación.

Los venecianos, movidos, desde mi punto de vista, por las anteriores razones, alentaban a los güelfos y gibelinos en las ciudades sometidas a su poder y, aunque no permitían jamás que corriera la sangre, fomentaban entre ellos los desencuentros para que aquellos ciudadanos, tan ocupados en dirimir sus diferencias, no llegasen a unirse en su contra. Esto, como se vio después, no les sirvió para nada: tras la derrota de Vailate, parte de estas ciudades se encorajinó y arrebató a los venecianos

todo su estado. Por lo tanto, tales actitudes lo único que demuestran es debilidad del príncipe, porque en un principado fuerte jamás se permitirán divisiones de este género. Sólo son provechosas en tiempo de paz, pues por medio de ellas puedes manejar fácilmente a los súbditos; pero, cuando llega la guerra, demuestra esta concepción toda su falacia.

Sin duda, los príncipes se hacen grandes cuando superan las dificultades y los obstáculos que se encuentran. Y en verdad, la fortuna (máxime cuando quiere engrandecer a un príncipe nuevo, que tiene mayor necesidad de conquistar reputación que un príncipe heredero) hace que le surjan enemigos con quienes ha de enfrentarse para tener así ocasión de superarlos y, por la escala que éstos le tienden, poder subir más alto. Muchos juzgan, en cambio, que un príncipe sabio debe, cuando se le brinde la ocasión, fomentar con astucia alguna enemistad para que, una vez anulada, pueda conseguir de este modo más grandeza.

Han encontrado los príncipes, sobre todo los nuevos, más lealtad y provecho en los hombres que durante el inicio de su gobierno han sido considerados sospechosos que en quienes entonces inspiraban confianza. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, se apoyaba más para gobernar en los que le resultaban sospechosos que en los otros. De esto, sin embargo, no se puede hablar *grosso modo,* porque varía según el caso. Sólo diré que el príncipe siempre se podrá ganar con suma facilidad a los hombres que en los inicios de un principado le mostraron su enemistad, pero que son de aquellos que necesitan apoyos para mantenerse. Éstos se ven forzados a servirlo con lealtad en cuanto comprenden que les es necesario borrar con las obras la mala opinión que se tiene de ellos, con lo que el príncipe saca de ellos mayor beneficio que de otros que, aun sirviéndole con seguridad casi excesiva, descuidan los asuntos de su señor.

Y ya que la materia lo pide, no quiero dejar de recordar al príncipe que ha conquistado un estado nuevo con la ayuda de sus propios habitantes que considere cuáles han sido las causas que han llevado a favorecerlo a quienes lo han hecho; y si no se trata de aprecio natural hacia él, sino que estaban des-

contentos con el antiguo orden, con esfuerzo y dificultad grande se los podrá mantener como amigos, porque resulta imposible contentarlos. Y analizando los ejemplos que ofrecen los hechos antiguos y modernos acerca del porqué de esto, verá que es mucho más fácil ganarse como amigos a quienes se contentaban con el gobierno anterior aunque fuesen sus enemigos, que a quienes se hicieron sus amigos y le ayudaron a ocuparlo por no estar contentos con aquel régimen.

Ha existido siempre entre los príncipes la costumbre de construir, para mayor seguridad de su estado, fortalezas que fueran brida y freno para quienes tramasen actuar en su contra, y refugio seguro ante un ataque por sorpresa. Yo alabo este modo de defensa porque es usado desde tiempos antiguos. No obstante, en nuestro tiempo se ha visto a micer Niccolò Vitelli destruir dos fortalezas en Città di Castello para mantener aquel estado. Guidobaldo, duque de Urbino, al regresar a sus dominios –de los que había sido expulsado por César Borgia–, destruyó hasta los cimientos todas sus fortificaciones considerando que, sin éstas, difícilmente volvería a perderlo. Los Bentivoglio, en su retorno a Bolonia, actuaron de modo similar. Así pues, las fortalezas son útiles o no según las circunstancias: te pueden beneficiar a veces y perjudicar otras. Este problema lo podemos resolver en los términos siguientes: el príncipe que tenga más miedo de su pueblo que de posibles invasores, que construya fortalezas; aquel que tenga más miedo a los segundos que al primero, que las deje de lado. A la casa Sforza ha dado y dará más guerra el castillo que edificó Francesco Sforza en Milán que ningún otro problema de aquel estado. Con todo, la mejor fortificación posible es no ser odiado por el pueblo; porque, aunque tengas fortalezas, si el pueblo te odia, no te salvarán: jamás faltan a los pueblos, una vez que han tomado las armas, extranjeros que acudan en su ayuda.

En nuestro tiempo, no vemos que hayan servido a príncipe alguno, salvo a la condesa de Forlí cuando fue muerto el conde Girolamo, su esposo. Gracias a su fortaleza pudo evitar el furor popular, esperar el socorro de Milán y recuperar su estado. En aquel momento la situación no permitía que un forastero socorriese al pueblo. Pero incluso a ella le valieron de poco

las fortalezas cuando César Borgia la asaltó y el pueblo, enemistado con su señora, se alió con el invasor. Por lo tanto, en este momento y en el anterior, le habría sido más seguro no ser odiada por el pueblo que tener fortificaciones. Considerando, pues, todas estas cosas, alabaré tanto al que construya fortalezas como al que no, y criticaré a todo el que, fiándose de ellas, minusvalore el ser odiado por el pueblo.

XXI. *Quod principem deceat ut egregius habeatur* [102]

Nada causa tanto la estima de un príncipe como las grandes empresas y dar particular ejemplo de sí mismo. Nosotros tenemos en nuestro tiempo a Fernando de Aragón, actual rey de España. Éste merece prácticamente la consideración de príncipe nuevo, porque, de un rey débil, ha pasado a ser por fama y por gloria el primer rey de los cristianos. Si os paráis a considerar sus obras, las encontraréis todas grandísimas y alguna, extraordinaria. Al comienzo de su reinado atacó Granada y aquella empresa fue el pilar de su poder. Ante todo, diré que la llevó a cabo libre de otros problemas y sin temer traba alguna. Así mantuvo ocupados los ánimos de los nobles de Castilla, que, pensando en aquella guerra, no maquinaban revueltas. Él, entre tanto, adquiría reputación y poder sobre ellos sin que se diesen cuenta. Pudo sostener ejércitos con dinero de la Iglesia y del pueblo, y adiestrar mediante esta larga guerra unas tropas que, posteriormente, siempre le proporcionaron gran honra. Además de esto, para poder emprender proyectos de más envergadura, sirviéndose siempre de la religión, con piadosa crueldad, expolió y expulsó de su reino a los marranos[103]: difícil encontrar un ejemplo tan singular como

---

[102] De lo que conviene a un príncipe para ser estimado.

[103] «Aplicábase como despectivo al converso que judaizaba ocultamente». Diccionario de la Real Academia Española. Sin embargo, Maquiavelo se está refiriendo aquí a los judíos que se negaron a convertirse al cristianismo. El 31 de marzo de 1492 los Reyes Católicos decretaron la expulsión de los judíos ante las presiones del inquisidor Torquemada. Sólo los hebreos próximos a los reyes se convirtieron. Por otro lado, los verdaderos be-

deplorable. Atacó, también bajo el manto de la religión, África; realizó la campaña de Italia y, últimamente, ha atacado Francia[104]. De esta forma siempre ha tramado y ejecutado grandes cosas, que han tenido a sus súbditos maravillados, absortos y pendientes de su resolución. Y estas acciones nacen las unas de las otras sin que dé tiempo a que nadie conspire tranquilamente.

También es muy útil a un príncipe dar particular ejemplo de sí en los asuntos internos (como se cuenta que hacía micer Bernabò de Milán)[105] aprovechando la ocasión de que alguien haya obrado en sociedad de modo extraordinario, bueno o malo, para adoptar un modo de premiarlo o castigarlo que dé mucho que hablar. Y, sobre todo, un príncipe se las debe ingeniar para mostrarse en cada acción como hombre grande y de talento sobresaliente.

También gana estimación un príncipe cuando se muestra como amigo o enemigo de verdad; es decir, cuando, sin ningún disimulo, se inclina a favor de un señor en contra de otro. Tomar partido siempre resulta más útil que permanecer neutral; ya que, si dos vecinos tuyos poderosos vienen a las manos, puede

---

neficiados del expolio fueron los súbditos de los reyes, que se aprovecharon de la venta forzosa de los bienes y haciendas de aquéllos.

[104] La política de expansión africana de Fernando el Católico fue inspirada por el cardenal de Toledo Francisco Jiménez de Cisneros, quien llegó a financiar y participar personalmente en la empresa. Entre 1505-1510 cayeron en manos del rey Católico Mazalquivir, Orán, el peñón de Vélez de la Gomera y Trípoli. Después de la conquista de Nápoles (1503), Fernando, como miembro de la Liga Santa organizada en 1511 por el papa Julio II, aprovechó la ocasión para ocupar Navarra (1512), en manos de una dinastía francesa (Albret). Finalmente, el sur del reino navarro fue incorporado por Fernando a la Corona de Castilla (1515).

[105] Bernabò Visconti (1319-1385) fue uno de los tres sobrinos del arzobispo Giovanni Visconti, entre los cuales se repartió el señorío milanés al morir el prelado. Bernabò heredó la parte oriental y se hizo famoso por su tiranía y sus extravagancias. En 1385 fue encarcelado y probablemente envenenado por su sobrino Gian Galeazzo, que volvió a reunir los dominios de los Visconti e inició una política expansiva. Al parecer, durante los años en que Bernabò gobernó en solitario tras la muerte de sus hermanos (Matteo, 1355; y Galeazzo II, 1378) desarrolló una política centralizadora.

ocurrir que tengas motivos para temer al vencedor o no. Pues bien, en cualquiera de estos dos casos, te será siempre más útil tomar partido y guerrear en condiciones; porque, en el primero, si no te comprometes, serás siempre presa del que venza, con placer y satisfacción del vencido, sin razón que te ampare, ni nada ni nadie que te proteja. Y es que el vencedor no querrá amigos sospechosos y que no le ayuden en la adversidad, y el derrotado no te acogerá, pues no quisiste compartir su suerte empuñando las armas.

En Grecia entró con sus tropas Antíoco, llamado por los etolios para expulsar de allí a los romanos[106]. Mandó éste legados a los aqueos, que eran amigos de Roma, para convencerlos de permanecer neutrales; por su parte, los romanos los persuadían de tomar las armas en su favor. Se llevó este asunto a deliberación en el consejo de los aqueos, donde el legado de Antíoco intentaba convencerlos de la neutralidad, a lo que el legado romano respondió: «*Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est: sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis*»[107]. Pues lo que ocurre siempre es que quien no es tu amigo te pedirá la neutralidad y quien es tu amigo, que te decantes con las armas. Y los príncipes indecisos, para evitar los peligros presentes, siguen las más de las veces el camino neutral y, las más de las veces, labran su ruina.

Pero, cuando el príncipe se muestra gallardamente a favor de una parte, si vence aquel a quien te has unido, aunque sea poderoso y tú quedes a su disposición, él contrae una obligación contigo y surge el afecto entre ambos: los hombres no son

---

[106] Antíoco III Megas (el Grande, *ca.* 223-187 a.C.) fue el monarca seléucida que atendió el llamamiento de los etolios, descontentos del trato de los magistrados romanos. Antíoco desembarcó en Grecia y fue derrotado por los romanos en el desfiladero de las Termópilas (191 a.C.). Tras ser nuevamente vencido en Asia Menor, firmó la paz con Roma, que le obligó a renunciar a buena parte de sus posesiones en ese territorio.

[107] «En cuanto a lo que dicen ésos [los embajadores de Antíoco y los etolios] de que no debéis intervenir en la guerra, nada puede haber más lejano de vuestros intereses: seréis, sin respeto ni dignidad, premio del vencedor». Cita probablemente de memoria a Tito Livio en *Ab Urbe condita,* XXXV, 49.

tan deshonestos como para volverse en tu contra con tamaña ingratitud. Además, no hay victorias tan completas que el vencedor no tenga que guardar el menor respeto, máxime a la justicia. En cambio, si aquel a quien te has unido pierde, serás acogido por él y te ayudará siempre que pueda como copartícipe de una fortuna que puede resurgir.

Pasemos al segundo caso. Cuando los combatientes son de una categoría que no te lleve a temer al vencedor, es de mayor prudencia sumarse a uno; porque tú buscas la ruina de un contendiente con la ayuda del que debería salvarlo si fuese prudente, con lo que, al vencer – pues es imposible que con tu ayuda no venza–, pasa a depender de ti. Y aquí hay que señalar que un príncipe debe estar atento a no buscarse jamás, de no exigirlo la necesidad, un aliado más poderoso que él para atacar a otros; porque con la victoria pasará a ser, *de facto,* su prisionero, y los príncipes deben eludir en lo posible estar a merced de otros. Los venecianos, pudiéndolo evitar, se aliaron con Francia contra el duque de Milán: resultó su ruina. Cuando es ineludible (como les ocurrió a los florentinos en el ataque del papa y los españoles a la Lombardía), entonces el príncipe debe buscar pactos, por las razones ya expuestas. Y no crea jamás ningún estado que podrá siempre tomar partido con toda la seguridad; bien al contrario, con todas las dudas. Y es que está en el orden natural de las cosas que nunca se evita un inconveniente sin que se caiga en otro; mas la prudencia consiste en saber distinguirlos en clases y tomar por bueno el menos malo.

Debe un príncipe asimismo mostrarse amante del genio rodeándose de hombres de talento y otorgando honores a los más destacados en las diversas artes. Además, ha de animar a sus ciudadanos al ejercicio tranquilo de sus actividades en el comercio, la agricultura o cualquier otra profesión; y que nadie tema hacer mejoras en sus posesiones por temor a que le sean arrebatadas, o emprender un negocio por miedo a los impuestos. En este sentido, debe preparar premios para quien quiera hacer estas cosas o para todo el que piense en cómo engrandecer su ciudad o estado. Aparte de esto, en el momento adecuado del año, ha de tener entretenido a su pueblo con fiestas

y espectáculos. Y ya que toda ciudad está dividida en gremios o en barrios, debe atender a estos grupos, reunirse con ellos cada cierto tiempo, dar de sí mismo ejemplo de humanidad y munificencia, y no permitir por ello que se rebaje la grandeza de su dignidad en ningún momento.

XXII. *De his quos a secretis principes habent* [108]

No es asunto de poca importancia para un príncipe la elección de sus colaboradores, que son buenos o no según la prudencia de su señor. La primera conjetura que se hace sobre la inteligencia de un príncipe se basa en los hombres que le rodean: cuando son capaces y leales, siempre se le puede considerar prudente, porque ha sabido reconocer su capacidad y mantener su lealtad; si son de otra manera, siempre se le puede juzgar negativamente, porque el primer error ya lo ha cometido en dicha elección. No existía persona alguna que conociese a micer Antonio de Venafro, ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, que no considerase que éste era hombre de gran valía sólo por haber elegido a aquél como colaborador[109]. Y es que hay tres tipos de ingenio: el primero entiende por sí mismo, el segundo entiende por lo que otro discurre, el tercero no entiende ni por sí ni por otros. El primero es brillantísimo; el segundo, brillante; el tercero, inútil. Por tanto, si Pandolfo no se encontraba en el primer grado, necesariamente tenía que estar en el segundo. Siempre que un príncipe tenga juicio para distinguir el bien y el mal que otro hace o dice aunque no tenga en sí mismo la inventiva, reconocerá las buenas y malas obras de su colaborador, y exaltará las primeras y corregirá las segundas; con lo que éste no puede pretender engañarlo y nunca dejará de ser bueno.

---

[108] De los secretarios de los príncipes.

[109] Pandolfo Petrucci, señor de Siena entre 1500 y 1512, fue uno de los gobernantes que más impresionaron a Maquiavelo por sus dotes políticas. El canciller conoció a Petrucci y a su no menos hábil consejero, el sutil y ambiguo Antonio da Venafro, con motivo de las misiones diplomáticas que desempeñó en la corte de Siena entre 1502 y 1505.

Existe un método que no falla jamás para que el príncipe pueda reconocer al ministro capaz. Cuando veas que piensa más en sí que en ti y que en todas sus actuaciones busca su propio provecho, tal individuo no resulta jamás un buen consejero y nunca te podrás fiar de él. Porque alguien que tiene en su mano el gobierno de un principado no debe pensar jamás en sí antes que en el príncipe, ni recordarle cosas no relacionadas con sus intereses. Por otra parte, un príncipe que quiera conservar a un buen ministro ha de pensar en honrarlo, enriquecerlo, vincularlo con honores y responsabilidades para que vea que no puede estar sin su señor y para que, con tantos honores y riquezas, ya no los anhele y, con tantos cargos, tema un cambio de poder[110]. Por tanto, cuando el príncipe y su ministro siguen esta pauta, puede fiarse el uno del otro; cuando no sea así, siempre habrá un triste fin o para el uno o para el otro.

XXIII. *Quomodo adulatores sint fugiendi*[111]

No quiero descuidar un asunto importante, un error del que difícilmente se protegen los príncipes si no son muy hábiles o capaces de elegir buenos consejeros: los aduladores, de los que están las cortes llenas. Porque los hombres se complacen tanto en sus propias cosas y se engañan con ellas de tal manera que con dificultad se salvan de esta peste, y al buscar una defensa, corren el riesgo de hacerse despreciables. Y es que no hay otro método para guardarse de la adulación que comprender que los hombres no te ofenden diciéndote la verdad; pero, claro, cuando todos pueden decirte la verdad, echas en falta el debido respeto.

Por lo tanto, un príncipe prudente debe seguir un tercer camino eligiendo en su estado hombres sabios, y dar sólo a ellos plena capacidad de decirle la verdad, y sólo sobre las cuestiones que él quiera saber y no sobre otras. Pero ha de pre-

---

[110] Con lo que podría perder la influencia que tenía con su antiguo príncipe y, por otra parte, como dice Inglese, temer posibles venganzas ocasionadas por las numerosas decisiones tomadas anteriormente en su gobierno.

[111] De cómo se deben evitar los aduladores.

guntarles por cualquier cosa, oír sus opiniones y a continuación deliberar por sí mismo; y cuando se aconseje con ellos, comportarse de modo que todos se den cuenta de que cuanto más libremente se hable mejor recibidos serán. Salvando a éstos, que no oiga a ningún otro, que mire por el cumplimiento de lo decidido y se mantenga obstinado en sus propias decisiones. Quien actúa de otro modo o se estrella por culpa de los aduladores o varía en demasía su imagen por la diversidad de pareceres, lo que genera una escasa estima hacia su persona.

Quisiera aportar un ejemplo *ad hoc* de nuestro tiempo. El padre Luca, hombre de Maximiliano, actual emperador, hablando de su majestad, decía que jamás pedía consejo a nadie y que nunca hacía una sola cosa a su manera. Esto se debe a un modo de actuar contrario al descrito, pues el emperador es hombre reservado, no comparte sus designios con nadie y de nadie pide el parecer; pero, como comienzan a conocerse y descubrirse al llevarlos a cabo, surgen las críticas de los que están en torno a él y, como hombre de poco carácter, cambia de opinión. Por eso lo que hace un día lo deshace al siguiente, y así no se comprende jamás qué pretende o proyecta hacer, y nadie se puede fiar de sus decisiones.

Un príncipe, por tanto, debe aconsejarse siempre, pero cuando él quiera y no cuando otros quieran; es más: debe disuadir a cualquiera que desee aconsejarlo de lo que no ha sido preguntado. Pero él ha de ser un gran preguntón y, después, ser paciente escuchando las verdades, e incluso enfadarse si se entera de que alguien no se las dice por cierto respeto. Y muchos consideran que el príncipe con fama de prudente tiene tal reputación no por su talante natural, sino por los buenos consejos que recibe de su entorno: sin duda se engañan. Porque una regla general que no falla jamás es que un príncipe que no sea prudente por sí mismo no puede ser bien aconsejado jamás, a no ser que por casualidad delegue todo el gobierno en un solo hombre de gran prudencia. En este caso bien podría ser, aunque duraría poco porque tal gobernador le arrebataría el poder. Si se aconseja con más de uno, un príncipe que no sea prudente no tendrá jamás consejos unánimes y no sabrá por sí mismo aunarlos: cada uno de los consejeros pensará en su

propio provecho y él no podrá tener conciencia de ello ni frenarlo. Y no hay forma de que no sea así, pues los hombres siempre te resultarán malos, a menos que la necesidad los haga buenos. Conque hemos de concluir que los buenos consejos, vengan de quien vengan, han de nacer de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe, de los buenos consejos.

XXIV. *Cur Italiae principes regnum amiserunt* [112]

Lo anteriormente dicho, si se aplica con prudencia, hace parecer de antiguo linaje a un príncipe nuevo, y le da inmediatamente más seguridad y firmeza en el poder que si llevase mucho tiempo en él. Y es que se observan con más atención las acciones de un príncipe nuevo que las de un príncipe heredero, y cuando se las reconoce como virtuosas, atraen mucho más al pueblo y lo ligan a él aún más que la antigüedad de la estirpe. A los hombres los seduce más el presente que el pasado, y cuando en el presente encuentran el bien, lo disfrutan y no buscan otra cosa; más aún: buscarán toda protección para el príncipe siempre que éste no falte a sus compromisos. Y así duplicará la gloria de haber dado inicio a un principado y haberlo reforzado y adornado de buenas leyes, buenas armas y buenos ejemplos; como doble será la vergüenza de quien, nacido príncipe, haya perdido el poder por su poca prudencia.

Si examinamos a los señores que en Italia han perdido sus estados en nuestro tiempo, como el rey de Nápoles [113], el duque de Milán y otros, encontraremos en ellos: primero, un defecto común respecto a sus tropas, causado por lo que ya hemos discutido largamente; después, se verá que alguno de ellos o se ganó la enemistad del pueblo o, contando con su amistad, no se supo ganar la de los grandes. Y es que sin estos errores no se pueden perder estados con tanta fuerza como para sos-

---

[112] Por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados.

[113] Se trata de Federico I (1496-1501), a quien Fernando el Católico destronó en 1501 después de haber acordado el año anterior repartir el reino napolitano con Luis XII de Francia (Tratado de Chambord-Granada).

tener un ejército en campaña. Filipo de Macedonia[114], no el padre de Alejandro sino el derrotado por Tito Quinto, no tenía un gran estado en comparación al de romanos y griegos, que fueron los que le atacaron. No obstante, por ser un bravo militar y saber contentar al pueblo y ganarse el favor de los grandes, pudo soportar más años aquella guerra, y aunque al final perdió el dominio de alguna que otra ciudad, conservó su reino.

Por tanto, estos príncipes nuestros, con muchos años en sus principados, que no acusen a la fortuna de haberlos perdido, sino a su indolencia. No pensaron jamás en tiempos de paz que las cosas pueden mudar (común defecto de los hombres, no acordarse de la tempestad durante la bonanza); cuando después llegaron tiempos adversos, pensaron en huir y no en defenderse, y esperaron que el pueblo, harto de la prepotencia de los vencedores, los reclamase. Y esta determinación, faltando otras mejores, es buena; pero está francamente mal haber abandonado otras soluciones en beneficio de ésta, pues uno no debería jamás dejarse caer creyendo que encontrará quien lo levante. Esto puede suceder o no, y si sucede, no garantiza tu seguridad por ser este medio de defensa vil y no dependiente de ti mismo; porque sólo son buenas, son seguras, son duraderas las defensas que dependen de ti mismo y de tu virtud.

XXV. *Quantum fortuna in rebus humanis possit, et quomodo illi sit occurrendum* [115]

No ignoro que muchos han tenido y tienen la opinión de que las cosas de este mundo son gobernadas por la fortuna y por Dios de un modo tal que los hombres no pueden ya regirlas con su prudencia, y lo que es más: no tienen para ellas remedio alguno. Y por esto podrían juzgar que no compensa dejarse la

---

[114] Filipo V de Macedonia fue derrotado por el cónsul romano Tito Quinto Flaminio en la batalla de Cinoscéfalos (197 a.C). La paz firmada con Roma obligó a Filipo a renunciar a la hegemonía sobre Grecia, al pago de reparaciones de guerra y a la entrega de la flota, excepto seis navíos.

[115] De cuánto puede la fortuna en las cosas humanas y de qué modo hay que enfrentarse a ella.

piel en las cosas, sino más bien resignarse a que el destino te rija. Esta opinión goza de mayor aceptación en los tiempos presentes, habida cuenta de la gran mutabilidad de los acontecimientos que hemos visto y vemos a diario, fuera de toda humana conjetura. Y yo mismo, meditando el asunto en alguna ocasión, me he inclinado en cierta medida por ella.

Con todo, para no negar nuestro libre albedrío, sostengo que puede ser verdad que la fortuna sea árbitro de, más o menos, la mitad de todo acto humano; pero también ella nos deja gobernar la parte restante. La comparo a uno de esos devastadores ríos que, cuando se enfurecen, anegan los campos, arrasan árboles y edificios, arrancan el terreno de una parte y lo depositan en otra: todos huimos de ellos, todos cedemos ante su ímpetu sin poder hacerles frente en ninguna parte. Y aunque actúen de esta manera, eso no quita que los hombres, en momentos más serenos, no puedan poner algún remedio mediante malecones y diques; de suerte que, en una nueva crecida, fluyan canalizados o su ímpetu no sea tan desenfrenado y dañino.

De modo similar actúa la fortuna, que demuestra su poder donde no está dispuesta la virtud para resistirla, y dirige sus ataques allí donde sabe que no han sido levantados ni malecones ni diques para contenerla. Si tomáis en consideración el ejemplo de Italia, teatro de todas estas transformaciones e impulsora de las mismas, veréis que es un campo sin diques ni protección alguna; que, si ella se encontrase protegida por la virtud necesaria –como es el caso de Alemania, España y Francia–, esta riada no habría provocado unas alteraciones tan grandes o, simplemente, no habría ocurrido. Y creo haber dicho suficiente sobre cómo oponerse en general a la fortuna.

Pero, centrándome más en los detalles, diré que vemos a un príncipe prosperar hoy y arruinarse mañana sin haberlo visto cambiar su naturaleza o cualidad alguna. Creo que esto ocurre, en primer lugar, en razón de lo anteriormente tratado; es decir, que el príncipe que lo apoya todo en la fortuna fracasa cuando ésta varía. Pienso también que es afortunado aquel cuyo modo de actuar encuentra consonancia con las circunstancias del tiempo que le ha tocado vivir, e igualmente desgraciado

quien en su proceder no va de acuerdo con los tiempos. Porque vemos que los hombres, en la búsqueda del fin que todos persiguen, la gloria y la riqueza, actúan de modo diverso –con cautela o con ímpetu, con violencia o con artimañas, con paciencia o con todo lo contrario– y todos, de forma tan distinta, pueden llegar a su objetivo. Incluso en el caso de dos personas cautelosas, vemos que una culmina su plan y la otra no; e, igualmente, vemos dos, uno cauto y otro impetuoso, que obtienen el éxito con talantes tan opuestos. Esto no se explica más que por las características de la época, concordantes o no con su proceder; lo que provoca lo ya dicho: que dos personas que actúen de modo diverso puedan lograr el mismo efecto y que, de dos personas que actúen de la misma manera, una logre su fin y la otra no.

De esto depende también la mutabilidad del buen gobierno; porque, si uno actúa con cautela y paciencia, y los tiempos y las cosas se dan de forma que su mandato resulte bien, continúa prosperando; pero, si los tiempos y las cosas cambian, se arruina porque no ha cambiado en su proceder. Y no encontrarás un hombre tan prudente que se sepa acomodar a esto, bien porque no se puede desviar de sus inclinaciones naturales, bien porque resulta difícil apartarse de un camino por el que siempre habías prosperado. Y el hombre cauteloso, cuando llega el momento de pasar al ataque, no lo sabe hacer, por lo que fracasa; que, si cambiase su naturaleza con los tiempos y con las cosas, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II se condujo siempre de forma impetuosa y encontró tanto los tiempos como las cosas conformes a su modo de actuar, así que siempre le tocó en suerte el éxito. Examinad su primer ataque contra Bolonia, en vida todavía de micer Giovanni Bentivoglio. Los venecianos no estaban conformes; el rey de España, lo mismo; con Francia se encontraba tratando el asunto. Sin embargo, con su impetuoso coraje, se lanzó personalmente a dicha expedición. Esta acción dejó quietos e indecisos a España y a los venecianos; éstos, por miedo y el rey, por el deseo que tenía de recuperar todo el Reino de Nápoles. Por otra parte, atrajo a sí al rey de Francia, porque éste –vista la jugada del papa– se quiso aliar con él para someter

a los venecianos, y Julio consideró que no podía negarle sus tropas sin ofenderlo manifiestamente.

Así que Julio consiguió con su imparable empuje lo que ningún otro pontífice con toda su humana paciencia habría conseguido jamás. Si él hubiese esperado a partir de Roma con los acuerdos cerrados, con todas las cosas bien organizadas –como habría hecho cualquier otro papa–, no habría logrado nada; porque el rey de Francia habría puesto mil excusas y los otros, mil temores. Eludiré sus otras actuaciones, que fueron todas similares y todas le salieron bien: la brevedad de su pontificado no le permitió experimentar lo contrario. Y es que, si hubiesen venido tiempos en los que fuera necesaria la cautela, le habrían traído consecuentemente la ruina; porque él jamás se habría desviado de los modos a que su talante natural inclinaba.

Por consiguiente, concluyo que, como la fortuna hace cambiar los tiempos y los hombres se obstinan en su modo de actuar, les van bien las cosas mientras hay consonancia con el momento y mal cuando no la hay. De todas formas, considero que es mejor ser impetuoso que cauteloso, porque la fortuna es mujer que hay que pegar y forzar si quieres tenerla debajo[116]. Y se ve que así se deja doblegar más fácilmente que en manos de los que andan con remilgos. Además, como mujer, es amiga de los jóvenes porque son menos cautos, más fieros y la tratan con más audacia.

XXVI. *Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam* [117]

Considerando, pues, todos los razonamientos anteriores y pensando para mí si en Italia corren hoy tiempos de honrar a un nuevo príncipe, y si en ella hay materia que brinde a un hombre prudente y virtuoso la ocasión de darle una forma que le honre y beneficie al conjunto de los italianos, me parece que concurren tantas circunstancias a favor de un príncipe nuevo

---

[116] Expresión dilógica que alude tanto al hecho de someterla como al de poseerla carnalmente. (N. del T.)

[117] Exhortación a asumir la defensa de Italia y liberarla de los bárbaros.

que desconozco qué tiempo hubo más propicio que éste. Pues, si –como he dicho– se necesitó la esclavitud del pueblo de Israel en Egipto para comprobar la virtud de Moisés, la opresión de los persas a manos de los medos para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, y la dispersión de los atenienses para ver la excelencia de Teseo, igualmente, para reconocer en el momento actual la virtud de un espíritu italiano, se necesitaba que Italia se viera reducida a los términos presentes: más esclava que los hebreos, más servil que los persas, más dispersa que los atenienses; sin cabeza, sin orden; golpeada, expoliada, lacerada, devastada, víctima de toda suerte de destrucción.

Y aunque hasta ahora se haya vislumbrado en algún individuo un destello que llevase a pensar que Dios le hubiese encomendado la redención de Italia, a la postre se ha visto rechazado por la fortuna en el culmen de su actuación. De manera que, como sin vida, espera quién puede ser el que sane sus heridas y ponga fin a los saqueos de Lombardía y a los expolios del Reino y de Toscana, y la cure de llagas gangrenadas tiempo ha. Vemos cómo ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de la crueldad y prepotencia bárbaras[118]. Se la ve del todo pronta y dispuesta a seguir una bandera con tal que alguien la enarbole. Y aquí y ahora no se ve en quién pueda depositar más esperanzas que en vuestra ilustre casa[119] para que, con su fortuna y virtud, favorecida por Dios y por la Iglesia –de cuyo principado ahora goza–, encabece nuestra redención. Lo cual no resultará muy difícil si tenéis ante vosotros las acciones y las vidas de los antes citados. Y si bien aquellos hombres fueron infrecuentes y extraordinarios, fueron hombres, y todos dispusieron de oportunidades menos claras que la presente; pues su empresa ni fue más justa ni más fácil que ésta,

---

[118] «Bárbaro» está usado como «extranjero» en sentido peyorativo y despectivo. (N. del T.)

[119] Inglese nos hace ver que el *Casa vostra* del original va referido a «de vosotros, Medici» y no de «Vuestra Magnificencia», en cuyo caso habría escrito en el original *casa Sua*. En consecuencia, todos los «vosotros» que siguen irán referidos a los Medici como casa. (N. del T.)

ni les mostró mayor inclinación Dios que a vosotros. Ahora se da gran justicia: «*iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est*»[120]. Ahora se dan inmejorables condiciones, y no puede haber donde hay inmejorables condiciones una gran dificultad si vuestra casa se inspira en las actuaciones de los que he propuesto como ejemplo. Además de esto, se ven ahora hechos extraordinarios, sin precedente, obrados por la mano de Dios: el mar se ha abierto; una nube ha mostrado el camino; la piedra ha manado agua; ha llovido maná. Todo concurre en vuestra grandeza. Vosotros debéis hacer el resto: Dios no quiere hacer toda y cada una de las cosas para no privarnos del libre albedrío y la parte de gloria que nos toca.

Y no es extraño que alguno de los italianos aquí citados no haya podido hacer lo que se espera de vuestra ilustre casa, y que en tantas revueltas en Italia y en tantas batallas parezca siempre que se han perdido las virtudes castrenses. Esto sucede porque su antigua estructura militar ya no es adecuada y no ha habido nadie que haya sabido encontrar una nueva. Y ninguna cosa hace tanto honor a un señor nuevo como renovar las leyes y las estructuras de poder, que, cuando están bien fundadas y guardan en sí grandeza, crean el respeto y la admiración. Y en Italia no falta materia en la que introducir cualquier forma: aquí hay gran virtud en los miembros si no faltara en la cabeza. Observad en los duelos y en los combates de pocos participantes cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza e ingenio; pero en los ejércitos no hacen buen papel[121]. Y todo viene de la debilidad de los mandos; porque no se obedece a los que verdaderamente saben y todos creen saber, sin que exista por el momento quien haya destacado tanto –por virtud o por fortuna– como para que los demás cedan. Por eso,

---

[120] «En efecto, es justa la guerra para quienes la necesitan, y piadosas las armas si no existe otra esperanza». La cita es de Livio, *Ab Urbe condita,* IX, 1.

[121] *Non compariscono* en el original. Entendemos como la mayoría de editores y traductores que el sujeto es «los italianos»; pero, si entendiésemos como sujeto las virtudes citadas, la frase pasaría a significar «estas virtudes no aparecen», «brillan por su ausencia». (N. del T.)

en tanto tiempo, en tantas guerras en los últimos veinte años, cuando ha habido un ejército todo italiano, siempre ha dado mala muestra de sí; de lo que es testigo, en primer lugar, el Taro y, después, Alessandria, Capua, Génova, Vailate, Bolonia y Mestre.

Pues bien, si vuestra ilustre casa quiere seguir a aquellos hombres extraordinarios que redimieron sus estados, es preciso ante todo, como verdadero fundamento de cualquier empresa, reclutar tropas propias; porque no se pueden tener ni más fieles ni más verdaderos ni mejores soldados. Y aunque cada uno de ellos sea bueno, todos juntos resultarán aún mejores al ver que su príncipe los comanda, los premia y les dedica su tiempo. Por tanto, hay que preparar a estos soldados para poder defenderse de los enemigos externos con el valor itálico. Y por mucho que la infantería suiza y española sean consideradas terribles, no por ello deja de haber un defecto en ambas que permitiría a una tercera no sólo oponerse a ellas, sino confiar en vencerlas. Y es que los españoles no pueden hacer frente a la caballería y los suizos tienen miedo de encontrarse en combate a una infantería que les plante cara a su mismo nivel. La experiencia demuestra y demostrará que los españoles no pueden resistir a una caballería francesa y los suizos son aniquilados por una infantería española. Y aunque de esto último no tengamos total experiencia, hemos tenido una prueba en la batalla de Rávena, cuando la infantería española se enfrentó a la germana, que mantiene la misma disposición que la suiza. Allí los españoles, con la agilidad de sus cuerpos y la ayuda de los broqueles, penetraron entre las picas enemigas con la seguridad de malherirlos sin que los germanos pudiesen remediarlo; y si no hubiera sido por la caballería, que les salió al encuentro, los habrían aniquilado a todos. Así pues, conocido el punto débil de ambas infanterías, se puede formar una de nuevo, que resista a los caballos y que no tema a los infantes; y eso lo conseguirán el tipo de armas y la variación de las tácticas. Ésta es la clase de problemas que dan prestigio y grandeza a un príncipe nuevo si les encuentra nuevas soluciones.

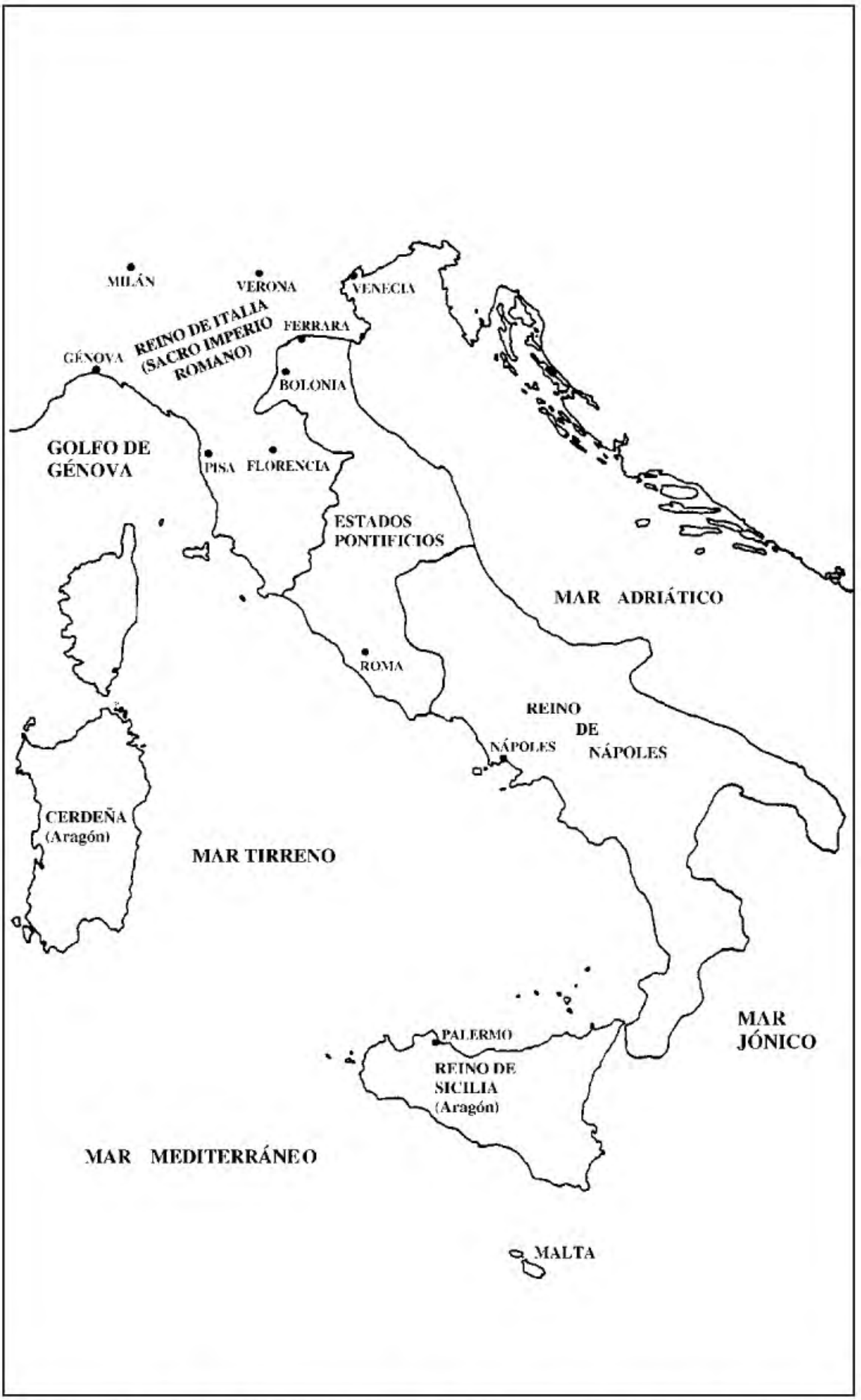
No se debe dejar pasar la ocasión de que Italia, después de tanto tiempo, vea a su salvador. No tengo palabras para expresar

con qué afecto sería recibido en todos los estados que han sufrido por las avalanchas externas, con qué sed de venganza, con qué obstinada lealtad, con qué devoción, con qué lagrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblo le negaría la obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano le negaría el respeto? A todos apesta esta bárbara dominación. Asuma vuestra ilustre casa este compromiso con el ánimo y la esperanza con que se toman las empresas justas para que, bajo su enseña, esta patria se ennoblezca y, bajo sus auspicios, se hagan verdad las palabras del Petrarca cuando dijo:

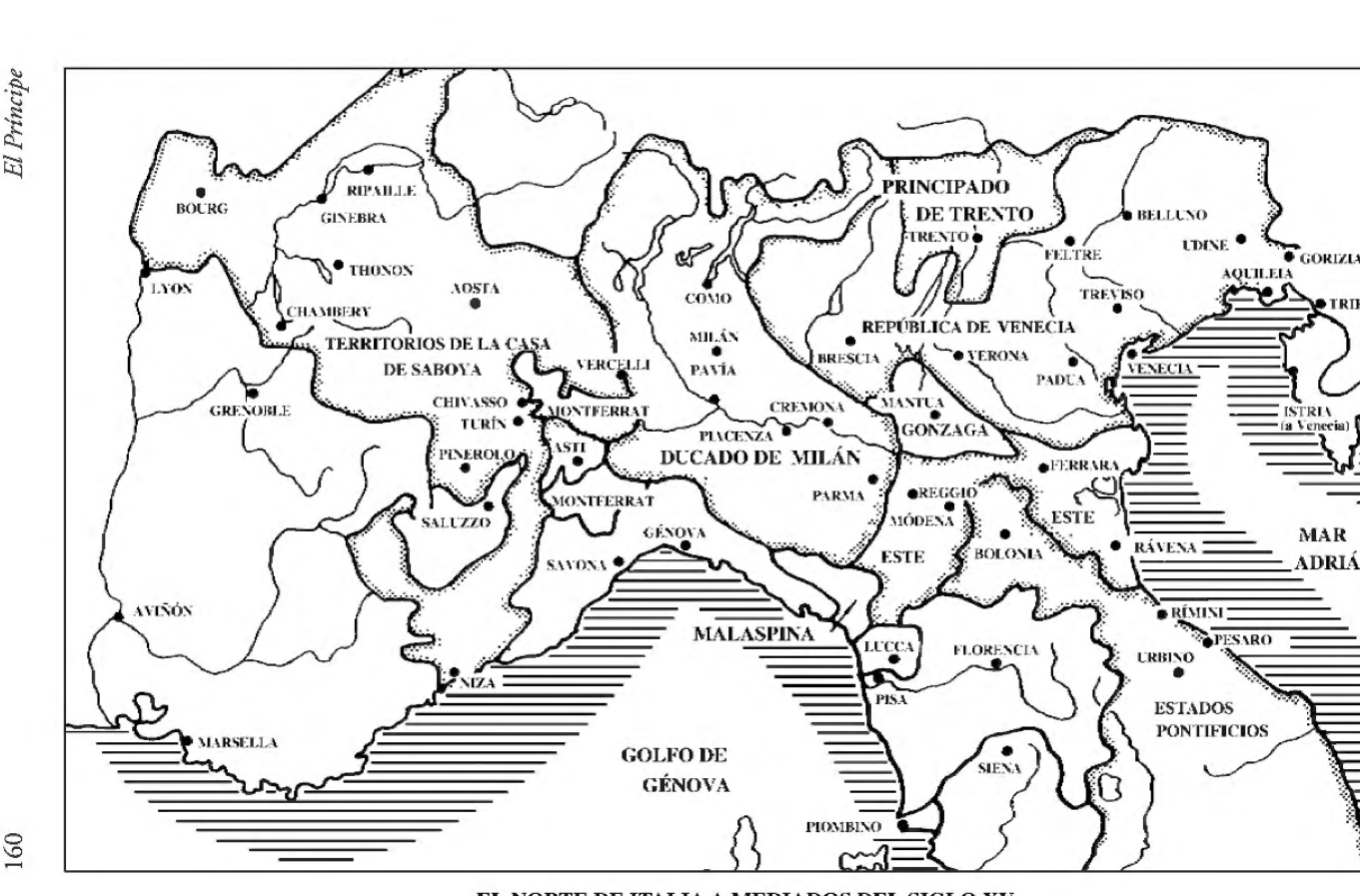
> Virtud contra furor
> empuñará las armas; y corto se hará el combate,
> que el antiguo valor
> aún en los itálicos corazones late[122].

---

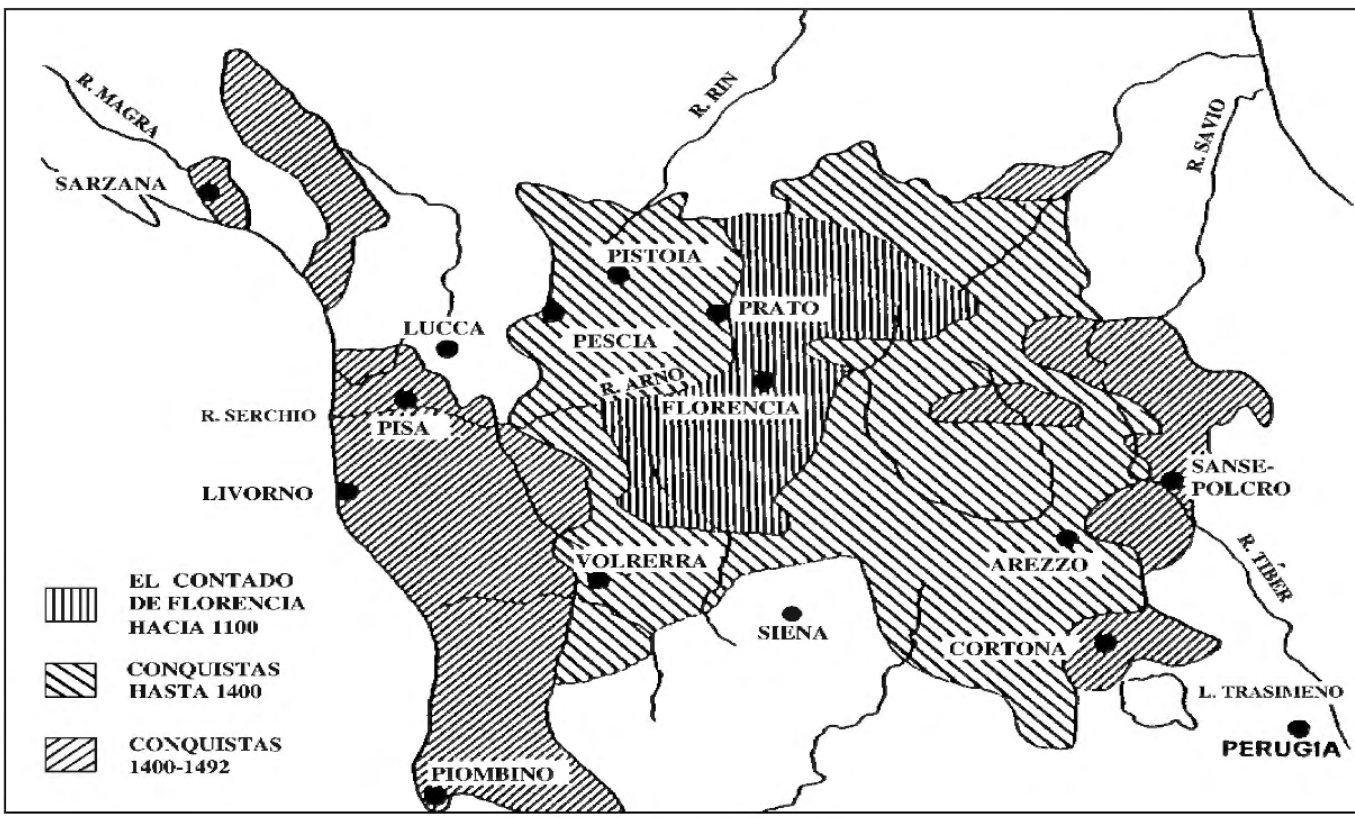
[122] «*Virtù contro a furore / prenderà l'armi e fia el combatter corto / ché l'antico valore / nelli italici cor non è ancor morto*». De *Italia mia,* vv. 93-96 (*Canzoniere,* CXXVIIII).

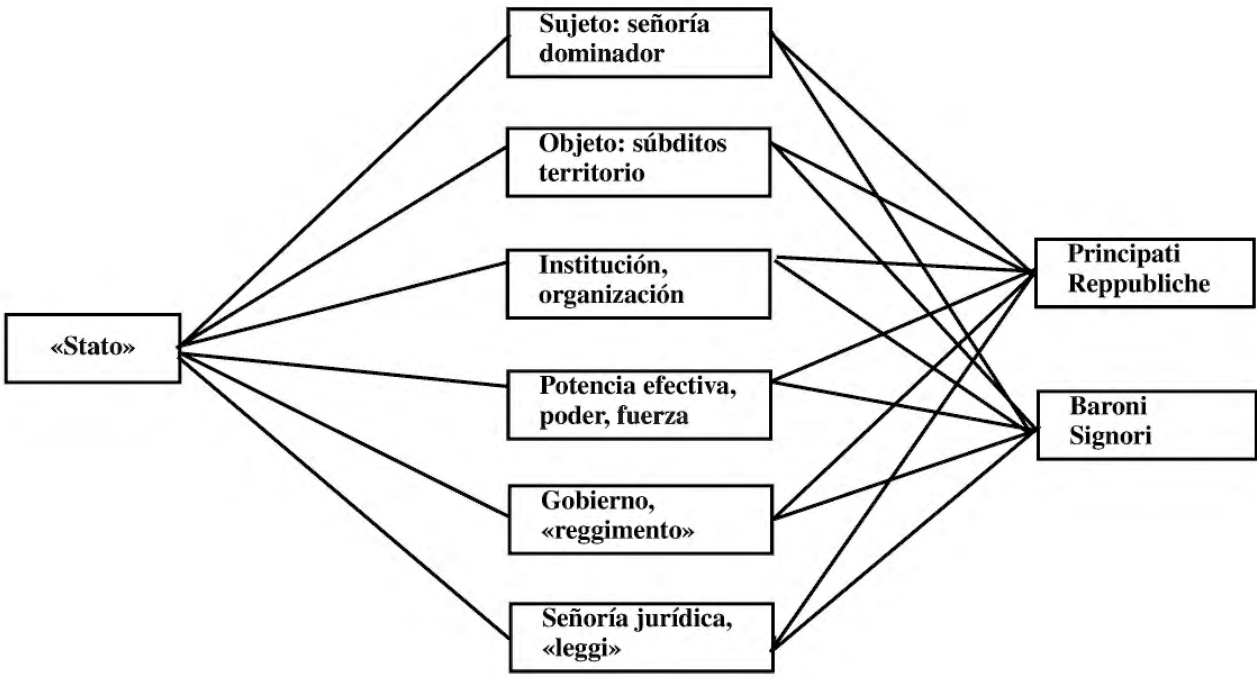


LA ITALIA DEL RENACIMIENTO: PRINCIPALES DIVISIONES POLÍTICAS



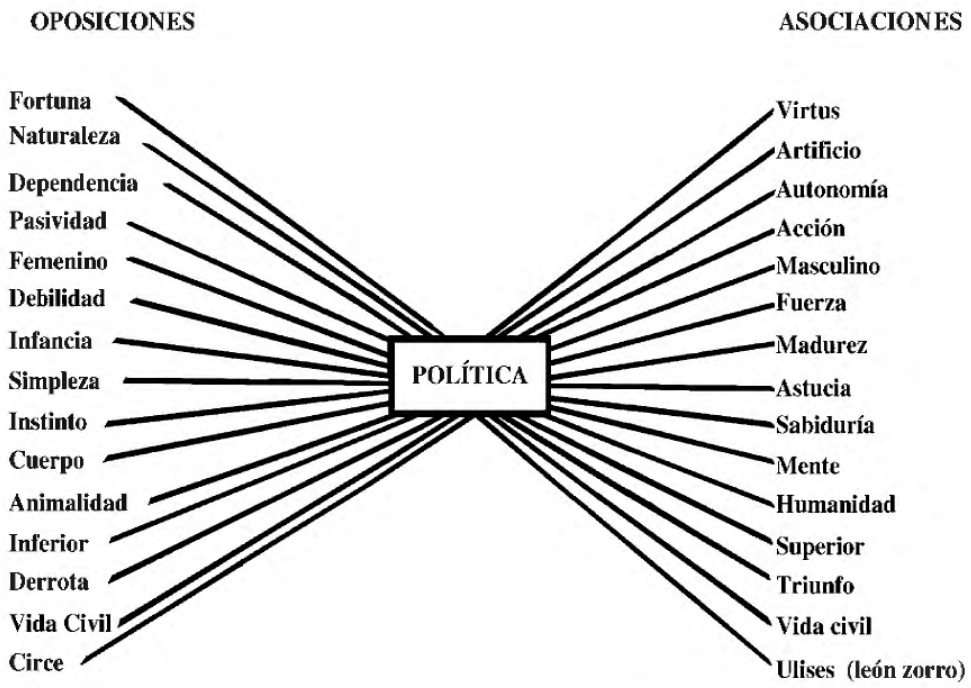
EL NORTE DE ITALIA A MEDIADOS DEL SIGLO XV


R. MAGRA
SARZANA
R. RIN
R. SAVIO
PISTOIA
PRATO
LUCCA
PESCIA
R. ARNO
FLORENCIA
R. SERCHIO
PISA
LIVORNO
SANSE-
POLCRO
R. TIBER
VOLRERRA
AREZZO
SIENA
CORTONA
L. TRASIMENO
PERUGIA
PIOMBINO
EL CONTADO
DE FLORENCIA
HACIA 1100
CONQUISTAS
HASTA 1400
CONQUISTAS
1400-1492



La polisemia del término «stato» según Ramón MÁIZ, «Nicolás Maquiavelo: la política en las ciudades del silen

RED SEMÁNTICO-CONCEPTUAL DE OPOSICIONES Y ASOCIACIONES DE «LA POLÍTICA» EN MAQUIAVELO (según Ramón Máiz)



Fuente: Ramón MÁIZ, «Nicolás Maquiavelo: la política en las ciudades del silencio», *Revista de Estudios Políticos*

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía sobre Maquiavelo es muy extensa, de hecho se han publicado varios repertorios bibliográficos. Por tanto nos hemos limitado a dejar constancia de una selección de obras, entre las cuales incluimos algunas sobre la situación socio-política del Renacimiento y otras sobre el debatido tema del Estado. Se incluyen las ediciones italianas y las traducciones al español de *El Príncipe,* así como otras obras del autor, utilizadas en la elaboración del estudio preliminar, las notas y la traducción.

Obras de Maquiavelo

Il Principe, edición de Giorgio Inglese, Turín, Einaudi, 1995.
Opere, edición de Corrado Vivanti, Turín, Einaudi-Gallimard, 1997.
El Príncipe, edición de Francisco Javier Alcántara, Barcelona, Planeta, 1983.
El Príncipe, edición de Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
El Príncipe, edición de Mercedes López Suárez, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
El Príncipe, introducción de Ana M.ª Martínez Arancón, traducción y notas de Helena Puigdomènech, 3.ª ed., Madrid, Tecnos, 1993.
El Príncipe, introducción de Giuliano Proccacci, traducción y notas de Eli Leonetti Jungl, 22.ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1991.
Del arte de la guerra, edición de Manuel Carrera Díaz, Madrid, Tecnos,1995.
Discursos sobre la primera Década de Tito Livio, edición de Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
Historia de Florencia, edición de Félix Fernández Murga, Madrid, Alfaguara, 1979.

Estudios sobre Maquiavelo:

ÁGUILA, Rafael del, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», en Vallespín, Fernando (ed.), *Historia de la teoría política,* t. II, Madrid, 1994, pp. 69-170.

— «La pluralidad interpretativa: el ejemplo de Maquiavelo», ponencia presentada a las *Jornadas sobre la identidad y las perspectivas actuales de la Historia de las Ideas Políticas*, Granada, noviembre de 1991.

— *Las estrategias políticas en Maquiavelo: Tecnologías del poder y razones colectivas,* Madrid, 1998.

ANDERSON, Perry, *El Estado absolutista,* Madrid, 1979.

ARAMAYO, Roberto R. y VILLACAÑAS, José Luis (comps.), *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder,* Madrid, 1999.

ARRILLAGA ALDAMA, Luis, «Maquiavelo: el poder que fue y no pudo ser», *Revista de Estudios Políticos (Nueva época),* núm. 38, pp. 215-237.

BÉJAR, Helena, «El corazón de la república», *Claves de razón práctica,* núm. 91, pp. 37-42.

BERMUDO ÁVILA, José Manuel, *Maquiavelo, consejero de príncipes,* Barcelona, 1994.

BLANCO, Luigi, «Genesi dello Stato e Penisola Italiana: una prospettiva europea», *Rivista Storica Italiana,* Anno CIX, Fascicolo II, pp. 678-704.

BLANCO VALDÉS, Roberto Luis, *El valor de la Constitución,* Madrid, 1994.

BOBBIO, Norberto, *Estado, gobierno, sociedad,* Barcelona, 1987.

BOCK, Gisela, SKINNER, Quentin y VIROLI, Maurizio (eds.), *Machiavelli and Republicanism,* Cambridge, 1990.

BRUNNER, Otto, *Estructura interna de Occidente,* Madrid, 1991.

— *Nuevos caminos de la historia social y constitucional,* Buenos Aires, 1976 (Gotinga, 1968).

BURCKHARDT, Jacob, *La cultura del Renacimiento en Italia,* Madrid, 1992.

CHABOD, Federico, *Escritos sobre Maquiavelo,* México, 1984.

CHITTOLINI, Giorgio, «Cities, "City-States", and Regional States in North-Central Italy», en Charles Tilly y Wim P. Blockmans (eds.), *Cities and the Rise of States in Europe. A. D. 1000 to 1800,* San Francisco, 1994, pp. 28-43.

CLAVERO, Bartolomé, «Debates historiográficos en la historia de las instituciones políticas», en Massimo Montanari y otros, *Problemas actuales de la Historia,* Salamanca, 1994, pp. 199-209.

CONTINISIO, Chiara y MOZZARELLI, Cesare, *Reppubblica e virtù. Pensiero politico e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo,* Roma, 1995.

CUEVA, Mario de la, *La idea del Estado,* México, 1980.

DONALDSON, Peter S., *Machiavelli and Mystery of State,* Cambridge, 1988.

FEBVRE, Lucien, «Erasmo y Maquiavelo», en *Erasmo, la Contrarreforma y el espíritu moderno,* Barcelona, 1985 (París, 1957).

FEDERICO II DE PRUSIA, *Antimaquiavelo o refutación del Príncipe de Maquiavelo,* Roberto R. Aramayo (ed.), Madrid, 1995.

GARVER, Eugene, *Machiavelli and the History of Prudence,* Madison, 1987.

GERHARD, Dietrich, *La Vieja Europa. Factores de continuidad en la historia europea (1000-1800),* Madrid, 1991.

GIANNOTTI, Donato, *La República de Florencia,* Antonio Hermosa Andújar (ed.), Madrid, 1977.

GRAMSCI, Antonio, *La política y el Estado moderno*, México, 1978.

GUIDI, Guidubaldo, *Il governo della città-repúbblica di Firenze del primo Quattrocento,* Florencia, 1981.

HAY, Denys y LAW, John, *Italy in the Age of the Renaissance*, Londres, 1996.

HESPANHA, Antonio Manuel, *Poder e instituiçôes na Europa do Antigo Regime*, Lisboa, 1984.

HINTZE, Otto, *Historia de las formas políticas,* Madrid, 1968.

KRIELE, Martín, *Introducción a la Teoría del Estado,* Buenos Aires, 1980.

MÁIZ, Ramón, «Nicolás Maquiavelo: la política en las ciudades del silencio», *Revista de Estudios Políticos (Nueva época),* núm. 52, pp. 47-59.

MAJOR, John Russell, «The Renaissance Monarchy as seen by Erasmus, More, Seyssel and Machiavelli», en *The Monarchy, the Estates and the Aristocracy in Renaissance France,* Londres, 1988, pp. 17-31.

MANSFIELD, Harvey C., *Maquiavelo y los principios de la política moderna,* México, 1983.

— *Machiavelli's Virtue,* Chicago, 1996.

MEINECKE, Friedrich, *La idea de la razón de Estado,* Madrid, 1983.

PÉREZ ROYO, Javier, «Aproximación al método de la teoría del Estado», *Revista de Estudios Políticos (Nueva época),* núm. 11, pp. 85-127.

— *Introducción a la Teoría del Estado,* Barcelona, 1980.

POCOCK, John A., *Il momento machiavelliano,* Bolonia, 1980.

POGGI, Gianfranco, *La vicenda dello stato moderno,* Bolonia, 1979.

REINHARD, Wolfgang, *Las elites del poder y la construcción del Estado,* Madrid, 1997.

ROTELLI, E. y SCHIERA, P. (eds.), *Lo stato moderno,* Bolonia, 1971-1974.

SASSO, Gennaro, *Niccolò Machiavelli,* Bolonia, 1980.

SKINNER, Quentin, *The foundations of modern political thought,* Cambridge, 1978.

— *Maquiavelo,* Madrid, 1984.

SPRUYT, Hendrik, *The Sovereign State and its Competitors,* Princeton, 1994.

STRAUSS, Leo, *Meditación sobre Maquiavelo,* Madrid, 1964.

TENENTI, Alberto, *Stato: un'idea, una logica,* Bolonia, 1987.

TREASE, Geoffrey, *Los condotieros, soldados de fortuna,* Barcelona, 1985.

VILLARI, Pasquale, *Maquiavelo,* México, 1958.

VIROLI, Maurizio, *Machiavelli,* Oxford, 1998.

En los duros momentos de su reclusión en San Casciano, acusado de conspiración contra los Médici, Maquiavelo compuso este tratado de doctrina política con la finalidad tanto de alcanzar el favor de aquellos que le habían privado de la libertad y recuperar su antiguo empleo de canciller como de ser útil a Florencia. En *El Príncipe* recogió sus reflexiones, experiencias personales y ejemplos históricos destinados a cimentar sobre bases sólidas el poder del futuro gobernante, un príncipe que llevase a cabo el sueño de Julio II: la liberación de Italia de los *bárbaros*. Y lo dedicó a Lorenzo de Médici.

Su fama de libro perverso, de manual de déspotas, y la polémica interpretación todavía no cerrada sobre el verdadero fin y significado de sus palabras explican la fascinación que *El Príncipe* sigue causando siglos después de su publicación.

Manuel M.ª de Artaza es doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y profesor de Teoría del Estado y de Historia de las Instituciones Político-administrativas de España en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de dicha Universidad.

ISBN 978-84-460-3142-0

9 788446 031420

www.akal.com

akal